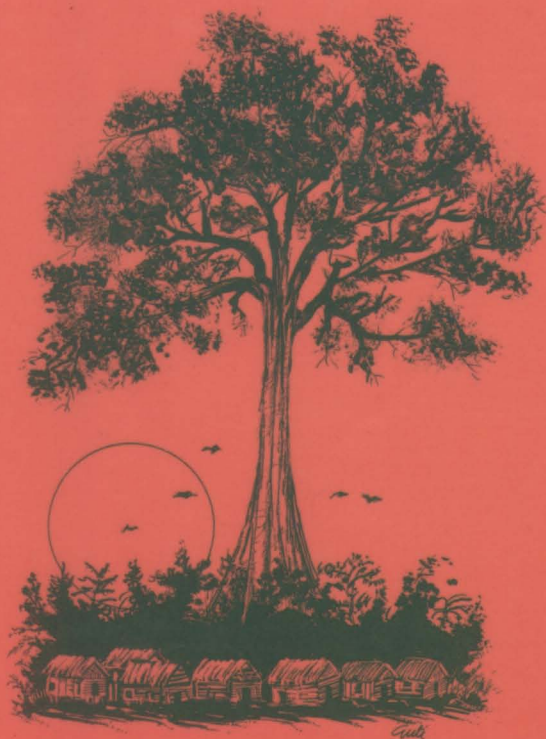



CUENTOS BUBIS
DE
Guinea Ecuatorial

Jacint Creus
M^a Antònia Brunat
Pilar Carulla



CENTRO CULTURAL
HISPANO-GUINEANO
EDICIONES

Ritu durtiu
mudable
mudable

Ex-libris.
Lacina
Creus i.B. 

CUENTOS BUBIS
DE
Guinea Ecuatorial

Jacint Creus
M.^a Antònia Brunat
Pilar Carulla

CUENTOS BUBIS
DE
Guinea Ecuatorial

Versiones en lengua bubí de
CIRIACO BOKESA NAPO



CENTRO CULTURAL
HISPANO-GUINEANO
EDICIONES

EDITADO EN EL MARCO DE LOS
PROGRAMAS DE COOPERACIÓN
CULTURAL DE LA COOPERACIÓN
ESPAÑOLA CON GUINEA ECUATORIAL.
MALABO, 1992

© Jacint Creus, M.^a Antònia Brunat y Pilar Carulla
Ediciones Centro Cultural Hispano-Guineano.
Apdo. 180 - Tel.: 2720
MALABO (R. Guinea Ecuatorial)

ISBN: 84-604-3215-7

Depósito Legal: M. 20.966-1992

Producción: EDIMUNDO, S. A.

Impreso en EDIGRAFOS, Edison, B-22
Polígono Industrial San Marcos
GETAFE (Madrid)

INTRODUCCIÓN

I

El volumen que el amable lector tiene en la mano supone la culminación de un ciclo de trabajo intenso y apasionante: a lo largo de cinco años hemos tenido la oportunidad de recorrer toda la geografía guineoecuatorial en busca de la sabiduría popular y ancestral que los cuentos reflejan de una manera tangible. Cinco años en los que nuestro trabajo y el apoyo constante del *Centro Cultural Hispano-Guineano* han hecho posible una recopilación de cuentos que nosotros pretendemos valiosa y abundante.

Este libro de cuentos bubis, pues, cierra de momento el ciclo: un ciclo que se abrió con los cuentos de los ndowe, a los que siguieron los de los fang y los de los annoboneses. Y al darlo por concluido, no sin cierta añoranza, queremos dejar constancia de la ayuda que en todo momento hemos recibido de la gente sencilla de este país.

El pueblo, decían los románticos, es el auténtico creador del folklore. Quizás, a lo largo de estudios introductorios y artículos diversos, el lector haya podido apreciar que una afirmación tan rotunda requiere multitud de matices: ni es tan grande la creatividad popular, ni tan fiel la memoria, ni son los cuentos el único medio que tiene el estudioso para adentrarse en el alma de una sociedad.

Pero no cabe duda de que sin la colaboración de muchísimas personas, esta recopilación no se hubiera podido llevar a cabo. Recordarlas todas sería hartamente difícil: los que nos han orientado, los que nos han aportado informaciones valiosísimas o detalles preciosos, los que nos han matizado informaciones anteriores, los que han solucionado nuestros múltiples problemas de toda índole... tienen sobradamente nuestro reconocimiento y nuestra admiración: porque ellos han comprendido que la tradición ancestral no puede mantenerse siempre en secreto, y que lo que se publica puede permanecer tan bien guardado como en la memoria de los ancianos o de los iniciados.

Ello ha requerido también una actitud respetuosa por nuestra parte. Nos hemos acercado a la gente con la humildad del ignorante: porque la actitud del europeo en Guinea a menudo se ha caracterizado por subestimar los valores propios de las diferentes culturas e intentar sustituirlos, a veces de una manera grosera e intolerable. La seguridad

de que todas las culturas merecen el mismo respeto es una premisa básica para el que quiera acercarse al mundo africano y ser correspondido.

De una manera especial debemos mencionar a los informadores que han colaborado en esta recopilación de cuentos bubis. Una recopilación llevada a cabo durante los veranos de 1990 y 1991, y que se ha visto nutrida con las aportaciones de muchos amigos:

Ramiro Alojafé Bamao, de 24 años.
Cándida Bielo, de 73 años.
Adela Bitata Riosa, de 42 años.
Pilar Bitene, de 18 años.
Gregorio Bobepari Chope, de 70 años.
Soledad Bokara Buesule, de 34 años.
Lauriana Bokesa, de 15 años.
Baltasar Bonoko, de 49 años.
Gloria Bonoko, de 10 años.
Elena Borikó, de 65 años.
Imelda Buesule, de 67 años.
Lucía Ebako Akade, de 50 años.
José Luis Elebyo Morgades, de 25 años.
Remedios Koba Bobasa, de 72 años.
Narciso Lobete, de 63 años.
Teresita Malekia, de 14 años.
Diosdado Moche Loeri, de 14 años.
Aqueda Ninchoso, de 15 años.
Eulalia Orichi Sokaya, de 21 años.
Heriberto Orichi Sokaya, de 20 años.
Julio Ozaka, de 34 años.
Rogelio Perikó Bolopa, de 20 años.
Federico Rebadó Tokotobe, de 20 años.
Sara Ribete Sialo, de 60 años.
Felipe Rope Sankola, de 66 años.
Mercedes Sandi, de 12 años.
Bernabé Sarry Ganet, de 41 años.
Gaspar Siale Moche, de 18 años.
Joaquina Sidoko Beri, de 70 años.
Elisa Sousa, de 32 años.
Marcelino Tyuri, de 55 años.
Eugenio Ulogo Bohale, de 56 años.

Son personas de todas las edades y de todas las procedencias: *Bahó Grande*, *Balachá de Riaba*, *Baney*, los dos *Basakato*, *Batoikopo*, *Boko-*

richo, Malabo, Moka, Sampaka... que han hecho posible y representativa esta recopilación.

II

En relación a las anteriores recopilaciones de cuentos guineo-ecuatorianos, en ésta llama la atención su enorme diversidad. Una diversidad que llega al punto de hacer prácticamente imposible su reducción a ciclos. De la misma manera que los cuentos ndowe se pueden agrupar en torno a unos pocos ciclos muy concretos, y que otro tanto sucede (aunque en menor medida) con los cuentos de los fang, la principal característica de los cuentos bubis es su dispersión.

De hecho, el único ciclo propiamente dicho es el que pueden formar los cuentos de animales. En el resto de cuentos no existe una repetición de personajes (*Ndjambu, Beme, la vieja legañososa...*), aunque sí se da una repetición de estructuras y de temas. Precisamente, hemos optado por introducir una agrupación temática, en lugar de una imposible agrupación cíclica, con el fin de dar una cierta coherencia al conjunto.

* * *

Así, el primer grupo que hemos considerado ha sido el de los *Cuentos de animales*. Este grupo es muy importante en todas las culturas ecuatoguineanas, excepto quizás en la annobonesa. Aquí vuelve a recuperar importancia e interés, implicando prácticamente a un tercio de los cuentos.

Pero aun así, la dispersión es notable; y ello, posiblemente, se debe a una razón fundamental: a la inexistencia de la oposición *tortuga/leopardo* que, en el caso sobre todo de los cuentos fang, da origen a una serie prácticamente ilimitada de cuentos formados a partir de los estereotipos contrapuestos de estos dos personajes. Se mantiene, sí, la estereotipación de la tortuga, que también aquí es paradigma y símbolo de una astucia asociada a una extraordinaria longevidad. Pero ahora no tiene un único oponente, sino muchos oponentes distintos; ello puede aumentar la riqueza de situaciones, pero va claramente en detrimento de la eficacia narrativa.

Señalemos que hemos incluido dentro de los cuentos de la tortuga al titulado *La ballena y el camaleón* (cuento número 26): porque, pese a que no aparece en él tortuga ninguna, sigue fielmente la estructura de esta clase de cuentos (y de hecho puede considerarse una versión del cuento 25, *La tortuga, el elefante y la ballena*). También es destacable

el cuento 31, *El hombre que construyó su casa cerca de la playa*, que cierra el ciclo y presenta una notable originalidad: y es que, en este caso, la pugna entre el hombre y la tortuga se construye tomando como referencia el punto de vista del hombre, y no el punto de vista del animal, tal como sucede en todos los demás cuentos del ciclo.

La ausencia de la oposición *tortuga/leopardo*, como es lógico, potencia los cuentos que no son de la tortuga. Las series dedicadas a las características de algunos animales (entre los cuales encontramos de nuevo a la tortuga, ahora burlada por dos veces: en los cuentos números 6 —*El caparazón de la tortuga*— y 7 —*Las dos madrinan de la tortuga*—) y a sus relaciones (que se rigen por estructuras de oposición entre dos animales) son notables y mucho más compactas que en otras culturas que se centran más concretamente en aquella oposición estereotipada.

* * *

Ya hemos dicho que, aparte del ciclo de los cuentos de animales, todos los demás cuentos siguen un orden temático. Y en este orden destacan sobremanera los *Cuentos sobre la familia*: destacan tanto por su número extraordinario (casi la mitad del total) como por su diversidad. Así, los hemos dividido en cuatro aspectos: *El acceso al matrimonio, la vida matrimonial, los hijos y los hermanos*.

De hecho, que se dé tanta importancia a la familia no debe extrañarnos: una de las funciones principales de los cuentos es la pedagógica; otra función lateral, complementaria a la primera, es la terapéutica. Pues bien: si el objetivo principal es lograr que todos los miembros de la sociedad se integren en ella plenamente, todos ellos deben estar preparados para actuar como adultos, como miembros de pleno derecho.

Ello significa que la mayoría de las veces los protagonistas de los cuentos serán chicos y chicas jóvenes, que deberán hacerse aptos para formar una familia; o bien padres y madres jóvenes que deberán afrontar los problemas más importantes a que una familia se ve expuesta: la infidelidad, las rivalidades internas, la conservación del orden tradicional, la perpetuación de la propia familia mediante la búsqueda del bienestar y la reproducción...

En el caso *bubi*, este aspecto social tan importante se convierte en primordial, casi exclusivo. Y, aunque cada uno de los cuentos incluye de hecho una pluralidad de temas, la mayor parte de los cuentos *bubis* se centran en aspectos familiares; e incluso es raro el cuento que, aun no teniendo en la familia su eje temático principal, no contemple de alguna manera aspectos relacionados con ella.

Los protagonistas de los cuentos son diversos. Pero tienen una característica que les une: deben enfrentarse a una dificultad. Los cuentos, por tanto, no solamente cumplen la función de enseñar a todos los miembros de la sociedad cuál es el orden social que debe seguirse; también muestran que, dentro de este orden, o mejor aún para alcanzar este orden que se quiere transmitir como modélico, hay que superar una serie de dificultades; que, a veces, estas dificultades son realmente importantes; que, de todas maneras, se pueden vencer; que otras personas, especialmente los mayores y los grandes iniciados, pueden ayudar a superarlas; pero que la base esencial para poder salir adelante es la propia decisión, la firmeza, la voluntad de superación y el esfuerzo personal. No debe causarnos, pues, ninguna extrañeza, una presencia tan abundante de cuentos pertenecientes a este grupo.

El acceso al matrimonio presenta, como es lógico, el modelo exogámico propio de la sociedad bubi, con algunas interferencias (introducidas posiblemente a raíz de la implantación misionera y colonial) condenatorias de la poligamia. En el conjunto, podría definirse una triple pretensión: que las chicas presten atención a los consejos y decisiones de sus mayores y no actúen por su cuenta; que los chicos no crean que pueden casarse sin esfuerzo, y que los padres no obstaculicen demasiado el proceso de los hijos (especialmente de las muchachas) hacia la independencia familiar y la unión con otro grupo.

Así, dentro de esta serie de cuentos podemos encontrar al rey que obstaculiza gravemente el matrimonio de su hija (cuento número 32, *Un muchacho y la hija del rey*); al muchacho que debe realizar un gran esfuerzo para conseguir su objetivo (cuento número 36, *Los cinco hermanos y la hija del rey*); o bien errores en la elección de cónyuge (cuento número 39, *La pierna de antílope*); o aciertos en la elección de prometido/a por parte de los padres, que no son aceptados por los hijos hasta la consumación del matrimonio (cuento número 42, *El muchacho y la rana*)¹.

Los cuentos que tratan la vida matrimonial nos la presentan llena de problemas y de dificultades: la oposición entre monogamia y poligamia (cuento número 44, *El hombre que se hizo rico*); las rivalidades entre coesposas (cuento número 50, *Una madre ignorante*), que se proyectan a menudo en los hijos respectivos (cuento número 49, *La madrastra malvada*); la autoridad familiar (cuento número 52, *La ley de*

¹ En cada caso señalamos solamente uno de entre los varios ejemplos posibles. En la ordenación de los cuentos que hemos efectuado, hemos procurado que los cuentos parecidos aparezcan agrupados.

la mujer), o la fidelidad de la mujer (cuento número 53, *La traición de una mujer*).

Los problemas con los hijos empiezan con la posible esterilidad de la pareja (cuento número 55, *Un matrimonio sin hijos*), o cuando uno de los hijos nace con algún defecto evidente (cuento número 59, *El hijo sordomudo*) que puede conducir a su abandono; aunque también los hijos pueden ser fuente de satisfacciones, incluso cuando cometen algún error (cuento número 61, *El niño y el guisante*), pudiendo llegar a dar lecciones de humildad y de buen comportamiento a los propios padres (cuento número 63, *El muchacho y el antilope*).

En muchos de los cuentos anteriores aparecen ya problemas entre hermanos. Un pequeño grupo de cuentos centra su historia en las rivalidades que pueden existir entre ellos: en casi todos los casos se premia la debilidad del menor (cuento número 66, *El niño sarnoso y el monstruo*), pero solamente si la aparente debilidad es superada por el propio hermanito a base de coraje o inteligencia; en caso contrario, el menor puede ser castigado (cuento número 68, *La serpiente y los tres hermanos*). Junto a cuentos que desarrollan rivalidades, y que alertan sobre ellas, coexisten otros en los que prima la solidaridad fraternal (cuento número 71, *Dos hermanos*) o el aprendizaje conjunto de la vida y de las normas sociales (cuento número 72, *La desobediencia de los dos muchachos*).

* * *

El tema básico de los cuentos bubis, por tanto, podría ser *la preparación para la vida*; o, para ser más precisos, *la preparación para la vida adulta*, plena, que ha de permitir a cualquier muchacho o muchacha insertarse como miembro activo e importante de la sociedad.

Pero la preparación para la vida incluye también un aspecto supranatural que es básico en la sociedad tradicional: porque el mundo natural y el mundo supranatural forman una unidad que no se puede separar fácilmente. Existe una solución de continuidad entre el mundo de los hombres y el de los espíritus; el mundo de aquí y el de más allá; el mundo de los vivos y el de los muertos; el mundo del día y el de la noche.

Por eso los bubis establecían una separación entre *cuentos de día* y *cuentos de noche*. Hasta tal punto que algunos informadores se negaban a contar los cuentos que no pertenecían al período diario de tiempo en que se encontraban cuando acudíamos a grabarles: *Mamá Ganet* —intentaba explicar un día nuestro buen amigo *Ciriaco Bokesa* en Bioko de Moka—: *¿Qué es lo que más le puede doler al Gran Espíritu:*

que nos expliques los cuentos de noche ahora que es de día, o que te mueras y nunca más se puedan explicar?

Lamentablemente, esta distinción ha ido perdiendo significado; y, para las generaciones actuales, los cuentos de noche son aquéllos que no van a provocar pesadillas entre el auditorio; mientras que los más terroríficos se cuentan durante el día.

Pero los cuentos actuales tienen, como es lógico, una raíz muy antigua. Y si se considera que su fin primordial es la preparación para la vida adulta, esto incluye también una serie de conocimientos de tipo esotérico o, si se prefiere, referentes a las relaciones que se pueden establecer entre el mundo real de los hombres y el mundo de los espíritus (que también es real). Por eso no debe extrañarnos el carácter iniciático de muchos de los cuentos (por ejemplo, el cuento número 80, *Los siete ogros*); la evocación de ceremonias ancestrales de tipo esotérico, secreto o iniciático (cuento número 76, *El cazador y el espíritu*); las apariciones de los antepasados en los sueños de las personas (cuento número 46, *El hombre que se volvió a casar*), o su frecuente irrupción en las historias del mundo de los vivos (cuento número 50, *Una madre ignorante*).

En el lado opuesto, podemos afirmar que la iniciación de muchachos y muchachas al mundo de los espíritus y al culto a los antepasados (a menudo basado en creencias totémicas que muchas veces los cuentos de animales reflejan: así, en el cuento número 2, *Por qué razón el perro come huesos*, aparece un animal como padre de todos) implica al mismo tiempo una preparación para la lucha contra las fuerzas de la noche, contra la brujería (cuento número 83, *El viejo brujo*) y su manifestación más evidente, repulsiva y demostrativa: el canibalismo (cuento número 79, *El hombre y el ogro*).

De hecho, la cotidianeidad del mundo supranatural se hace evidente cuando observamos que muchos de estos temas aparecen en la mayoría de los cuentos, independientemente de la adscripción que hayamos decidido. Los encontraremos, por tanto, entre los *Cuentos de animales* y entre los *Cuentos sobre la familia*. Aquellos cuentos que, sin pertenecer a ninguno de los dos grupos, centran su acción en la presencia de este tipo de seres, los hemos agrupado bajo el epígrafe de *Cuentos de seres supranaturales*.

Aquí encontraremos toda suerte de espíritus (cuento número 75, *El cazador que atrapó una cabeza*), ogros (cuento número 78, *Una amistad interesada*), demonios (cuento número 82, *Las casas de cemento y las casas de bambú*) y brujos (cuento número 84, *Los dos hermanos y el brujo*). Todos ellos, como es lógico, inmersos en aquel *continuum* que las creencias tradicionales, afortunadamente vivas en

muchos casos, establecen entre dos mundos que en tantas cosas parecen opuestos.

* * *

Esta preparación para la vida no incluye solamente una preparación para la vida familiar y las relaciones con el mundo sobrenatural. Existen unos parámetros de conducta que son mucho más amplios y que incluyen a toda la sociedad, independientemente de grados de parentesco o de potencialidades de tipo esotérico. La conducta social también tiene sus límites y su orden; y esto también debe reflejarse en los cuentos, que aparecen así como una especie de universo cultural que afecta a todos los aspectos de la vida humana. Y no es extraño que esta intención de los cuentos se exprese a veces de una manera explícita. Por eso los bubis dicen a sus hijos: «*Todo lo que no sepas, di que no lo sabes. Y si alguien quiere echarte de algún lugar, vete sin rechistar. No tientes a la suerte. Es mejor conservar la vida*» (cuento número 73, *La inocencia de dos hermanos*).

Las conductas indeseables son atacadas en cualquier cuento en que aparezca alguna actitud que la sociedad valore negativamente. Agrupamos en este epígrafe de *Cuentos contra las conductas indeseables*, lógicamente, a los que tratan este tema y que no pertenecen a los grupos anteriores.

Algunos de ellos atacan vicios tan extendidos y proverbiales como la pereza (cuento número 88, *El perezoso y la trompeta*); otros atacan costumbres igualmente extendidas y proverbiales, como el desprecio que sienten los hombres hacia las mujeres (cuento número 87, *Los hombres que creían que las mujeres no piensan*).

Pero si algo llama la atención en este apartado es que la inmensa mayoría se ciñen a la condena de dos «conductas indeseables» que forman, en realidad, las dos caras de una misma moneda: la ambición desmesurada (cuento número 90, *La ciudad de los enanos*) y la avaricia (cuento número 93, *La mochila llena de carne*). Ello parece igualmente lógico en una sociedad africana con una fuerte tendencia igualitaria, en donde la virtud de compartir las cosas se refuerza con el hábito de dar siempre lo que es propio a los demás, con la esperanza de que ellos harán lo mismo. Incluso las reuniones de los brujos (cuento número 83, *El viejo brujo*) se basan en este principio.

El grupo de cuentos condenatorios de la avaricia incluye una muestra de cuentos referidos a la imposibilidad de efectuar el reparto de un animal cazado (por ejemplo, el cuento número 97, *El reparto de un buey*), que es un motivo que podemos encontrar en todas las colecciones de cuentos ecuatoguineanos; lo mismo sucede con el motivo del

cadáver que pasa de mano en mano porque nadie quiere responsabilizarse de la muerte de un hombre (cuento número 96, *Un cadáver que nadie quería*).

* * *

Se cierra la colección con una serie de cuentos no adscritos a ninguno de los grupos anteriores y que tratan temas muy diversos entre sí. En ella volvemos a encontrar, entre otros, el tema del rey que incita a la realización de tareas muy difíciles (cuento número 104, *La curación del príncipe*), ahora con finalidades distintas del matrimonio, y que igualmente se repite en las otras culturas de Guinea Ecuatorial.

III

Las coincidencias entre los cuentos bubis y los ndowe, fang y anno-boneses son ciertamente notables: no en vano se trata de culturas que han mantenido un fuerte contacto. Aparte de las ya mencionadas hasta aquí, podemos señalar algunos cuentos bubis que se corresponden casi exactamente con otros que proceden de las otras regiones culturales guineanas: por ejemplo, los cuentos números 23, *La tortuga y el perro*; 77, *El armario mágico y el bastón*; 79, *El hijo cojo*, y muchos otros, semejantes a éstos o pertenecientes a los más diversos ciclos populares. Igualmente, podríamos rastrear algunas influencias de la literatura popular árabe, por ejemplo en el cuento número 102, *El hombre que tenía una sola pierna y el que tenía dos cabezas*.

Sin embargo, y a diferencia precisamente de los cuentos de las otras culturas guineoecuatorias, las mayores influencias que se pueden observar aquí están relacionadas con el mundo europeo, con la narrativa popular de los países occidentales. Tampoco es algo que deba extrañarnos: al fin y al cabo, la isla de Bioko es la zona de Guinea Ecuatorial que ha sufrido una colonización más larga e intensa, por lo que parece lógico que los préstamos europeos sean abundantes en una literatura que, como la oral, se adapta rápidamente a los cambios, especialmente cuando dicha adaptación no afecta a las estructuras narrativas.

Así, la idea de progreso se relaciona con todo aquello que la civilización occidental aporta en este terreno: coches, negocios... Y en los cuentos aparecen trabajos agrícolas relacionados con las plantaciones de cacao (cuento número 93, *La mochila llena de carne*); o recogen el convencimiento de la superioridad técnica importada por los europeos (cuento número 82, *Las casas de cemento y las casas de bambú*); o se

adaptan a nuevas realidades maravillosas, como en el cuento número 6 (*El caparazón de la tortuga*), en que aparecen extraterrestres y platillos voladores. La culminación de este proceso podemos encontrarla en el cuento número 105 (*Un avión extraordinario*), en el que un corto viaje de un hombre negro al país de los blancos lo transforma en un ser rico e inteligente. Es el sueño de Europa como paraíso seguro.

Las influencias europeas más abundantes, sin embargo, debemos referirlas a adaptaciones de material narrativo popular occidental a estos cuentos: así, cuentos como por ejemplo el 71 (*Dos hermanos*) o el 36 (*Los cinco hermanos y la hija del rey*) parecen adaptaciones casi directas de cuentos y leyendas occidentales («La casita de chocolate» y «El caballero y el dragón», respectivamente); y lo mismo podemos decir del cuento número 42 (*El muchacho y la rana*), que desarrolla un tema ampliamente difundido, si bien no sólo en Europa.

Igualmente, las adaptaciones de partes de cuentos o motivos narrativos son muy frecuentes: así, la búsqueda de un pájaro extraordinario por parte de unos hermanos (cuento número 69, *Tres hermanos y un anciano*, que también incluye la escena de la conversión de una persona en estatua al volver la vista atrás); o los siete barcos que van a salvar a la muchacha (cuento número 45, *El hombre que tenía tres esposas*), así como otros muchos que el lector atento encontrará a lo largo de esta obra.

Es mucho más raro que los cuentos lleguen a transmitir mensajes contrarios a la mentalidad tradicional, porque responden precisamente a dicha mentalidad tradicional. A pesar de ello, podemos encontrar cuentos muy críticos con respecto a la poligamia (cuento número 44, *El hombre que se hizo rico*). De menor importancia es la apropiación de temas íntimamente relacionados con las doctrinas cristianas (recuérdese el cuento 69, que incluye la conversión en estatuas de dos de los hermanos que vuelven la cabeza); el caso más evidente lo proporciona el cuento número 74 (*Los cinco hermanos*), que parece una apropiación casi literal de la historia bíblica de José.

IV

Creemos que las palabras anteriores pueden bastar para ofrecer al lector una panorámica de los cuentos que va a leer. No podemos terminar esta introducción sin dejar constancia de una colaboración que ha sido muy importante para nosotros: la de *Ciriaco Bokesa*. Él ha sido quien nos ha introducido en muchos lugares de la isla que para nosotros eran desconocidos; y, sobre todo, a él se debe la versión de veinti-

cinco de los cuentos en la lengua original. En unos momentos en que las investigaciones de la Lingüística Histórica y Comparada parecen otorgar al bubi una posición de privilegio en la evolución de las lenguas bantúes, su aportación, basada en muchos años de experiencia en la enseñanza de su lengua, merece nuestro elogio, nuestro respeto y nuestro agradecimiento más profundos.

Ojalá que el lector saboree estos cuentos y se deleite con ellos. Ojalá que se emocione y se divierta; y que pueda compartir en alguna medida la emoción y la alegría que un gran escritor y un gran hombre, Charles Dickens, sentía por los cuentos populares de su tierra: *Caperucita Roja fue mi primer amor. Tenía la sensación de que, si me hubiese casado con Caperucita Roja, habría conocido la felicidad completa.* Es la alegría y la diversión que los autores de este libro han sentido yendo a los pueblos de la isla, hablando con sus gentes y escribiendo sus historias.

PRIMERA PARTE

CUENTOS DE ANIMALES

I.a. CARACTERÍSTICAS DE ALGUNOS ANIMALES

1. POR QUÉ LOS MONOS NO TIENEN CASA

Los monos del bosque fueron a un pueblo para ver cómo vivía la gente. Se dieron cuenta de que los hombres viven en casas y se dijeron: «Nosotros también debemos construirnos casas para guarecernos y cobijarnos». Y, efectivamente, cortaron palos y tejieron nipas; pero entonces llegó la estación lluviosa y tuvieron que detener su trabajo.

Cuando volvió la estación seca el sol resplandecía y hacía más vivos los colores; así es que sus rayos penetraban en el bosque y hacían resaltar el color de las frutas. Los monos, entonces, empezaron a comerlas y se olvidaron de la construcción de sus casas hasta que, cuando las lluvias volvieron a hacer acto de presencia, se dijeron de nuevo: «En cuanto vuelva la seca, terminaremos las construcciones».

Sin embargo las frutas les atraían más; y, viendo que volverían a quedarse con los brazos cruzados, afirmaron: «¿Para qué queremos las casas, si los árboles nos dan frutos abundantes y nos cobijan por las noches?». Y abandonaron su trabajo definitivamente.

Por eso los monos no viven en casas. Y cuando anochece, o cuando llueve, se agrupan en los grandes árboles del bosque, que les defienden de cualquier inclemencia.

2. POR QUÉ RAZÓN EL PERRO COME HUESOS

Todos los animales vivían en el mismo pueblo y consideraban al pangolín como su padre. Éste vivía en la finca, y cada día dos animales iban a llevarle su comida.

Un día le tocó el turno al perro y a la cabra. Como el perro era más rápido, se adelantó mucho. Después se escondió, y aprovechó su soledad para comerse toda la comida que llevaba. Solamente quedaron los huesos. Cuando llegó la vieja cabra, le untó el morro con el aceite para que pareciera que era ella la culpable del desaguisado.

Llegaron a la finca y entregaron la comida al pangolín. Éste se dio cuenta de que solamente había huesos. Pero no quiso protestar y empezó a comérselos. La dureza de los huesos provocó que perdiera algunos dientes, pero aún así solicitó que al día siguiente volvieran el perro y la cabra para atenderle.

Así lo hicieron. Y la historia se repitió un día y otro día, hasta que el pobre pangolín se quedó sin dentadura. Entonces se enfadó mucho. Se dirigió al pueblo y proclamó: «Uno de vosotros se ha burlado de mí todos estos días. Quiero que os pongáis en hilera, y que todos paséis por encima de esta trampa, que descubrirá al culpable».

Una vez que todos los animales estuvieron dispuestos tal como el pangolín había dicho, empezaron a cantar una canción. La cabra, como principal sospechosa, ocupaba la primera posición; mientras que el perro era el último de la fila. Cuando éste pasó por encima de aquella trampa misteriosa, fue descubierto.

Los animales se enfadaron mucho con él. Y decidieron que a partir de aquel momento solamente comería huesos. Y así sucedió el resto de su vida.

3. LA RATA DE BOSQUE Y EL GÁLAGO

El gálago y la rata de bosque eran buenos amigos. Decidieron construir un cayuco y con él salían a pescar cada mañana.

Un día en que había llovido mucho, hicieron una hoguera en la orilla del río: se trataba de mantenerla encendida toda la mañana, para que el lugar y la leña estuvieran muy secos y pudieran asar los pescados sin problemas. Para eso se quedó la rata de bosque, mientras que el gálago salía en el cayuco a pescar.

La rata de bosque se esforzó cuanto pudo para que el fuego no se apagara. Pero no lo consiguió. Y el gálago, cuando volvió de la pesca, le dio una bronca tan grande que provocó las iras de la rata. Lo cierto es que aquel día tuvieron que ir al pueblo a asar sus pescados, y que tuvieron que repartirlos con familiares y vecinos.

Al día siguiente la rata de bosque seguía enfadada con su amigo el gálago. Y le dijo: «Esta vez vas a quedarte tú a vigilar la hoguera. Procura que no se te apague, porque te echaría una bronca tan grande como la que tú me echaste ayer. Si quieres evitarlo, no dejes de mirar al sol fijamente».

El gálago cumplió las instrucciones que su amiga le había dado: fijó la vista en el astro rey, y ni siquiera parpadeó a lo largo de toda la mañana. Cuando la rata de bosque regresó de la pesca, sus ojos estaban hinchados e irritados y apenas podía ver nada.

Por esta razón el gálago tiene ese par de ojazos, tan saltones y grandes ¹.

¹ El cuento debería terminar con una alusión a la pérdida de la amistad entre los dos animales a partir de aquel momento.

4. EL PICOTEO DE LA GALLINA

Todos los animales vivían juntos en el mismo pueblo, a pesar de que algunos de ellos —como el gato y el ratón— no se querían. Por eso un día, cuando el gato vio que en su casa no había agua, pensó que la culpa era del ratón. Pero éste le dijo: «Lo primero que tenemos que hacer es ver si en las demás casas tienen agua; porque, si se trata de una avería general, tendremos que avisar a un fontanero».

Efectivamente, todo el pueblo se había quedado sin agua. Y entonces salió el perro, ofreciéndose voluntario para arreglar la avería. Al mismo tiempo, la gallina dijo: «Mientras el perro trabaja, yo pasaré por todas las casas. Propongo que cada uno de nosotros ponga 1.500 francos¹; yo los recogeré, y con eso pagaré el trabajo del perro».

Así se hizo. La gallina recogió un montón de dinero, mientras el perro trabajaba con una preocupación profunda: «Esta gallina es muy astuta. ¿Y si roba el dinero para poder quedárselo?». Y así sucedió. Cuando el perro terminó de trabajar y se acercó a la casa de la gallina para poder cobrar, ella le dijo: «No encuentro el dinero por ningún lado. Es posible que alguien me lo haya robado».

Pero los animales no estuvieron de acuerdo, y le dijeron que saliera inmediatamente a buscarlo. Desde entonces la gallina se pasa todo el día picoteando por el suelo: porque está buscando aquel dinero que era de todos y que todavía no ha podido encontrar.

¹ Seiscientas pesetas.

5. LA VERGÜENZA DEL PANGOLÍN

En un pueblo vivían juntos todos los animales. Cada día uno de ellos actuaba de vigilante. Excepto el pangolín, que sentía tanta vergüenza que no quería que nadie le viera: resulta que, mientras todos los demás animales tienen pelo, él es el único que está recubierto de escamas. Por eso no permitía que nadie le viera.

Esta historia llegó a oídos de un muchacho, que se propuso ver a aquel animal tan vergonzoso que nadie había visto jamás. De manera que una noche de luna nueva ¹ se acercó al pueblo de los animales y esperó a que saliera el pangolín. Cuando le vio intentó cogerlo para verle la cara; pero el pangolín se enroscó inmediatamente como una bola.

Entonces el chico llamó a los otros animales y pidió un voluntario para poder desenroscarle. Se ofreció la cobra negra, que es la serpiente más terrible que existe; pero, a pesar de sus esfuerzos, no consiguió que el pangolín abandonara su actitud.

El chico, decepcionado, cogió un palo y se lo acercó al pangolín. Entonces el animal se encaramó en él. Y de esta manera el muchacho pudo verle la cara y llevárselo a su casa: enroscado en aquel palo.

¹ Los cazadores creen que el pangolín solamente sale durante las noches de luna nueva; ello acrecienta su fama de animal vergonzoso.

6. EL CAPARAZÓN DE LA TORTUGA

La tortuga vivía en un pueblo donde, además de unas cuantas familias normales, también vivían unos extraterrestres. La tortuga soñaba en poder ser como ellos, pero éstos no la aceptaban en su compañía porque decían que era demasiado baja.

De manera que la astuta tortuga ideó un plan. Se dirigió a los extraterrestres y les dijo: «Voy a demostraros que, aunque soy bajita, también soy más valiente que todos vosotros». Y les propuso comprobar cuál era el que podía tirarse desde el platillo volante al suelo desde una altura mayor.

La tortuga se atrevía a hacer esta propuesta porque había acordado con su mujer que ésta, mientras él subía al platillo volante, pondría un montón de colchones en el suelo. Pero sucedió que la mujer de la tortuga no encontró ningún colchón, y decidió llenar el suelo de botellas de vidrio.

La tortuga, mientras tanto, había subido al platillo volante. Y, cuando se encontraban a una altura tan grande que ninguno de los extraterrestres se atrevía a saltar desde allí, ella dijo que saltaría. Como se había situado tan lejos del suelo, no advirtió que éste estaba lleno de botellas y no de colchones.

Y así fue como se dio un batacazo tan grande en la espalda que estuvo llorando un montón de semanas. Y le quedó el caparazón agrietado y partido en pedazos: por eso parece que lo tenga a cuadros.

7. LAS DOS MADRINAS DE LA TORTUGA

Anteriormente, la tortuga tenía dos madrinas. Un día estaba tan hambrienta que decidió ir a casa de la primera. La mujer estaba preparando una sopa de malanga, y la tortuga pidió que le dejara comer un poco. La madrina le advirtió que aquella sopa quemaba mucho; pero la tortuga, sin hacerle caso, probó un poco y se quejó porque su madrina no había puesto picante. La buena madrina salió a buscarlo; y entonces la tortuga aprovechó la ocasión para comerse toda la sopa y marcharse. Cuando la primera madrina regresó a casa, se dio cuenta de que su ahijada se había burlado de ella.

Mientras tanto, la tortuga se había dirigido a la casa de la segunda madrina. Ésta estaba cocinando unos plátanos; y la olla desprendía un olor tan agradable, que solamente con el olfato la tortuga se relamía de placer. La madrina le dio un poco, y la tortuga se quejó: «¿No ves que no tengo dientes? Podrías dármelos machacados». La madrina salió de la casa para ir a buscar el mortero; y la tortuga aprovechó la ocasión para comer todos los plátanos que pudo, meterse el resto dentro del sombrero y marcharse. Cuando la segunda madrina regresó a casa, se dio cuenta de que su ahijada se había burlado de ella.

La tortuga se dirigió a la playa y empezó a comerse los plátanos que había metido en el sombrero. Una piedra le pidió comida, pero ella siguió con su trabajo sin hacerle caso. Pero la marea iba subiendo, y llegó un momento en que la fuerza del agua volcó aquella piedra sobre el cuerpo de la tortuga. Ella gritaba desesperada; pero, cuando consiguió desembarazarse de aquella piedra, el oleaje se la llevó mar adentro.

Desde aquel momento, la tortuga se convirtió también en un animal marino.

8. LOS NIDOS DE LOS PÁJAROS

Se sabe que a los pájaros no les gusta vivir en un sitio fijo, sino que van revoloteando de árbol en árbol. Siempre ha sido así. Pero, en otros tiempos, esta conducta merecía la reprobación de los demás animales del bosque, que les decían: «Deberíais construir una casa para cobijaros durante los días de lluvia». Pero ellos no se dejaban convencer: «No siempre llueve; y solamente por esa razón no queremos molestarlos en construir una casa. No estaríamos bien allí dentro».

Los animales les reprochaban una y otra vez esta actitud: «Los niños tienen unos tirachinas muy peligrosos para vosotros. Si no os construís una casa, os matarán». Y los pájaros replicaban: «Aun así, preferimos volar todo el día de árbol en árbol y cobijarnos en los techos de nipa de las casas de los bubis. Y si ellos no nos quieren, nos refugiaremos en los árboles, que siempre nos han cobijado».

Y es por esta razón por la que los pájaros viven en los techos de las casas y en los árboles, y solamente construyen sus nidos en la época de la cría: porque no se dejaron convencer por los demás animales.

9. POR QUÉ RAZÓN EL MUNDO ESTÁ LLENO DE LAGARTOS

Un chico y una chica se enamoraron en una fiesta y se prometieron. Pero el padre de la muchacha no estuvo de acuerdo en permitir que el muchacho se casara con su hija: «Ya había buscado marido para ti. El chico al que quieres es muy guapo, pero también es muy perezoso. No vamos a consentir vuestra boda».

La muchacha se entristeció mucho. Y un día en que se encontraba sola junto al fuego, apareció junto a ella aquel chico al que quería con toda su alma: «Si quieres, ven mañana por la mañana. Intentaré que mis padres se hallen fuera para que podamos escaparnos juntos».

Pero la mañana siguiente amaneció lluviosa y los padres de la chica se quedaron en casa. Cuando el padre vio que se acercaba aquel muchacho que había rechazado, cogió una olla llena de agua hirviendo ¹ y se la echó por la cabeza.

En aquel mismo momento el chico se convirtió en un lagarto que no paraba de mover la cabeza; y la muchacha, a su vez, se convirtió en un lagarto hembra que no podía moverla. Ambos salieron de la casa y se dirigieron al bosque, donde tuvieron una descendencia numerosísima.

Por esta razón el mundo está lleno de lagartos.

¹ La escena es verosímil, puesto que en las cocinas siempre suele haber alguna olla puesta al fuego.

I.b. RELACIONES ENTRE ANIMALES

10. EL CANGREJO Y LA CULEBRA

Un cangrejo y una culebra eran muy buenos amigos, pero pasaban mucha hambre.

La culebra propuso: «Si seguimos así nos moriremos los dos. Ya que tú tienes diez patas, podríamos comernos una para no desfallecer». Así lo hicieron: compartieron una de las patas del cangrejo y siguieron buscando comida sin resultado.

La escena se repitió algunas veces; hasta que el cangrejo, al que solamente quedaban cinco de sus patas, protestó: «No puede ser que siempre nos comamos una parte de mi cuerpo. Es verdad que yo tenía diez patas; pero tú, amiga, también tienes una cola muy larga. ¿Por qué no nos comemos un pedazo?».

La culebra comprendió que su amigo tenía razón: con mucho cuidado cortó un pedacito de su cola y la compartió con el cangrejo. Entonces apareció una lombriz y el cangrejo empezó a perseguirla con las patas que le quedaban. La culebra también intentó la persecución, pero sus esfuerzos eran inútiles: no se podía mover.

El cangrejo se dio cuenta de lo que sucedía y le dijo: «He compartido contigo cinco de mis patas, y todavía puedo valerme. A ti, en cambio, la falta de un solo pedazo de cola te ha dejado inmóvil. No me conviene tener amigas tan poco útiles». Esperó a que la culebra muriera de hambre, y, acto seguido, se la comió entera.

Desde aquel día el cangrejo y la culebra son enemigos acérrimos.

11. EL MONO Y EL TIBURÓN

En el país de los peces reinaba la tristeza porque su jefe, la ballena, se encontraba enferma de gravedad: los peces se reunieron en asamblea, y los más viejos decidieron que debían hacerle un trasplante de corazón; un corazón de mono, precisamente.

El tiburón, que era el encargado de encontrar el nuevo corazón de la ballena, seguía la costa día y noche; hasta que, por fin, divisó a un mono que estaba pescando en la playa. Se acercó y, ya desde lejos, intentó tranquilizarle: «No te asustes, mono, que no voy a hacerte ningún daño: quiero que seamos buenos amigos para siempre».

Se entretuvieron largo rato conversando de sus cosas; y, al final, el tiburón propuso: «Ya que nos hemos hecho buenos amigos, ¿por qué no vienes a mi casa a visitarme?». El mono, desconfiado, rechazó de plano la idea: «¿No ves que no sé nadar y me ahogaría?».

Pero en esta vida hay solución para todo. Y el tiburón, complaciente, dispuso al mono sobre su lomo y se adentró en el mar ante la alegría de su amigo. Cuando apenas se divisaba la costa, el enorme pez se dirigió de nuevo al mono: «Amigo, tendrás que hacerme un favor muy grande: nuestro jefe, la ballena, se encuentra en un estado de salud muy delicado; y, como precisa un trasplante de corazón de mono, he pensado que el tuyo podría ser el adecuado».

Ahora el pobre simio sudaba de miedo. Mas no perdió la compostura y dijo: «Naturalmente que quiero hacerte este favor: para eso somos buenos amigos. Sin embargo, deberías habérmelo dicho antes de partir de la costa: debes saber que los monos siempre dejamos nuestro corazón colgado de un árbol cuando bajamos a tierra. Por eso somos tan ágiles entre las ramas y tan torpes en el suelo. Volvamos a la costa para que pueda recogerlo».

El tiburón dio media vuelta y regresó a la playa. El mono subió a lo más alto del árbol más alejado y desde allí gritó: «Adiós, amigo. Ya sé que aquí termina nuestra amistad, pero prefiero seguir vivo y para ello necesito tener mi corazón bien guardado en el pecho, y no colgado de un árbol». Acto seguido desapareció entre la maleza y jamás volvió a pescar.

12. EL GALLO Y LA CUCARACHA

Había una vez un gallo y una cucaracha que eran tan amigos que vivían y trabajaban juntos.

Un día fueron a la finca a chapear. El trabajo era duro y, al regresar, la cucaracha se fingió enferma. Al día siguiente comunicó al gallo que tenía mucha fiebre: «¿No ves cómo estoy titiritando? Creo que hoy no podré ir a trabajar contigo».

El gallo fue al mercado a comprar mentolado para curar a su amiga. Luego marchó a trabajar. Mientras tanto, la cucaracha cantaba: «Gallo tonto, te dejas engañar fácilmente: no estoy enferma para nada».

Al día siguiente la cucaracha quiso repetir la misma historia. El gallo también la cuidó con esmero; pero había olvidado algo en la casa y, al regresar, oyó la canción que su amiga estaba cantando y comprendió que le había engañado. Furioso, entró en la casa y de un picotazo mató a la cucaracha y se la comió.

Así terminó aquella amistad.

13. EL ANTÍLOPE Y LA VACA

El antílope y la vaca vivían en el mismo pueblo. Decidieron construir un columpio junto a un barranco: el antílope lo empezó y la vaca lo terminó.

Una vez hecho, quisieron probarlo. El antílope montó en él, y la vaca le columpiaba; pero al mismo tiempo le iba empujando hacia el barranco, por lo que el antílope decidió saltar.

Entonces la vaca montó en el armatoste y el antílope la columpiaba; igual que antes, sin embargo, a medida que la columpiaba iba acercándola al barranco; hasta que, por fin, dio un empujón más brusco y la vaca cayó al vacío y se mató.

El antílope empezó a cantar su proeza. Así fue como las demás vacas se enteraron de lo sucedido. Y entonces surgió la enemistad que todavía hoy mantienen ambos animales.

14. EL ÁGUILA Y LA PERDIZ

Una mujer tenía una finca de cacahuete que cultivaba con mucho afán. Cada año chapeaba las hierbas y quemaba los rastrojos. Y sucedió una vez que el fuego se propagó y quemó toda una parte de bosque. Justo donde se encontraba la perdiz, que ya se veía requemada por aquel incendio aparatoso.

Entonces vio que se acercaba un águila volando, y decidió pedirle socorro: «Si me sacas de este infierno, te daré cualquier cosa que me pidas». El águila la recogió con sus garras y, abriendo sus enormes alas, la sacó de allí.

Agradecida, la perdiz quiso saber lo que el águila quería pedirle a cambio de aquel favor. La reina de las aves dijo: «Deseo comerme tu cabeza». A lo que la perdiz respondió: «¿Me has salvado la vida para quitármela después? Olvida el trato que habíamos hecho».

Entonces el águila volvió a recoger a la perdiz entre sus garras; y, desplegando sus alas fabulosas, emprendió otra vez el vuelo. Al llegar sobre la parte del bosque que se estaba incendiando, soltó a la pequeña perdiz, que pereció abrasada.

Desde entonces, las dos aves no han vuelto a ser amigas.

15. EL LEÓN, EL PERRO Y EL CERDO

El perro y el cerdo vivían en la misma casa; el león vivía en otra casa, solo, al otro lado del río. El león iba muy a menudo a visitar a los dos amigos; pero éstos no iban nunca a la casa del león porque el cerdo no sabía nadar. Hasta que un día el león se enfadó tanto que los dos amigos le prometieron que a la mañana siguiente acudirían a visitarle.

Se apañaron como pudieron para cruzar el río; y, al llegar a la casa del león, resultó que éste había salido de caza. Regresó al cabo de un rato, cansado y malhumorado porque no había conseguido ninguna pieza. Y, dirigiéndose a sus amigos, les dijo: «Hoy no he conseguido ninguna pieza, pero parece que aquí se presenta una buena ocasión para comer dos».

El cerdo no entendía el significado de aquella frase; pero el perro, más astuto, comprendió que el león quería comerles y empezó a musitar: «El que no sepa correr, que empiece a andar ahora mismo». A pesar de ello, el cerdo seguía sin enterarse, sorprendido de aquella conversación rarísima que sus dos amigos habían entablado.

Por fin el león salió un momento de la casa. Y el perro tramó la siguiente estratagema: el cerdo se pondría en la orilla del río, como si fuera una piedra, y él se sentaría encima.

Así lo hicieron. Y al cabo de muy poco tiempo el león volvió a su casa y se dispuso a saltar sobre el perro. Éste huyó corriendo a toda prisa; y, al llegar a la otra orilla, se dirigió gritando al león: «Si eres capaz de lanzar esa piedra hasta esta orilla, yo mismo vendré a tu casa para que me comas».

El león, engañado, cogió al cerdo, creyendo que se trataba efectivamente de una piedra. Y lo tiró tan lejos que cruzó el río sin tener que nadar absolutamente nada. La fiera, al ver que aquella piedra en realidad era el cerdo y que le habían engañado como a un tonto, sintió tanta vergüenza que se fue a vivir al bosque.

Y desde entonces el león y el perro han dejado de ser amigos.

16. EL GATO Y EL RATÓN

El gato y el ratón eran vecinos. Se odiaban tanto que el gato soñaba siempre que podía comerse a su compañero; y el ratón vivía atemorizado sabiendo lo que el otro tramaba.

El gato llenó su casa de quesos. Sabía que al ratón le gustaban mucho y que intentaría entrar. De manera que se iba a la finca y cuando regresaba comprobaba que en la puerta de la casa había unas heces: y es que el ratón no podía entrar en la casa y se quedaba con las ganas de comerse los quesos; así es que hacía sus necesidades junto a la puerta y se iba.

Hasta que el gato se quedó un día al acecho: vio que el ratón se acercaba a la puerta, olía los quesos, intentaba entrar sin conseguirlo y a continuación se cagaba ante la puerta. Enfurecido, el gato salió de su escondrijo para pedir explicaciones; pero el ratón le dijo: «Si quieres saber de quién son las heces que hay en la puerta de tu casa, sube a ese cocotero y uno de los cocos te lo contará».

El gato siguió el consejo del ratón. Subió al cocotero y se pasó toda la tarde intentando hablar con los cocos, que no decían nada. Al final se convenció de que el ratón le estaba tomando el pelo y se quedó de nuevo al acecho: cuando el ratón volvió a la puerta de su casa para oler los quesos, le atrapó y se lo comió.

El gato había visto cumplido su sueño. Y, desde entonces, cuando un ratón huele su presencia o ve sus huellas, huye al instante de ese lugar.

17. EL CARACOL Y EL PERRO

El caracol y el perro eran amigos: vivían y trabajaban juntos.

Un día el perro dijo a su amigo: «Me han invitado a una fiesta y quisiera llevarte conmigo. Pero no me gusta que te arrastres por el suelo y que lleves esos cuernos: parece que no tengas sangre. Tienes una semana para arreglarte, y el día de la fiesta haremos una carrera hasta llegar al pueblo donde se celebra el balele».

El caracol habló con muchos de sus compañeros: todos estaban tristes porque alguien se burlaba de su manera de ser y de andar; así que decidieron preparar una trampa: se irían colocando a lo largo del camino, en lugares distintos, para que el perro creyera que había perdido la carrera.

Y así sucedió: el perro arrancó a correr a toda marcha; y a cada momento veía al caracol más adelante del camino. Hasta que, al llegar al pueblo donde se hacía el baile, tuvo que escuchar la perorata de su amigo: «Llegas muy tarde; ya hace mucho rato que estoy esperándote: te crees muy rápido, pero siempre tengo que perder el tiempo por tu culpa».

De regreso a casa repitieron la misma operación. Y el perro, que había perdido las dos carreras, anunció: «Has ganado y de ahora en adelante te respetaré. Sin embargo, no volveré a ser amigo tuyo, porque continuas arrastrándote por el suelo y llevando esos cuernos: parece que no tengas sangre. La gente te cocinará, pero yo no probaré tu carne jamás».

Y de esta guisa dio por finalizada aquella vieja amistad.

18. EL CARACOL Y EL ANTÍLOPE

Había una vez un caracol y un antílope que eran muy amigos. Un día hicieron una apuesta sobre cuál de ellos podría correr más deprisa, y decidieron organizar una carrera: se disputaría desde Bahó Grande hasta Rebola, y el primero en llegar tendría una mujer como premio.

El caracol se puso de acuerdo con otros caracoles que vivían en todos los pueblos que hay hasta Rebola. Cuando llegó el día indicado y se dio la orden de salida, el antílope emprendió una veloz carrera, dejando atrás a su contrincante inmediatamente.

Cuando llegó al primer pueblo se detuvo un momento, volvió la vista atrás y gritó: «Caracol, ¿dónde estás?», creyendo que se habría quedado muy rezagado. Entonces oyó una voz por delante de él que decía: «Estoy aquí, antílope, vas a perder la apuesta».

El velocísimo rumiante, que no se dio cuenta de que se trataba de un caracol distinto, no comprendía cómo se había dejado atrapar por un animal tan lento. Y prosiguió la carrera a toda velocidad. Sin embargo, en cada pueblo le volvió a suceder lo mismo. Y en Rebola, al llegar a la meta, ahí estaba ya el caracol con la mujer.

Desde entonces el antílope y el caracol no han reanudado su vieja amistad ¹.

¹ Nuestros informadores nos han contado multitud de cuentos parecidos, todos los cuales se basan en una apuesta de velocidad entre un animal rápido y otro lento, con victoria final de este último gracias al mismo ardid.

19. EL PERRO Y EL GATO

El perro y el gato eran muy amigos. Un día decidieron repartirse las tareas de la casa: el perro cocinaría y fregaría los platos, y el gato limpiaría el suelo ¹.

En cierta ocasión, el gato encontró un gran árbol lleno de frutos. Comió cuanto quiso y le llevó unos cuantos al perro. Éste le propuso que a la mañana siguiente fueran los dos a aquel gran árbol para comer más. El gato se mostró de acuerdo, aunque le dijo: «Tenemos que ir con cuidado, porque los dueños de esa finca la vigilan muy a menudo. Así es que intentaremos no hacer ningún ruido».

El perro aceptó aquella condición. Y a la mañana siguiente, nada más llegar a aquel árbol, se encaramó en él y empezó a comer y a tirar frutos al gato, que también se atracó hasta que no pudo más. Entonces el perro se puso a ladrar de contento y ambos huyeron a toda prisa.

Al día siguiente volvieron a aquella finca, no sin que el gato mostrara su desacuerdo con el proceder del perro. «Si te comportas de esta manera, nos atraparán y nos matarán. Haz el favor de no hacer ningún ruido.» El perro estaba de acuerdo con el gato; pero, en cuanto se hubo hartado de frutos, ladró de nuevo, con mayor fuerza que el día anterior. Los dueños de la finca acudieron en su persecución, pero no pudieron darles alcance.

Por fin, el tercer día, el perro ladró con mayor fuerza si cabe. Los dueños, que estaban al acecho, acudieron presurosos. Y pudieron atrapar al gato, al que juraron matar. Entonces, el gato suplicó: «Si queréis matarme, dejad por lo menos que elija la manera de morir: enterradme vivo en un agujero y llenadlo de plátanos hasta arriba».

Los hombres accedieron a su petición. Y el gato, en cuanto se vio enterrado, empezó a comer y a comer, hasta liberarse de su encierro; y, al salir de aquel agujero que debía ser su tumba, cogió los plátanos que quedaban y se los dio al perro para que los compartiera con él ².

¹ Esta distribución del trabajo no tiene repercusiones en la historia que se va a contar; cabe suponer que existe otra versión del cuento en que resulta importante.

² También este desenlace resulta ilógico; más bien pudiera esperarse el fin de la amistad entre los dos animales, considerados tradicionalmente como enemigos irreconciliables.

20. LA RANA Y EL GUSANO

La rana y el gusano de la palmera eran buenos amigos: compartían las tareas de la finca y las de la cocina; mientras uno hacía una cosa, el otro hacía la otra.

Pero el resultado era desigual: las comidas que preparaba el gusano eran insípidas y aburridas, mientras que a la rana le salían unos guisos y unas salsas excelentes, en las que los dos podían lamerse los dedos.

El gusano quiso saber cómo conseguía la rana aquellos sabores. Y un día, en lugar de ir a la finca se escondió en la casa para espiar los secretos de la rana. Y vio que su amiga aprovechaba la grasa de su propio cuerpo: se metía en la olla, y de su mismo cuerpo se desprendía el aceite que daba sabor a sus guisos.

A partir de entonces el gusano empezó a cocinar platos memorables. Y la rana, llena de curiosidad, le espío.

El gusano había descubierto el secreto de la rana. Pese a ello, ésta reconoció que era mejor así, ya que de esta manera podían comer bien todos los días.

Y desde entonces la rana y el gusano lo compartieron todo, y siguieron siendo buenos amigos.

21. DOS PÁJAROS AMIGOS

Dos pájaros eran muy amigos y siempre salían juntos a buscar comida: uno de ellos comía palmistes, mientras que el otro comía arena; así que, mientras este último bajaba a la playa, el primero subía a una palmera. Cuando terminaban, se llamaban el uno al otro y regresaban juntos a casa.

Un día, el dueño de la palmera se dio cuenta de que aquel pájaro se le estaba comiendo los palmistes. Le sorprendió y se lo metió en la mochila. El pobre pájaro empezó a cantar para llamar a su amigo, y éste acudió al instante, increpando a aquel hombre: «Llevas a mi amigo dentro de la mochila. Suéltalo, por favor».

Pero el hombre no le hizo el menor caso. Llevó al pájaro prisionero hasta su casa, mientras que el pájaro amigo les seguía. Una vez allí, lo mató y empezó a comerlo.

El otro pájaro le advirtió: «Ya que te comes a mi amigo, por lo menos respeta su cabeza». Pero, nuevamente, el hombre no le hizo el menor caso. Y, de pronto, su vientre empezó a hincharse y a hincharse, hasta que explotó.

El hombre murió. Y el pájaro que comía palmistes apareció sano y salvo, pero sin alas. Entonces su amigo empezó a cantar, y todos los pájaros del bosque acudieron en su ayuda. Y entre todos cuidaron al pájaro tullido, hasta que las alas le crecieron de nuevo.

22. LA HORMIGA Y EL RATÓN

Había una vez una hormiga y un ratón que eran muy amigos. La hormiga creyó que el ratón se había enamorado de ella: de manera que se vistió con suma elegancia y procuró conquistarlo. Efectivamente, al cabo de poco tiempo se casaron y fueron a vivir a la misma casa.

Un día la hormiga se dispuso a salir: «Voy a acercarme al río a lavar la ropa. Espérame en casa, por favor». El ratón cerró por dentro; y, cuando la hormiga regresó del río, no acudía nadie a abrir la puerta: «Ábreme, ratón, que soy tu mujer».

Tras mucho forcejear, consiguió entrar en la casa. Allí encontró a su marido muerto dentro del puchero.

La hormiga empezó a llorar desconsoladamente, y las vecinas sentenciaron: «No llores tanto, amiga: ya encontrarás más ratoncitos para casarte».

I.c. LA ASTUCIA DE LA TORTUGA

23. LA TORTUGA Y EL PERRO

La tortuga y el perro eran muy buenos amigos. Vivían en el mismo pueblo y cada día salían a buscar comida. Si no encontraban nada, lo robaban.

Un día quisieron comer unas naranjas, porque tenían hambre y sed. De manera que se dirigieron a una finca cercana. El perro no podía trepar al naranjo, así que fue la tortuga la que se encaramó al árbol.

Habían acordado que, para que el ruido de la caída de las naranjas no llamara la atención del dueño, la tortuga las echaría sobre el lomo del perro y que éste soportaría el dolor sin ladrar para nada.

Pero una de las naranjas cayó con tal fuerza sobre la espalda del animal, que éste soltó un alarido tan fuerte que el dueño de la finca acudió al momento para ver qué sucedía.

El perro echó a correr y pudo escaparse. Pero la tortuga apenas tuvo tiempo de esconderse entre la hojarasca, donde fue descubierta por aquel hombre; el cual, singularmente enfadado, se la llevó a casa y la metió en un bidón.

Al cabo de un tiempo, el hombre decidió preparar una gran fiesta. Así que se dirigió a sus hijos y les ordenó que atraparan al gallo para darle muerte. Los niños no estaban muy atentos a las instrucciones del padre, y no sabían qué es lo que debían hacer. Entonces intervino la astuta tortuga: «Vuestro padre ha dicho que me saquéis de este bidón para que os ayude a atrapar al gallo».

Los niños le hicieron caso. Y ella, disimuladamente, se acercó al río, se zambulló en el agua y desapareció. Cuando el hombre se dio cuenta de lo sucedido, regañó a los niños por haberse dejado engañar por aquel animal tan pequeño.

24. LA TORTUGA Y EL PUERCO ESPÍN

La tortuga y el puerco espín eran grandes amigos. Pero pasaban tanta hambre que, un día, la tortuga propuso: «Lo que podemos hacer es comernos a nuestras madres. Yo subiré a la colina, mataré a mi madre y, cuando veas que su sangre baja por el río, haz lo mismo con la tuya. Después nos reuniremos para preparar un asado».

La tortuga se fue hacia la colina. Pero en lugar de matar a su madre, la escondió y machacó unos frutos de color rojo para aparentar que ya la había matado. Cuando el puerco espín vio el agua rojiza, llamó a su madre y la mató.

Al cabo de un rato apareció la tortuga. Asaron a la madre del puerco espín y se la comieron. Era muy apetitosa. Después, cuando el puerco espín sugirió que debían hacer lo mismo con la madre de la tortuga, ésta replicó: «¿De verdad crees que he matado a mi propia madre? No lo haré jamás, por mucha hambre que tenga». Y se encerró en su casa, instalando una trampa en la puerta para prevenir la llegada de su amigo.

El puerco espín estaba furioso. Se sentía burlado. Además, había matado a su madre. De manera que decidió vengarse de la tortuga, que le había jugado una mala pasada. Se dirigió a la casa de su amiga, pero al entrar cayó en la trampa y se vio metida en un agujero. Allí mismo la tortuga lo mató y después se lo comió, tal como había hecho con su madre.

Desde entonces la tortuga y el puerco espín han dejado de ser amigos. Y por eso el puerco espín vive en el bosque y la tortuga en la playa: para no tener que coincidir.

25. LA TORTUGA, EL ELEFANTE Y LA BALLENA

La tortuga tenía ganas de divertirse. Por eso se dirigió al bosque y habló con el elefante de esta manera: «Me apuesto lo que quieras a que, si tiramos cada uno de un extremo de una cuerda, al final te arrastraré». El elefante se echó a reír: «¿Cómo te atreves a decir una barbaridad tan grande? ¿Es que no ves que soy mucho más grande y mucho más fuerte que tú? Pues, si quieres apostarte algo, ya puedes fijar una fecha para que midamos nuestras fuerzas».

Quedaron de acuerdo para un día concreto y, a continuación, la tortuga se dirigió a la playa e hizo la misma propuesta a la gran ballena. Ésta también quedó sorprendida por aquel desafío tan poco ajustado; pero, como tampoco tenía nada que perder, dijo a la tortuga que fijara una fecha para el encuentro.

La tortuga había citado a los dos grandes animales para el mismo día. Cuando llegó aquella fecha, se dirigió al bosque y le dio al elefante su cabo de cuerda. Le dijo: «Yo me voy más abajo. En cuanto notes que empiezo a tirar, tú puedes hacer lo mismo. Y prepárate para aprender que la pequeña tortuga es más fuerte que tú».

El elefante se reía de lo lindo. Se lo estaba pasando bien. Mientras tanto, la tortuga se había acercado a la playa; y le dio a la ballena el otro extremo de la cuerda, con estas instrucciones: «Me voy un poco más arriba; en cuanto hayan pasado cinco minutos, ya puedes empezar a tirar. Y prepárate para aprender que la pequeña tortuga es más fuerte que tú».

Cuando la ballena empezó a tirar de la cuerda, el elefante hizo lo propio. Sudaban y jadeaban, pero ninguno de los dos conseguía arrastrar al otro. Comprendían que no era posible que la pequeña tortuga fuera tan fuerte como ellos; y así, al cabo de un buen rato, decidieron dejar de tirar y acercarse al otro extremo de la cuerda para ver qué estaba pasando.

Al ver lo que sucedía, la tortuga arrancó a correr y se escondió. Y los dos grandes animales, al darse cuenta de que les había engañado, se echaron a reír de nuevo y prometieron no volver a aceptar apuestas tan ridículas.

26. LA BALLENA Y EL CAMALEÓN

La ballena y el camaleón eran muy buenos amigos. Hasta que un día empezaron a discutir para saber cuál de los dos era el más fuerte. Para ello, decidieron que cada uno de ellos tiraría del extremo de una cuerda, y el que consiguiera arrastrar al otro o hacerle desistir sería el vencedor.

Pero el camaleón utilizó un truco: en lugar de tirar él mismo de la cuerda, ató su extremo a un árbol muy fuerte del interior del bosque. Y, de esta manera, por más que la ballena se esforzara y tirara con todas sus fuerzas, no conseguía ni arrastrarle ni hacerle desistir de su empeño.

La marea empezó a bajar. La ballena resistió todavía un buen rato. Pero, cuando ya casi se encontraba varada en la arena, aprovechó la poca agua que aún tenía para adentrarse en el mar y salvar su vida.

Había desistido. De manera que el vencedor de aquella lucha fue el camaleón: y es que siempre puede más la astucia que la fuerza.

27. LA TORTUGA Y LA CABRA

Un hombre tenía una gran finca de malanga, de la que sacaba mucho provecho. Pero advirtió que, desde hacía algún tiempo, alguien le estaba robando todo lo que podía.

Decidió cortar un árbol y embadurnarlo con alquitrán: quienquiera que fuese el ladrón, quedaría pegado a aquel árbol, y podría darle su merecido.

Dicho y hecho, después de embadurnar el árbol lo plantó de nuevo en medio de la finca. Tan negro, destacaba entre todos y quedaba muy bonito.

La tortuga, que era la que le robaba la malanga, observó con extrañeza que en medio de la finca había crecido un árbol negro. Se acercó para ver aquel extraño fenómeno, y quiso tocarlo: al instante, quedó pegada al tronco.

Nuestra amiga no perdió la tranquilidad. Esperó y esperó, pegada al árbol, hasta que vio pasar a una cabra. La llamó para que la ayudara, y a continuación la invitó a pasar su mano por aquel tronco tan negro y reluciente como la piel de una muchacha.

La cabra cayó en la trampa. La tortuga se burló de ella y, después, marchó tranquilamente a su casa.

Cuando el dueño de la finca acudió para ver si su trampa había dado resultado, no quiso escuchar las razones de la cabra: se la llevó a su casa, le dio muerte y se la comió entera.

28. LAS MENTIRAS DE LA TORTUGA

En un pueblo vivía un matrimonio con sus tres hijos. La tortuga, que era la madrina del menor, se presentó un día en la casa y les propuso: «Conozco a un maestro muy bueno. Podríais dejar que acompañara a uno de vuestros hijos hasta su casa, porque así podrá tener una educación excelente». Los padres estuvieron de acuerdo porque la tortuga era su amiga. Y decidieron que la acompañara el hijo mayor.

Pero en realidad la tortuga pretendía conseguir las manzanas que un ogro poseía junto al río. De manera que llevó al chico a su casa y le hizo dejar allí su maleta: «Primero iremos a conversar con el maestro, y si te acepta volveremos a recoger tus cosas».

Le llevó junto al río, donde el ogro tenía su casa y su manzano, y le dijo: «Sube a ese árbol y recoge todas las manzanas que puedas: yo me comeré las maduras y tú las verdes». El chico, efectivamente, subió al manzano y empezó a echar las manzanas al suelo. Cuando se cansó de aquel trabajo, cogió una manzana madura y empezó a comérsela, a lo que la tortuga reaccionó gritando: «Deja esa manzana. ¿No te he dicho que solamente debes comerte las que están verdes?».

Con aquel griterío el ogro se despertó y preguntó: «¿Quién anda por ahí?». A lo que el muchacho respondió: «Un chico. Estoy encima del árbol». Entonces el ogro se abalanzó sobre él, lo metió en la casa y se lo comió.

La tortuga regresó al pueblo y habló con los padres del muchacho: «Ya he colocado a vuestro hijo mayor con el mejor maestro que existe. ¿Qué os parece si también me llevo al mediano?». Los padres accedieron y, tras llevarse al segundo chico, se repitió la misma situación: la tortuga lo utilizó para robar manzanas y, después de gritar, el ogro también se lo comió.

Entonces el anfibio regresó al pueblo para intentar conseguir al hermano pequeño. La madre, desconfiada al ver que los dos primeros hermanos no iban nunca a visitarla, quiso oponerse a sus pretensiones. Pero la tortuga dijo: «El pequeño es mi ahijado. ¿Cómo no voy a procurarle una educación tan exquisita como a los demás?». Y la madre, convencida por sus bellas palabras, accedió.

Con el pequeño se repitió la misma situación: empezó a arrojar las manzanas al suelo y, cuando se cansó y se comió una de las maduras, la tortuga volvió a gritar y el ogro se despertó y preguntó: «¿Quién anda por ahí?». A lo que el muchacho, dándose cuenta del peligro, respondió: «Una tortuga. Estoy en el suelo, junto a tu casa». El ogro se abalanzó sobre la tortuga, la metió en la casa y se la comió.

Entonces el muchacho, tras recoger las maletas de sus hermanos, regresó a su casa y contó a sus padres lo que había acontecido. Éstos se pusieron muy tristes. Pero ya no había nada que hacer; y comprendieron que los padres jamás deben dejar en manos de un amigo la educación de sus hijos.

29. LA TORTUGA, SECRETARIA

Solamente les faltaba una cosa en aquel pueblo: un secretario para llevar la parte administrativa. Vivían todos con suma felicidad, pero un pueblo sin secretario no podía funcionar. Por eso, cuando la tortuga llegó en busca de trabajo, estuvieron de acuerdo en darle el cargo; y, además, celebraron un gran banquete en su honor.

Por la noche se oyó un gran alboroto entre las gallinas: por aquellos días todavía no se construían gallineros y las aves quedaban a la merced de cualquier serpiente u otra bestia salvaje que las quisiera matar. De manera que todos acudieron al lugar de donde procedía tanto alboroto. Y allí, sentada en un árbol y con una gallina en la mano, estaba el nuevo secretario.

La gente estaba realmente enfadada: «Te hemos recibido muy bien, con toda clase de generosidades, para probarte nuestra hospitalidad, y te hemos dado trabajo. ¿Y éste es el primer documento que redactas? Pues debes saber que los robos están penados muy severamente en este pueblo. Y a ti te va a tocar la pena capital».

La tortuga ni siquiera se perturbó: «Matadme, si queréis, pero por lo menos dejad que elija mi última voluntad: quiero que me déis muerte junto al río». La gente aceptó el último deseo de la tortuga, la metieron en un ataúd y emprendieron una procesión hasta el río.

Una vez allí, el astuto anfibio levantó la tapa del ataúd y, antes de que nadie se diera cuenta, se tiró al agua y desapareció en un santiamén.

Todos quedaron sorprendidos por el buen hacer de la tortuga. Y se pusieron a buscar un nuevo secretario.

30. UN HOMBRE Y UNA TORTUGA

En un pueblo vivían un hombre y una tortuga. El hombre tenía una finca de palmeras inmensa, que le producía una gran cantidad de aceite de palma.

Cada día iba a su finca para cuidarla y vigilarla. Y por eso descubrió con estupor que alguien le estaba robando todo lo que tenía. Decidió esconderse y, hacia el mediodía, vio que se acercaba su vecina la tortuga. Ésta, ni corta ni perezosa, empezó a subir a una palmera para robarle su aceite.

El hombre pensó que a lo mejor la tortuga solamente había actuado así aquel día. De manera que a la mañana siguiente volvió a esconderse. La tortuga acudió de nuevo a la misma hora y actuó de la misma manera. Y lo mismo sucedió cada día desde entonces.

Hasta que el dueño de la finca se cansó. Y una mañana, cuando la tortuga estaba en lo alto de una palmera, él se puso debajo para esperarla, con el machete bien afilado.

La tortuga se dio cuenta de que se había metido en un buen lío. Pero se le ocurrió que podía empezar a masticar un picante que traía consigo. Al masticar aquel picante tan fuerte, le empezaron a llover los ojos.

El llanto del animal enterneció al hombre. Creía que la tortuga lloraba de miedo, y escondió el machete. La tortuga fue bajando lentamente hasta acercarse mucho al buen hombre. Y, en aquel mismo momento, le escupió el picante en los ojos. Y así pudo escapar.

31. EL HOMBRE QUE CONSTRUYÓ SU CASA CERCA DE LA PLAYA

Un hombre se fue de su pueblo, cansado de vivir en la pobreza. Construyó una casa cerca del mar, y allí vivía con su familia: él era un gran pescador y su mujer tenía una finca de malanga.

En cierta ocasión pescó una gran tortuga. Era la más grande que se había visto por aquellos contornos. El hombre la metió en un bidón y la dejó a cargo de su hijo hasta el día de su onomástica, que era la fecha fijada para comérsela.

Un día, cuando el padre y la madre se encontraban fuera de la casa, trabajando, la tortuga se dirigió al muchacho: «¿Por qué razón no cumples lo que tu padre te ha ordenado?». El chico, que era bastante bobalicón, no recordaba que su padre le hubiera ordenado nada; de manera que preguntó a la tortuga cuáles eran aquellas órdenes. La tortuga replicó: «Ha dicho tu padre que me saques fuera del bidón, sobre la arena de la playa, para que me dé un poco el sol. Y que me prepares unos plátanos para comer».

El muchacho, convencido de que efectivamente cumplía las instrucciones paternales, hizo lo que la tortuga quería. Ésta, al verse sobre la playa, prosiguió su engaño: «Mientras me preparas la comida, me daré un baño; así tu padre me encontrará más reluciente».

Entonces el muchacho empezó a dudar: ¿no le estaría tomando el pelo? Pero, cuando quiso darse cuenta, la tortuga ya estaba tan lejos que no la podía atrapar. Gritó para que volviera, pero la tortuga le objetó: «¿Cómo quieres que vuelva si tu padre quiere comerme el día de su onomástica? Puede que te corte las orejas por esto; pero cuando seas mayor y salgas a la pesca, yo te ayudaré».

Y desapareció sin dejar rastro.

SEGUNDA PARTE

CUENTOS SOBRE LA FAMILIA

II.a. EL ACCESO AL MATRIMONIO

32. UN MUCHACHO Y LA HIJA DEL REY

El rey de un pueblo tenía una hija en edad de casarse; y concibió una serie de pruebas que debía superar aquél que quisiera ser el marido de la princesa. Todos los pretendientes, pues, pasaban al servicio del rey; y a los pocos días morían misteriosamente.

Había en aquel mismo pueblo una familia que solamente tenía un hijo. El muchacho, a pesar de las súplicas de su madre, quiso probar suerte y se dirigió hacia la casa de la princesa a pedir trabajo. Le preguntaron cómo se llamaba y contestó: «Me llamo Cojones».

La princesa se enamoró del chico, que era muy guapo, y al cabo de poco tiempo quedó embarazada. El rey, al conocer la noticia, montó en cólera; y llamaba a sus soldados gritando: «¡Cogedme a Cojones!» Los pobres soldados no entendían demasiado bien lo que el rey les ordenaba, y en lugar de perseguir al muchacho se cogían los testículos. De manera que el chico pudo escapar con total impunidad.

Con el paso del tiempo, el rey recapacitó. Y reuniendo a toda la gente importante proclamó: «Parece lógico que mi hija se case con el hombre que la ha dejado embarazada, porque además ha dado prueba de inteligencia». Y así fue como nuestro muchacho pudo casarse con la princesa que amaba.

33. LA HISTORIA DE ALBERTO

Alberto era el nombre de un muchacho que cada día por la mañana iba a la playa a pescar. Y cada día, a la mitad del camino, oía la voz de una muchacha que le decía: «Alberto, cada vez que vayas a pescar encontrarás tu comida en este lugar». El chico escudriñaba con su mirada todos los rincones, pero no veía a nadie. De manera que estaba intrigado por conocer a la dueña de aquella voz tan agradable.

Un día, en la playa, encontró al diablo, a quien explicó su secreto. Y el demonio le indicó: «Si quieres ver a esa persona debes acudir al camino con una semilla y una vela». Efectivamente, al día siguiente emprendió la marcha con una semilla y una vela en el bolsillo; y, al escuchar aquella voz, las sacó. Al instante apareció la chica más preciosa que uno pueda imaginarse, que le dijo: «Yo me llamo Teresa y soy la sexta de las siete hijas del rey. Si quieres casarte conmigo, ve a la casa de mi padre y pregunta por mí».

Aquel día el muchacho dejó la pesca y se dirigió a la casa del rey. Una vez ante su presencia, pidió la mano de su sexta hija, Teresa. El rey se sobresaltó: nunca había dicho a nadie el nombre de sus hijas. De manera que quiso probarle: «Antes de que te cases con ella, quiero que vayas a la playa y que hagas algo importante».

El muchacho, que sabía que en la playa encontraría al demonio, fue raudo a buscarlo: se enfrentó con él, le mató y regresó a la casa del rey con el cuerpo del malvado¹. El rey, todavía no estaba muy convencido. Y ordenó: «Quiero que saques todo el barro de este pozo, hasta que pueda volver a beber el agua que está debajo».

El muchacho sudó lo suyo para hacer un trabajo tan duro; pero al fin pudo terminarlo. Y entonces el rey, al ver que se trataba de un muchacho bueno y dispuesto a todo para conseguir la mano de Teresa, se la concedió.

Y vivieron muy felices.

¹ Nótese que la función del diablo, hasta este episodio, no era de agresor sino de ayudante. Aun así, la victoria del protagonista se considera una proeza merecedora de la mano de la princesa.

34. EL CIEGO Y EL REY

En un pueblo vivían cuatro familias, una de las cuales era la del rey. También vivía allí un muchacho ciego. Un día, ese muchacho se encontró con la hija del rey y le pidió que se casara con él. La muchacha respondió: «Esto sólo será posible si mi padre está de acuerdo. Debes entenderte con él y no conmigo».

De manera que el ciego se dirigió a la casa del rey y le habló así: «Ya ves que soy ciego; pero ello no significa que no tenga otras facultades. Deja que me case con tu hija y la haré feliz». El rey meditó un rato su respuesta y por fin decidió: «Para que puedas casarte con mi hija debes demostrarme que sabes hacer cosas extraordinarias. Por eso deberás traerme una oveja que no tenga ni patas ni cabeza».

El ciego comprendió que en realidad no quería que se casara con su hija. Pero no desistió de su empeño. Fue a ver a una anciana que le dijo que jamás encontraría una oveja así. Y al final, después de mucho pensar, regresó a la casa del rey y le dijo: «Ya he encontrado una oveja sin patas ni cabeza. Puedes venir a mi casa a verla cuando quieras. Pero no vengas ni de día ni de noche».

El rey se quedó muy pensativo: ¿era posible que existiera una oveja así? Y, ¿cómo podía ir a visitarla, si no podía ser ni de día ni de noche? Pasaba el tiempo y el rey no sabía qué podía hacer. El ciego se fingió impaciente y acudió de nuevo a su presencia: «Hace ya mucho tiempo que espero que vengas. ¿Qué estás esperando? ¿Es que no quieres cumplir tu palabra y concederme el matrimonio de tu hija?».

El rey contestó: «Es que me parece imposible que exista un tiempo que no sea el día o la noche». Y entonces el ciego replicó: «Claro que es imposible. De la misma manera que es imposible que exista una oveja sin patas ni cabeza. Tú querías burlarte de mí porque soy ciego; pues yo también me he burlado de ti. Y te digo que no quiero un suegro que se burle de las desgracias ajenas».

El muchacho salió de la casa del rey y se alejó de aquel lugar. Y dejó al padre de la princesa totalmente avergonzado.

35. LOS DOS HERMANOS

Había una vez una familia con dos hijos. Tenían la misma edad, y cada uno de ellos poseía un caballo blanco y un pañuelo blanco. Delante de la casa crecía un gran árbol.

Cuando fueron mayores, decidieron salir de casa para ir a buscar trabajo. Hablaron con sus padres y les dijeron: «Mientras veáis que el árbol conserva las hojas, significa que estamos bien; en el caso de que las hojas caigan al suelo, significará que habremos muerto».

Emprendieron el camino hasta un cruce. Allí se separaron: el mayor ¹ se dirigió hacia el norte, donde encontró trabajo inmediatamente; mientras que el menor, que había tomado la dirección del sur, andaba y andaba sin que nadie le ofreciera ninguna ocupación.

Al cabo de cuarenta y cinco días llegó a un pueblo donde solamente había una chica: un feroz animal, que acudía cada día a las siete de la tarde, había atemorizado a los demás habitantes, que habían huido. El muchacho no se amedrentó: esperó a las siete de la tarde y, cuando aquel animal apareció, montó en su caballo y le cortó la cabeza con su espada.

Aquel pueblo se había salvado. Y los habitantes volvieron a morar en él. Agradecidos, querían que el muchacho permaneciera con ellos. Pero él declinó su ofrecimiento y prefirió proseguir su camino hacia el sur.

Más adelante encontró una ciudad que se encontraba azotada por un terrible monstruo de doce cabezas: el monstruo se encargaba de llevar el agua a la ciudad, pero a cambio exigía poder comer a una chica joven cada tarde. Cuando nuestro muchacho llegó, era la misma hija del rey la que debía ser devorada por el monstruo feroz.

El chico se acercó a la princesa y le dio esperanzas: «No temas. Yo lucharé contra ese monstruo y le cortaré todas las cabezas, una a una, para salvar tu vida».

Y, efectivamente, cuando el monstruo apareció el muchacho mon-

¹ Nótese que en la situación inicial se decía que los dos hermanos tenían la misma edad. Este tipo de incoherencias son habituales en las narraciones orales, improvisadas.

tó en su caballo blanco y, con la espada en la mano, arremetió contra él: le cortó una cabeza, dos, tres... pero ya desfallecía. No podía luchar contra tantas cabezas.

En aquel momento el hermano mayor, en las tierras del norte, sacó su pañuelo. Estaba lleno de sangre, por lo que dedujo que su hermano pequeño se encontraba en un gran peligro². Al instante montó en su caballo blanco, que era veloz como el viento, y llegó a tiempo a la ciudad del sur para ayudar a su hermano. Entre los dos consiguieron cortar las restantes cabezas del monstruo y salvar así a la princesa y a toda la ciudad.

El rey, agradecido, concedió la mano de la princesa al pequeño y la mitad de su reino al mayor. Los dos regresaron al pueblo para buscar a sus padres y llevarlos a la ciudad donde, desde entonces, vivieron con toda suerte de felicidad.

² El motivo del pañuelo ensangrentado sustituye al de la caída de las hojas, que es el que en principio parecería más lógico utilizar en este punto de la narración. La confusión puede deberse a la existencia de diferentes versiones.

36. LOS CINCO HERMANOS Y LA HIJA DEL REY

Había una vez cinco hermanos: uno de ellos era adivino, el segundo capitán, el tercero carpintero, el cuarto mecánico y el quinto ladrón. Sabían que la hija del rey de un pueblo cercano había sido capturada por un monstruo terrible que se la quería comer; por lo que se presentaron allí. El rey les dijo: «Concederé la mano de mi hija a aquél de entre vosotros que me la traiga aquí sana y salva».

El que era adivino orientó a los otros hermanos sobre el lugar adonde tenían que ir. Y, como se trataba de una isla fluvial, se acercaron a la orilla del río y subieron los cinco a una lancha que se encontraba varada en aquel lugar. Emprendieron el camino a las órdenes del que era capitán.

Al llegar a la isla, el monstruo se encontraba durmiendo. El ladrón bajó de la lancha y, sin ningún esfuerzo, robó a la princesa y regresó a la embarcación. Al arrancar el motor, el monstruo se despertó sobresaltado y se dio cuenta de que le estaban robando a la princesa. Entonces arremetió contra la lancha y la estropeó; pero el carpintero la arregló en un momento; prosiguieron su navegación; y, cuando el motor se averió, el que era mecánico lo reparó y lo dejó como nuevo.

Llegaron sin más tropiezos a la casa del rey, que estaba contentísimo de haber recuperado a su hija. Pero, cuando quiso saber a cuál de los cinco hermanos debía conceder la mano de la princesa, todos ellos se creían con mejor derecho:

— «Si yo no hubiera adivinado dónde estaba la princesa, no habrían sabido hacia dónde dirigirse».

— «Si yo no hubiera conducido la lancha, jamás habrían llegado a la isla habitada por aquel monstruo terrible».

— «Si yo no hubiera robado a la princesa, no estaría aquí con su padre».

— «Si yo no hubiera arreglado la barca, habríamos perecido todos en las garras del monstruo».

— «Si yo no hubiera reparado el motor, el monstruo nos habría alcanzado; o nos habríamos hundido en el río sin remisión».

El rey pensó que todos ellos tenían su parte de razón; pero, tras reflexionar, advirtió que sin la ayuda del adivino el esfuerzo de todos los demás no hubiera podido ni siquiera producirse. De manera que decidió que su hija debía casarse con él.

Y así se hizo.

37. LA CALABAZA MÁGICA

Un muchacho, que era hijo único, quedó huérfano de padre. Desde aquel momento, siendo el único hombre de la casa, tenía que salir a cazar, a preparar la finca de su madre y a hacer todas las tareas que antes realizaba su padre.

Un día, yendo por el bosque, encontró a una anciana que le propuso que se fuera con ella. El muchacho no objetó nada y la siguió hasta su casita, que se encontraba en lo más profundo de la espesura.

La vieja le dio un machete y una lima para afilarlo. Y le dijo que preparara una gran finca en medio del bosque. El muchacho se dirigió al lugar que la vieja le había indicado, y al instante el machete empezó a trabajar solo, hasta que aquella parte del bosque estuvo bien limpia.

Al día siguiente, la vieja le dio un pico, una pala y una semilla de calabaza y le ordenó que plantara aquella semilla en medio de la finca. El muchacho se dirigió al lugar indicado y entonces la pala empezó a quitar el barro y el pico hizo un agujero profundo. El chico enterró la semilla en aquel hoyo y regresó a la casita de la vieja.

Pasó el tiempo. Y al cabo de una espera larguísima, la vieja volvió a dar el machete a nuestro protagonista. Le dijo: «Ve de nuevo a aquella finca que preparaste hace años. Da un solo golpe a la calabaza que plantaste y todo lo que salga de su interior será para ti». El muchacho cogió aquel machete y se dirigió nuevamente al lugar indicado. Al llegar allí vio que había una calabaza enorme en medio de la finca.

Se acercó a ella y la tocó una sola vez con el machete. Y, entonces, la calabaza se abrió y de su interior salió una muchacha hermosísima que pidió al chico que se casaran.

Se llevó a cabo la boda. Y vivieron muy felices toda su vida ¹.

¹ La versión parece incompleta. Parece necesario, para un desarrollo completo de la historia, que el muchacho salga del bosque y regrese a casa con su madre. Nótese que ésta no aparece en el cuento en ningún momento.

38. LA CHICA Y LA MANGÜEÑA

La protagonista de esta historia era una niña que vivía con sus padres y su abuela. Iba por el bosque en el tiempo en que maduran las mangüeñas¹. Cogió una y pensó: «No me la voy a comer sucia. Iré al río a limpiarla».

Se acercó a la orilla, y entonces la mangüeña se le cayó al agua. La muchacha empezó a llorar desconsoladamente, hasta que en medio de la corriente apareció una navaja. La muchacha cogió aquella navaja y regresó a su casa.

Allí estaba su abuela pelando malangas. Como el cuchillo que utilizaba estaba poco afilado, pidió a su nieta que le dejara aquella navaja tan bonita que había conseguido. La niña accedió; pero con tan mala fortuna que, al pelar las malangas, la navaja se partió en dos. La chica se puso a llorar mientras cantaba:

*Yo quiero mi navaja.
Yo quiero mi navaja.
El río me la dio
a cambio de una mangüeña.*

Mientras la niña cantaba, apareció un saco de arroz. Ella lo cogió y se lo llevó a su habitación. Pero, a la mañana siguiente, el saco había desaparecido. Nuevamente la niña se puso a llorar mientras cantaba:

*Yo quiero mi saco de arroz.
Yo quiero mi saco de arroz.
Me lo dio la navaja
que el río me había dado
a cambio de una mangüeña.*

Y, mientras cantaba, apareció un pájaro que la tomó de la mano y la llevó de nuevo a la orilla del río. Allí se encontraba una muchacha tan parecida a ella que nuestra amiga sintió mucho miedo. Pero la muchacha del río le dijo: «Voy a darte un anillo que os permitirá vivir donde queráis y de la forma que queráis».

¹ Nombre de una fruta silvestre.

La chica regresó a casa. Llamó a sus padres y a su abuela y, cogidos de las manos, echó el anillo al suelo. Al instante fueron trasladados a una casa riquísima de una gran ciudad, donde pudieron vivir con toda suerte de riquezas.

Más tarde la abuela murió. Pero nuestra muchacha se casó con el príncipe de aquel lugar y, con el tiempo, llegó a ser la reina de la ciudad. Y todos fueron felices.

39. LA PIERNA DE ANTÍLOPE

En un pueblo vivía un hombre que se había quedado solo. Cada día iba a la finca a trabajar, y a la vuelta encontraba la cama arreglada, la casa limpia y la comida a punto.

Al principio no daba demasiada importancia a aquel extraño suceso; pero más adelante sintió curiosidad y un día, en lugar de ir a la finca, subió a lo alto de una palmera para divisar desde allí lo que sucedía en la casa cuando él se ausentaba.

Lo que vio le dejó atónito: una pierna de antílope entraba en la casa, hacía todo el trabajo y volvía al bosque. Cada día sucedía lo mismo; hasta que, por fin, un día decidió bajar de la palmera mientras aquella pierna estaba trabajando y, antes de que pudiera escaparse de la casa, la cogió.

En aquel mismo instante la pierna se convirtió en una bella mujer. Y el hombre, admirado por su belleza, le propuso: «¿Por qué no te quedas a vivir conmigo?». Ella aceptó con una condición: «Jamás debes mencionar mi historia».

Eran muy felices y tuvieron dos hijos y una hija. Sin embargo, una noche el padre regresó a casa completamente borracho, cantando una canción en la que se decía que una pierna de antílope se había convertido en mujer.

Al entrar en casa, ella dijo: «¿Es que ya no recuerdas la condición que te impuse para vivir contigo?». Y en aquel mismo instante desapareció con sus tres hijos.

40. LA PALOMA QUE SE CONVERTÍA EN MUJER

Un hombre y una mujer tenían un hijo tan hermoso que todas las chicas del pueblo, incluso la hija del rey, querían casarse con él. Pero el muchacho tenía una obsesión: «Solamente me casaré con una mujer que no tenga ombligo».

Todas las personas del pueblo intentaban hacerle entender que eso era imposible; sin embargo, él seguía en sus trece y proclamaba a los cuatro vientos que quería encontrar a una mujer sin ombligo para casarse con ella.

La noticia circuló por el bosque; y una paloma, que podía convertirse en mujer, se presentó en el poblado para casarse con el muchacho. Éste estaba tan complacido de haber encontrado lo que buscaba, que se casó con la hermosa joven sin hacer ninguna averiguación.

Por la mañana y por la tarde, la mujer iba junto al río; y, tras desnudarse, se convertía de nuevo en paloma y cantaba esta canción:

*Estoy engañando a mi marido
él no lo sabe
soy una paloma
él no lo sabe.*

El hermano menor del marido quería acompañarla al río, pero ella siempre se negaba. Hasta que un día la siguió a escondidas y descubrió su secreto. Rápidamente fue a contarle al hermano mayor, que no quería creer lo que decía.

Así que, a la mañana siguiente, siguió a su mujer hasta el río. Y allí, ante sus ojos sorprendidos, la bella joven se convirtió de nuevo en paloma y cantó aquella canción.

Cuando la esposa volvió a casa, su marido estaba enfadado y le pidió explicaciones. Ella negaba la evidencia, hasta que su esposo empezó a cantar su misma canción; ella, a medida que la oía, se convertía de nuevo en paloma. Y emprendió el vuelo, de regreso al bosque, donde se quedó.

41. EL CHICO QUE SE CASÓ CON UN SAPO

Había un matrimonio con cuatro hijos. Cuando fueron mayores, decidieron salir de casa para ir a buscar esposa: uno fue al norte, otro al sur, el tercero al este y el menor al oeste.

Tres de ellos regresaron pronto: habían conseguido casarse y volvían con sus respectivas mujeres al hogar paterno. Pero el que se había dirigido al sur no encontraba a ninguna mujer que satisficiera sus exigencias.

Hasta que un día llegó junto a un río, donde un sapo se ofreció a casarse con él: «Por aquí no encontrarás a ninguna chica bonita; y si te casas conmigo, no te arrepentirás, porque yo te amo».

Así lo hicieron. El chico regresó a casa solo, para poder explicar su decisión a sus familiares. Éstos estaban asombrados, mas se resignaron a aceptar la voluntad del muchacho y convinieron la celebración del matrimonio en una fecha determinada.

La ceremonia había empezado, y el sapo tardaba mucho. Hasta que por fin apareció, convertido en una princesa cuya belleza asombró a toda la concurrencia.

Al día siguiente, el padre de los muchachos encargó a todas sus nueras que hicieran unos panes. Todos aquellos panes resultaron buenos, pero los que hizo la princesa que había sido sapo eran exquisitos.

Desde aquel momento, el padre la convirtió en su nuera preferida.

42. EL MUCHACHO Y LA RANA

Cuando los tres hijos de un matrimonio ya empezaban a ser mayores, decidieron marchar de casa para buscar esposa. Pero su padre les dijo: «No hace falta que tengáis tanta prisa por buscar. Bastará que yo tire una piedra a cada uno. Allá donde la piedra vaya, también acudirá una chica. Ella será la esposa elegida».

Con los dos primeros hijos no hubo problema: cada uno de ellos fue al lugar donde había caído la piedra, y al cabo de poco tiempo acudieron dos preciosas mujeres que no tuvieron reparo en casarse con los dos muchachos.

Pero con el tercero fue distinto: por mucho que esperaba en el lugar indicado, allí solamente había una rana. Ésta le insistía: «El trato que has hecho con tu padre te obliga a casarte conmigo. ¿A qué esperas? Nadie más se acercará por aquí». El chico, dolido y amargado, terminó por coger aquella rana y metérsela en el bolsillo. Sus hermanos se rieron de él hasta la saciedad, pero por fin la pequeña rana y el muchacho llegaron juntos a la casa paterna.

Una vez allí el padre, en lugar de atender las demandas de su hijo pequeño, ordenó que todas sus nueras empezaran a tejer un vestido. La rana se dirigió a nuestro muchacho, tranquilizándole: «No debes preocuparte por nada. Tráeme hilo y cumpliré lo que tu padre ordena». Y, efectivamente, al cabo de muy poco tiempo la rana había terminado un vestido precioso, que las otras dos mujeres no pudieron igualar.

Después el padre pidió que las tres nueras prepararan una buena comida. Igualmente, la mejor de las comidas resultó ser la que había preparado la pequeña rana. Y nuestro muchacho empezaba a sentirse satisfecho con ella.

Por fin, el padre ordenó que cada uno se casase con la mujer que le había tocado. El chico lloró desconsoladamente y fue a contarle la nueva orden del padre a su ranita. Ésta, al oír las pretensiones paternas, se convirtió en una chica bellísima que causó la admiración y la envidia de sus hermanos.

Y, tras casarse con el mayor esplendor, fueron muy felices.

43. LA CHICA QUE SE CASÓ CON UN COCO

Un matrimonio no tenía descendencia. Hasta que, por fin, después de muchos años, la mujer quedó embarazada. Pero, en lugar de dar a luz a un bebé, parió un coco. El marido quería echarlo a la basura, pero la mujer consideró que aquel coco era su hijo y, en consecuencia, se lo quedó en casa para cuidarlo.

Por la mañana, la mujer iba a la finca y el hombre a cazar. Cuando regresaban por la tarde, encontraban toda la casa limpia y arreglada, como si alguien hubiera estado trabajando en ella todo el día. Sucedió, sencillamente, que dentro del coco había un muchacho, su hijo, que les hacía las tareas de la casa.

Una muchacha preciosa, vecina suya, entró una mañana en la casa. Al ver al muchacho, se enamoró de él. Éste le suplicó que no contara a nadie su secreto. Ella prometió silencio a cambio de que el muchacho accediera a casarse con ella. Él prometió que tal matrimonio se llevaría efectivamente a cabo. Y se metió de nuevo en el coco.

Cuando sus padres regresaron, la muchacha quiso hablar con ellos. Pero no para contarles el secreto, no, sino para solicitar su matrimonio con aquel coco que era hijo suyo. Los padres se extrañaron mucho de que una chica tan bella quisiera casarse con un coco, pero al fin accedieron a que el matrimonio se llevara a cabo.

El día de la boda, la iglesia estaba llena de gente que sentía curiosidad por una ceremonia tan poco habitual. Pero, al llegar el momento de intercambiar los anillos, el coco se abrió, y un precioso muchacho se ofreció a la vista de la multitud asombrada, que convino en la suerte de la muchacha.

Terminada la ceremonia, los dos vivieron muy felices.

II.b. LA VIDA MATRIMONIAL

44. EL HOMBRE QUE SE HIZO RICO

Camaloni era el nombre de un hombre muy pobre. No sabía qué hacer para alimentar a su mujer y a los cuatro hijos que había tenido con ella.

Hasta que llegó la época de sulfatar cacao. Camaloni trabajó duramente y cobró un buen dinero por su trabajo. Pudo comprar aceite, arroz... y todo lo que necesitaba para que los suyos comieran.

Pero en lugar de darles todo lo que necesitaban, les racionó la comida. Y con el resto hizo algunos negocios, que le dieron más dinero.

Camaloni empezó a ser rico. Tanto, que pensó que podía casarse con una chica joven y hermosa que conocía. Así fue como se fue a vivir con ella, dejando a su primera mujer y a sus hijos abandonados a su suerte.

El tiempo fue pasando. Y los hijos fueron muriendo de hambre, así como su mujer. Un pájaro avisó a nuestro hombre: «Camaloni, has de saber que tu primera mujer y tus hijos están muertos».

Camaloni se dirigió a su antigua casa. Y al darse cuenta de lo mal que había obrado, decidió que nunca más volvería a ser polígamo.

45. EL HOMBRE QUE TENÍA TRES ESPOAS

Un hombre tenía tres mujeres. Dos de ellas odiaban a la tercera. Un día mandó a las tres mujeres a las fincas que tenía más allá del río para que recogieran los productos que habían plantado. Las mujeres se dirigieron allí; pero era la estación de las lluvias y, a la vuelta, se encontraron con una crecida tan grande que no podían cruzar.

Las tres mujeres estaban asustadas. Si intentaban cruzar el río podían morir; y si no lo cruzaban, su marido pensaría que no le eran fieles. Por fin se les acercó un hombre esquelético quien, al conocer su problema, les dijo: «Yo puedo llevar a la otra orilla a dos de vosotras, con la condición de quedarme con la tercera».

Las dos mujeres que odiaban a la otra la dejaron allí mientras ellas cruzaban con aquel hombre esquelético. Al llegar a casa contaron a su marido que la tercera mujer había muerto, pero el hombre no quedó muy convencido y las amenazó de muerte si la tercera mujer aparecía.

Mientras tanto, el hombre esquelético se había quedado con la tercera mujer, a la que no permitía comer. Un día, cuando se encontraban a la orilla del mar, vio siete barcos que se acercaban, y gritó pidiendo auxilio. El capitán del primer barco le dio un pescado; pero el hombre esquelético se lo arrebató para que no pudiera comerlo; el capitán del segundo barco le dio dos pescados; el del tercer barco le dio tres pescados, y así sucesivamente..., siempre con idéntico resultado.

Pero resultó que el capitán del séptimo barco era el padre de la muchacha. Al darse cuenta de lo que pasaba, la cogió y la devolvió sana y salva a su marido. Éste, cumpliendo su amenaza, mandó matar a las dos primeras mujeres y se quedó con esta tercera.

46. EL HOMBRE QUE SE VOLVIÓ A CASAR

Un hombre y una mujer habían acordado que, si uno de los dos enviudaba, no se volvería a casar. Tuvieron un hijo y, cuando éste ya era mayor, la mujer murió. El hombre recordaba la promesa hecha a su esposa, pero las tareas de la casa y la soledad le eran muy duras en aquel pueblo lleno de muchachas bonitas. Así es que volvió a casarse.

Aunque él no lo sabía, su nueva mujer era un espíritu. Por las noches le abandonaba y se iba a lugares misteriosos. Pero el hombre no se daba cuenta, hasta que su primera mujer empezó a aparecerse en sueños: «¿No recuerdas la promesa que nos habíamos hecho? ¿Por qué no cumples tu palabra?».

El hombre se despertaba inquieto; y entonces se daba cuenta de que su segunda mujer no se encontraba en casa. Por la mañana, la mujer espíritu le daba cualquier excusa y él quedaba convencido. Hasta que, en uno de los sueños, la mujer le advirtió: «Tu segunda mujer es un espíritu. ¿Es que no te das cuenta de que cada noche se va de casa? Si no la echas en seguida, tendrás que pagar por ello».

Efectivamente, el hombre estaba dispuesto a echarla inmediatamente. Pero aquella misma noche la mujer había huido, llevándose a su hijo. Desconsolado, el hombre esperó a que llegara la noche para hablar con su mujer muerta. Ésta le dijo: «Habíamos hecho un pacto y no has sido capaz de cumplirlo. Te has casado con un espíritu, y lo pagarás con la pérdida de nuestro hijo. Cuando se da una palabra, se debe cumplir».

Y aquel hombre tuvo que vivir solo el resto de su vida.

47. LAS DESGRACIAS DE ISELERI

En un pueblo vivía una familia muy rica: el padre se llamaba Monsu ¹; la madre, Muebeake ²; la hija mayor, Iseleri ³, y el hijo pequeño, Sokolinge ⁴.

Monsu estaba muy enfermo y, al ver que su muerte se acercaba, reunió a toda la familia y dijo: «Como veo que debo morir, dispongo que a mi muerte Iseleri debe obedecer en todo a Sokolinge, a pesar de que éste es el más pequeño».

Al cabo de poco tiempo falleció; y no pasaron muchos días antes de que Muebeake le siguiera a la tumba. De manera que solamente quedaron los dos hermanos.

El pequeño Sokolinge, tras la muerte de su madre, decidió: «Vamos a quemar el almacén de comida que nuestros padres tenían». Iseleri quería protestar, pero recordó que la voluntad de su padre era que obedeciera a su hermano en todo; de manera que permaneció en silencio y ayudó a su hermano a quemar el almacén. Después, Sokolinge dijo: «Ahora vamos a quemar la casa»; Iseleri también le ayudó. Luego el pequeño prosiguió: «Ahora te cortaré las manos»; Iseleri le dejó hacer sin rechistar. Por fin el hermano ordenó: «Vete de este pueblo»; e Iseleri, llorando por la maldad de Sokolinge, emprendió la marcha y se adentró en el bosque.

Allí la encontró un cazador del rey, que la recogió y procuró que se quedara en la cocina del palacio. Cuando el rey se enteró de su existencia, quiso conocerla; y, al acercarse al monarca, el príncipe —que se encontraba en la misma sala— quedó enamorado de ella. No tardaron mucho tiempo en casarse: se celebraron unas fiestas espléndidas y poco tiempo después la muchacha quedó encinta.

El hijo del rey tuvo que marcharse a estudiar muy lejos de la ciudad. Cuando supo que su esposa Iseleri había dado a luz, mandó una

¹ Fuego.

² La que quita el aburrimiento.

³ Sorpresa.

⁴ El mundo se extraña de ti.

carta de felicitación a su padre. Su antigua novia, sin embargo, pudo interceptar la carta y en su lugar escribió al rey la siguiente misiva: «Debes echar a Iseleri y a su hijo de nuestra casa y de nuestra ciudad; no me conviene tener una mujer sin manos».

El rey no comprendía nada. Llamó a Iseleri y, tras enseñarle la carta del príncipe, le rogó que abandonara la ciudad. Los criados del rey le ataron a su hijo a la espalda; y ambos se dirigieron al bosque.

La pobre muchacha se detuvo junto a un naranjo y empezó a llorar: sin manos, no podía alcanzar ninguna naranja; y tenía hambre. De pronto oyó una voz que decía: «Iseleri, toma a tu hijo en brazos y dale de mamar». Ella buscaba al dueño de aquella voz misteriosa, cuando se dio cuenta de que había recuperado las manos. Entonces cogió al pequeño en brazos y le amamantó.

Hasta que la voz misteriosa prosiguió: «Acércate a aquel riachuelo, junto al cual encontrarás un huevo. Pide cualquier cosa que desees y rómpelo». Iseleri hizo todo lo que la voz ordenaba: se acercó al riachuelo, encontró el huevo, pidió ser la reina de una gran ciudad y rompió el huevo contra una piedra de la ribera.

Días más tarde el príncipe regresó a su casa. Al darse cuenta de lo sucedido, reunió a todo su ejército para buscar a su esposa y a su hijo. Removió todo su reino y, al dirigirse hacia el sur, encontró a Sokolinge que, arrepentido, también buscaba a su hermana. Prosiguieron el camino hasta que se encontraron frente a una gran ciudad desconocida.

Allí vivía la reina Iseleri con su hijo. Al verles, escuchó su historia y les perdonó. Desde entonces viven en aquella ciudad con toda suerte de felicidad.

48. LA PULSERA DIVINA

Un hombre y una mujer no podían tener hijos. El marido estaba desesperado por aquella situación y decidió acudir a un brujo. Éste le aconsejó que cogiera la primera hoja de *ungaro* que viera caer y la pusiese debajo de la almohada. El sistema funcionó y la mujer quedó embarazada. Nació una hermosa niña con una pulsera divina que Dios le había dado. La madre siempre le advertía: «Nunca debes dar esta pulsera a nadie, por nada del mundo».

Pero la madre murió y el padre se casó con otra mujer que tenía otra hija: tanto la madrastra como la otra muchacha odiaban a la niña y deseaban obtener aquella pulsera tan valiosa. La madrastra propuso a su marido: «Podríamos cortar el brazo de tu hija para apropiarnos de su pulsera». El hombre estuvo de acuerdo, y así lo hicieron. La niña, al verse sin brazo y sin pulsera, decidió marcharse de aquel lugar.

Llegó a un pueblo donde se había proclamado una ley especial: «Aquí no puede vivir nadie que tenga algún defecto». La niña no conocía la existencia de aquella ley y permaneció en el pueblo, dispuesta a vivir con tranquilidad. Y era tan hermosa que el hijo del rey, pese a no tener brazo, se enamoró de ella y la dejó encinta.

Cuando el rey supo que su hijo había dejado embarazada a una joven a quien faltaba un brazo, se irritó considerablemente: aquello iba contra la ley que él había dictado; y decidió encerrar a la niña para ejecutarla en cuanto hubiera dado a luz.

Una noche, mientras la muchacha dormía, acudió a su sueño su propia madre; y, con un extraño ungüento, le frotó el hombro. La chica se despertó advirtiendo que le había crecido de nuevo el brazo. Y, loca de alegría, esperó el momento del parto.

Su hijo había nacido. Y el rey ordenó reunir a todo el pueblo para presenciar la ejecución de la desobediente. Ante el asombro general, sin embargo, nuestra joven compareció sin ningún defecto; y el rey tuvo que soltarla.

La chica se casó con el hijo del rey, y vivieron felices el resto de sus días; aunque su madrastra siguió odiándola.

49. LA MADRASTRA MALVADA

Una muchacha quedó huérfana de madre. Entonces su padre decidió que se quedara a vivir con otra de sus mujeres, que también tenía hijos. Y aquella mujer trataba muy bien a sus hijos y muy mal a la niña, a la que encargaba los peores trabajos sin que el padre pusiera remedio a tal situación.

Un día, la madrastra ordenó a la niña que fuera al río a lavar los platos. La chica obedeció, pero uno de los platos cayó al río y fue arrastrado por la corriente. Cuando la muchacha regresó a casa, la madrastra le ordenó que volviera al río a buscar el plato y que no volviera sin él.

Desconsolada, la niña se acercó al río. Y, una vez allí, junto a la orilla vio a una langosta que le dijo: «Si quieres encontrar el plato que buscas, debes seguirme. Si yo paso por debajo de una piedra, tú también debes hacerlo; y debes imitarme en cualquier otra cosa». La chica obedeció y, siguiendo a aquella langosta, llegó a la otra orilla.

Allí vio a una vieja, a la que ayudó en lo que pudo: le limpió la casa y le preparó la comida. La anciana, agradecida, le dijo: «Trae un grano de arroz y un hueso que encontrarás ahí fuera y mételos en las ollas que hay junto a la lumbre». La muchacha cumplió aquellas instrucciones, y de las ollas salió una gran cantidad de comida.

A continuación, la vieja le dijo: «También verás un huevo en una cesta blanca y otro en una cesta negra. Coge el de la cesta negra, llévatelo a casa y rómpelo en el suelo en cuanto veas a tu madrastra». La muchacha cumplió de nuevo las instrucciones de la vieja y se presentó con aquel huevo frente a la madrastra malvada.

Rompió el huevo en el suelo y, al instante, aparecieron toda suerte de riquezas: comida, mesas, sillas, coches... Pero aquella mala mujer no quiso saber nada: «Ya que no has traído el plato que habías perdido, vete de esta casa y no vuelvas jamás». La muchacha recogió todas aquellas riquezas que la vieja le había proporcionado; y con ellas no tuvo ningún problema para instalar una casa cómoda y elegante.

Pero la mala madrastra sentía envidia de la suerte de la chica, que en cierta manera ella había provocado. Y mandó a uno de sus hijos

que siguiera río abajo hasta encontrar a la vieja. El muchacho llegó a la orilla del río y siguió a la langosta, pero haciéndolo todo al revés: si la langosta pasaba por debajo de una piedra, él lo hacía por arriba. E, igualmente, no quiso ayudar a la vieja. Finalmente, cogió el huevo de la cesta blanca en lugar del que la anciana le había indicado.

Al volver a casa se situó frente a su madre y rompió el huevo en el suelo. Al instante aparecieron toda suerte de animales malos, que destrozaron toda la casa.

La mala mujer, al ver aquel desastre, se enfureció tanto que mató al chico y se lo comió. Y se arrepintió toda la vida de haber tratado mal a la muchacha buena que siempre cumplía con los peores trabajos.

50. UNA MADRE IGNORANTE

Un hombre se había casado con dos mujeres. Una de ellas quedaba embarazada con facilidad; pero la otra parecía estéril. Sin embargo, no era así, y al cabo de los años también quedó embarazada. Nunca lo había estado y, por esta razón, cuando se acercaba el momento del parto pidió consejo a la otra mujer.

Ésta le dijo: «Si quieres parir y que tu hijo viva, cuando llegue el momento debes acercarte al río; y, una vez que hayas dado a luz, debes tirar a tu hijo al agua». Aquella madre ignorante creyó ciegamente lo que la otra mujer le había contado. Así es que, llegado el momento de dar a luz, se acercó al río; y, una vez que hubo parido, cogió a su hermoso hijo y lo tiró al agua.

Pero aquel hijo suyo no murió: la abuela del niño, que había muerto ahogada en el río, lo recogió. Y se lo llevó a su casa, donde lo crió y lo educó convenientemente.

Mientras tanto, el padre de la criatura estaba desesperado: «Pero, ¿cómo se te ha ocurrido tirar a nuestro hijo al agua? ¡Qué ignorante eres!». Y la castigó a vivir en la cuadra de los cerdos. Aun así, volvió a quedar embarazada. Y nuevamente pidió consejo a la otra mujer, que le repitió las mismas instrucciones. De manera que también su segundo hijo fue a parar al agua del río en cuanto hubo nacido.

La abuela muerta apareció de nuevo en el momento preciso. Y recogió también a su segundo nieto. Los dos muchachos crecieron fuertes en el pueblo de los fantasmas y recibieron una educación esmerada. Hasta que se hicieron mayores. Entonces la abuela les dijo: «Tomad un anillo cada uno y seguid este camino. El anillo os dará buena suerte. Pero ya no volveremos a vernos».

Los muchachos se pusieron el anillo y empezaron a andar. Al cabo de un rato vieron una imagen que les llamaba: «Acercaros sin miedo, venid». Los dos jóvenes se aproximaron a la imagen; y ésta les concedió, por arte de magia, una ciudad llena de riquezas a cada uno ¹.

Desde aquel momento, todo el mundo sabe que dos mujeres rivales no pueden llegar a quererse jamás.

¹ El reencuentro con la madre completaría mejor la historia.

51. LA FAMILIA NUMEROSA

En un pueblo vivía una familia muy numerosa. Los padres estaban orgullosos de haber tenido tantos hijos, y vivían felices y en buena armonía.

Pero la madre murió, y su espíritu se quedó merodeando por la casa, produciendo toda clase de maldades: hacía que los demás miembros de la familia enfermaran y murieran, de manera que incluso una amiga de la madre se lo recriminaba constantemente: «¿Es que no te avergüenza lo que estás haciendo?».

Ella no le hacía el menor caso y seguía con sus malas artes, hasta que solamente quedó viva una de las mujeres de la familia. Entonces provocó que la casa se le llenara de hierbas, sin que la pobre pudiera salir.

Sin embargo, la amiga de la madre se apercibió de lo que estaba sucediendo y empezó a chapear con todas sus fuerzas. Al final el espíritu de la madre, vencido por la tenacidad de aquella mujer, huyó del lugar.

La mujer que había quedado se casó con un cazador y tuvo muchos hijos. Y así la familia empezó a crecer de nuevo hasta que volvió a ser muy numerosa.

52. LA LEY DE LA MUJER

Cuando un padre estaba a punto de morir llamó a su hijo para darle un último consejo: «Cuando te cases, procura imponer tu propia ley a tu mujer; que seas tú quien mande en tu matrimonio». También la madre le dio el mismo consejo antes de llamar a las puertas de la muerte.

Sin embargo, pronto lo olvidó; y, enamorado perdidamente de una hermosa joven, accedió a que ésta impusiera su ley para acceder al matrimonio: «Quiero que cada día me traigas carne para comer». De manera que se comprometieron con esta condición; y, una vez casados, el chico salía cada día al bosque para cumplir su palabra.

Pero llegó el día en que la caza se acabó por aquellos parajes. Y el muchacho tuvo que adentrarse mucho en el bosque para intentar capturar alguna pieza buena con que satisfacer los deseos de su esposa. Anduvo días y días, y por fin encontró una cabaña metida en la espesura.

En la cabaña vivía una vieja muy vieja, que era ciega y llevaba los pelos larguísimos, cubriéndole la cara. Tenía una olla al fuego, llena de dátiles, y el chico pensó que si se le comía unos cuantos no lo notaría.

La anciana empezó a comer; y a medida que comía iba contando los dátiles, hasta que llegó a la conclusión de que había sido objeto de un robo: «¿No te da vergüenza quitar unos dátiles a una pobre vieja sin recursos? Pues bien: sufrirás un castigo terrible si no me llevas a un lugar donde puedas conseguirme mucha carne para comer, o bien si vuelves a engañarme».

El muchacho, pensando cómo esquivarla, la llevó hasta un claro del bosque y allí encendió una hoguera: «Mamá, cuando oigas algún ruido acude a la hoguera, porque será algún animal que habré cazado para ti». Una vez dicho esto, se escapó.

La buena mujer, al oír el chisporroteo del fuego, creyó que era la carne que debía comer: se acercó a la hoguera y, al tratar de coger aquella comida inexistente, cayó en las llamas, muriendo entre dolores horribles y maldiciones para el muchacho que la había engañado.

Éste, que volvía raudo hacia su casa, vio con horror que en el lugar de la boca le crecía un enorme pico. Todo el mundo se le apartaba,

porque nadie podía saber si era un verdadero hombre o un monstruo. Hasta que por fin encontró a otro joven que quiso cambiar su boca por aquel pico que, según decía, le iba a dar suerte en sus negocios.

Aliviado por aquella solución, nuestro chico llegó a su casa donde su esposa, preocupada por su tardanza, le esperaba inquieta: al ver que no traía nada de carne, empezó a gritarle y a insultarle. El chico quiso explicarle lo sucedido; pero de su boca solamente salió el graznido de un pajaraco, y nunca más pudo volver a hablar como una persona.

53. LA TRAICIÓN DE UNA MUJER

Un chico muy pobre se casó con una mujer a la que quería. El muchacho se había hecho un corte de pelo muy especial, que llamó mucho la atención del rey de aquel lugar. El muchacho no quiso revelar la razón de aquel corte de pelo y le propuso una apuesta: «Si consigues averiguar su significado, podrás quitarme la vida; pero si no lo consigues, me tendrás que dar un montón de dinero».

Fijaron un día como límite para las averiguaciones del rey, pero éste no acertaba con la causa de aquel curioso corte de pelo que el chico llevaba. De manera que tuvo que pagarle una buena cantidad de dinero. Fijaron otra fecha límite, y volvió a suceder lo mismo. Acordaron otra tirada. Y entonces el rey, que veía que aquel muchacho era cada vez más rico y él se hacía cada vez más pobre, recurrió a una vieja estratagema: sobornó a la mujer del chico para que le sacara su secreto.

Una noche, la mujer pidió al chico que le contara el secreto de su corte de pelo. Tras mucho insistir, su marido se lo contó: «En primer lugar, es bueno que un hombre tenga un secreto. En segundo lugar, ha de saber mantenerlo. Finalmente, el hombre siempre muere a manos de su mujer. Ya sabes mi secreto; espero que no se lo cuentes al rey».

Al llegar la fecha fijada, el rey supo explicar a todo el mundo el secreto de aquel corte de pelo. Inmediatamente, ordenó que ejecutaran al muchacho. La mujer lloraba y suplicaba por su vida. Tanto, que incluso se dirigió a su marido para decirle: «Tenías razón. He violado tu secreto y ahora vas a morir por mi culpa. No es justo, pues, que conserve nada tuyo. Por eso te devuelvo incluso este pañuelo que me habías regalado: no me lo merezco».

El rey, entonces, sintió lástima de aquella mujer que había sobornado y decidió perdonar la vida a nuestro muchacho.

II.c. LOS HIJOS

54. UN MATRIMONIO SIN HIJOS

Hacía mucho tiempo que un hombre y una mujer estaban casados y no tenían ningún hijo. Así es que se culpaban mutuamente por ello y siempre estaban discutiendo.

Hasta que, por fin, decidieron ir a consultar su caso a un curandero. Éste les aconsejó: «Cuando lleguéis a casa, meted una hoja dentro de la cuna y mantenedla tapada durante un día entero. Al cabo de ese tiempo encontraréis en ella a vuestro hijo. Pero jamás le digáis que procede de una hoja».

Ellos lo hicieron exactamente así. Y al día siguiente la casa se llenó de alegría: habían tenido una hermosa niña, que creció fuerte y sana.

En aquella casa vivía también una sobrina del matrimonio; ayudaba en las tareas domésticas y cuidaba a la niña. Un día, mientras las dos muchachas estaban jugando, empezaron a pelearse; y, en el ardor del enfrentamiento, la sobrina le echó en cara que hubiera nacido de una hoja.

Al instante, la niña desapareció. Y sus padres, al darse cuenta de lo que había sucedido, echaron fuera a su sobrina.

Desde entonces volvieron a vivir solos, discutiendo constantemente y culpándose mutuamente por lo acontecido.

55. UN MATRIMONIO SIN HIJOS

En un pueblo vivía un matrimonio que no había tenido ningún hijo. Ya empezaban a hacerse viejos y querían tener descendencia. De manera que decidieron ir a visitar a un curandero para intentar solucionar aquel problema.

El curandero les pidió una calabaza llena de tope y les dijo: «Tenéis que meter este tope en una olla de barro. Un día oiréis que de esa olla sale el llanto de un bebé. Si el primero en acercarse es el marido, nacerá un niño; si se acerca antes la mujer, será una niña».

El marido siempre estaba trabajando fuera de casa. Así es que al cabo de unos días, cuando de la olla salió el llanto de un bebé, la mujer fue a verla y apareció una hermosa niña que la llenó de felicidad.

Pero el hombre no estaba contento. La miraba con despecho. Él hubiera preferido tener descendencia masculina. Solamente un varón hubiera podido colmar sus ilusiones. El curandero vio que aquel hombre podía ser peligroso para la niña y decidió que la pequeña llevara siempre consigo unos amuletos.

La niña creció. Y el padre seguía despreciándola. Cada vez que se encontraba a solas con ella, le decía: «Tú no eres nuestra hija, sino la hija del mar. Tú procedes de un pescado». Y la niña pensaba: «Si es verdad que éstos no son mis padres, ¿qué es lo que estoy haciendo en este lugar?».

Hasta que un día, cansada del desprecio paterno, se acercó al mar, se quitó los amuletos que llevaba y se adentró en el agua. Jamás volvieron a verla, por la terquedad de aquel hombre que no quiso amarla.

56. UNA FAMILIA POBRE Y UNA FAMILIA RICA

En un pueblo vivía una familia pobre y una familia rica; cada una de las familias había tenido una hija, y ambas iban juntas al colegio.

Un día la hija de la familia pobre fue a lavar los platos al río. De pronto se le cayó una taza y el agua la fue arrastrando río abajo. La niña empezó a correr detrás de la taza para recuperarla, pero ya no la veía.

Llegó hasta un charco de agua, que le dijo: «No te apures; sigue adelante, que ya encontrarás lo que buscas». Ella siguió hasta encontrar un naranjo, y después un aguacatero, que le dijeron lo mismo. Por fin llegó a la casa de una vieja que tenía el cuerpo cubierto de bultos y la casa llena de maleza.

La vieja le pidió ayuda, y la chica no se lo pensó dos veces: limpió toda la casa y los alrededores; y, cuando se disponía a preparar comida para la anciana, ésta le dijo: «Dentro de la olla solamente debes poner un grano de arroz y un pedazo de hueso».

La chica cumplió las instrucciones de la vieja, y vio con asombro que, pese a poner un solo grano de arroz y un pedazo de hueso, la olla aparecía llena de arroz y de carne.

Al cabo de tres días de ayuda constante, la niña decidió regresar a su casa. La vieja le dio tres calabazas y le dijo: «Planta estas calabazas y ellas te colmarán de riquezas».

La muchacha regresó a su casa y reunió a toda la familia. Delante de todos sus parientes plantó las calabazas y empezó a tocarlas: al instante aparecieron toda clase de manjares y de riquezas. Y cada día realizaba la misma operación.

La familia rica empezó a sentir envidia de la suerte de la muchacha. Y la madre rica decidió mandar a su hija al río para que lavara los platos.

Cuando los estaba lavando, se le cayó una taza al río y la corriente la arrastró aguas abajo. La chica empezó a seguirla, sin hacer caso del charco, ni del naranjo, ni del aguacatero. Hasta que llegó a la casa de la vieja.

Pero, una vez allí, no quiso ayudarla en nada: ni le limpió la casa,

ni le chapeó los alrededores, ni quiso prepararle la comida. Aún así, la vieja le dio las tres calabazas; pero la muchacha vio que dos de ellas estaban podridas y las rechazó.

Cuando regresó a su casa, llamó a toda la familia para plantar la calabaza que le quedaba. Mas, al tocarla, en lugar de manjares y riquezas empezaron a salir de ella toda clase de bichos y culebras.

Así fue como una familia pobre se convirtió en rica, y como una familia rica se convirtió en pobre.

57. LA CHICA Y EL MANZANO

Había en cierta ocasión un grupo de chicas que iban juntas a buscar comida: cangrejos, frutas... Una de ellas se llamaba Nkatyuo y llevaba siempre consigo a su hermana pequeña.

Un día, lejos de su pueblo, vieron un manzano: era hermoso, estaba cargado de manzanas y a lo largo del tronco había unos tacos para facilitar la subida. Todas las chicas subieron al árbol y se hartaron de frutas.

Al llegar la noche todas bajaron del árbol, excepto Nkatyuo y su hermana, que permanecieron en el manzano un rato más. Nkatyuo, entonces, bajó al suelo; y a medida que bajaba iba quitando los tacos del tronco. De manera que la pequeña quedó abandonada arriba del frutal, llorando y muerta de miedo.

Unos días más tarde pasó por allí una anciana quien, al darse cuenta de la situación, fue a pedir ayuda al pueblo más cercano; la pobre vieja acogió a la niña en su casa y la cuidó durante años. Hasta que, al acercársele la muerte, la llamó junto a sí para decirle: «A partir de ahora, siempre que vayas a dormir quédate mirando esta planta: dentro de unos días se moverá; y, si la sigues, te llevará hasta donde vive tu hermana Nkatyuo».

La vieja murió. Y la muchacha, siguiendo sus consejos, llegó hasta el pueblo donde vivía su hermana, que llevaba casada desde hacía mucho tiempo. La chica se quedó junto al vertedero, y cuando los hijos de Nkatyuo iban a arrojarle la porquería de su casa, empezó a gritar: «No me echéis la mierda encima».

Los niños la llevaron a su casa, y Nkatyuo, que no la había reconocido, le ofreció comida mezclada con excrementos de gallina. La muchacha se lo agradeció; y a propuesta de su hermana mayor se quedó en la casa para atender una finca de ñame: su trabajo consistía en espantar a los loros que se acercaban a picotear las plantas.

Pero hacía su trabajo cantando una canción en la que contaba la historia del manzano. Un día Nkatyuo la oyó cantar, y dándose cuenta de que se trataba de su hermana, la abrazó, la acogió en su familia y desde entonces vivieron felices.

58. EL HIJO COJO

Dos parejas se casaron el mismo día. Uno de los matrimonios tuvo un hijo cojo; y sus dos amigos, el otro matrimonio, se burlaban de ellos por esta razón. Hasta que la mujer, cansada de tantas burlas, amenazó: «Si es verdad que Dios existe, os castigará por vuestra crueldad».

Y así sucedió: la mujer del segundo matrimonio quedó embarazada tres veces sucesivas: del primer embarazo nació un hijo con una gran cabezota; del segundo, un hijo con una barriga enorme, y del tercero, un niño con unas piernas larguísimas.

Un día, los tres salieron al bosque. Encontraron un naranjo, y decidieron subir a él para poder comer: pero al tercer hermano no se le doblaban las piernas, y el segundo tenía la barriga demasiado enorme como para conseguir encaramarse. De manera que decidieron que subiría el de la gran cabezota.

Éste, efectivamente, consiguió subir arriba y empezó a tirar naranjas a sus hermanos. El de la barriga enorme comió tantas que murió de una indigestión; entonces, el de la gran cabezota quiso bajar apresuradamente; y, como aquella cabeza tan grande pesaba mucho, cayó y se mató. El tercero quiso correr para avisar a sus padres, pero se le quebraron las piernas y también murió.

Así es que el segundo matrimonio se quedó sin hijos, mientras que el hijo cojo del primer matrimonio siguió viviendo. Porque el que se burla queda burlado; y es mejor tener un hijo cojo en el mundo de los vivos que muchos hijos en el mundo de los muertos.

59. EL HIJO SORDOMUDO

Una mujer quedó encinta. Ya tenía cuatro hijos. Y cuando el quinto hijo nació y empezó a crecer, se dieron cuenta de que era un niño sordomudo. Esto molestó sobremanera al padre, que no comprendía por qué razón les ocurría a ellos esta desgracia. Y tomó la resolución de olvidar que aquel hijo existía: estaba en la casa, le daban comida y bebida, pero no hablaban con él ni se preocupaban de sus problemas.

La madre también seguía el ejemplo del padre. Pero los cuatro hermanos no comprendían por qué su hermanito pequeño era tratado de aquella manera despiadada. Hablaban con él, le hacían gestos e intentaban que fuera feliz. Hasta que un día el padre se hartó de aquella situación y decidió que toda la familia se iría a vivir a un pueblo cercano y que el pequeño sordomudo se quedaría abandonado en aquella casa. Y así lo hicieron.

El pobre muchacho creció solo y sin que nadie cuidara de él: si alguien le hablaba, no le entendía porque era sordo; y si él quería hablar con alguien, tampoco podía hacerlo porque era mudo. Hasta que un día encontró a una vieja en el bosque y se puso a ayudarla. La anciana estaba agradecida por su actitud; y, cuando se dio cuenta de que era sordomudo, le ofreció un huevo: «Si comes la yema de este huevo podrás hablar y oír como todo el mundo».

Pero el muchacho no se fiaba mucho de la eficacia de aquel remedio. Y en lugar de coger el huevo que la vieja le ofrecía, cogió otro; y en lugar de comerse la yema, se comió la clara. Al instante fue transportado a otro lugar, al pueblo en el que vivían sus padres y sus hermanos.

Los hermanos le reconocieron enseguida. Estaban muy contentos de encontrarle de nuevo. E inmediatamente fueron a avisar a sus padres. Éstos, arrepentidos por haberle abandonado, le aceptaron de nuevo en su casa. Y prepararon una cena opípara, con la que celebraron la vuelta del hijo sordomudo. Por la noche, sin embargo, el pequeño sordomudo recordó de qué manera le habían abandonado todos, como si no fuera una persona. Y preparó unas trampas para todos sus parientes. A la mañana siguiente, cuando sus padres y sus hermanos se levantaron, cayeron en ellas. Y el muchacho vivió solo de nuevo, pero con todas las propiedades que tenía su familia.

60. LA MUJER, EL ABUELO Y LA SIRENA

Eran tiempos difíciles. En aquel pueblo no había agua, y la gente se la iba con el polvo seco que se amontonaba en el suelo. Fue en estas condiciones que una mujer dio a luz; y, cuando su abuelo le explicó que debía bañar a su hija con el polvo del suelo, se negó a ello. El viejo replicó: «¿Para qué crees que las gallinas se revuelven en el polvo durante la estación seca? Para limpiarse. Eso es lo que debes hacer con tu hija, puesto que el mar queda muy lejos».

La mujer preparó un barreño, lo llenó de arena y limpió a su hija con ella. No le gustaba aquella manera de bañar a la niña. Y, además, todo el pueblo estaba repleto de incomodidades: no había agua, pero tampoco tenían cuchillos, ni platos, ni comida... Eran tiempos difíciles.

Así es que aquella mujer cogió a su hija y se fue. Quería llegar al mar, donde tendría agua para lavarse y pescado para comer. Y, efectivamente, en cuanto llegó a la costa se puso a construir una casa. Entonces apareció una sirena, que le hizo una proposición: «Tendrás todo lo que puedes desear si accedes a darme a tu hija».

La mujer estaba horrorizada por una proposición tan poco afortunada. Pero la sirena seguía deleitándole los oídos con palabras dulces y promesas de ensueño. De tal manera que la mujer no se dio cuenta de que, mientras le hablaba, la sirena se había acercado tanto que pudo coger a su hija y meterse en el mar, donde se convirtió en un pez.

La mujer lloró desconsoladamente durante mucho tiempo. Y se arrepintió toda su vida de no haberse quedado en su pueblo, con su abuelo, a pesar de las dificultades.

61. EL NIÑO Y EL GUISANTE

Una familia muy pobre decidió plantar un guisante junto a la casa en que se alojaban. La semilla germinó y empezó a crecer una planta que llegó a ser más alta que la propia casa. Les iba bien, porque con los guisantes de aquella planta sacaban algo de dinero en el mercado.

Un día, la madre mandó a su hijo al mercado para vender una cesta llena de guisantes. El niño no había ido jamás a vender, por lo que no supo cuál era el precio justo que debía pedir por aquellos guisantes. Así es que los vendió casi todos al primer comprador que se interesó por ellos, pero a un precio mucho más bajo de lo habitual.

Cuando regresó a casa con los pocos guisantes que le quedaban en la cesta y el escaso dinero que había conseguido, su madre se enfureció y le pegó una buena paliza. La cesta cayó al suelo y los guisantes que quedaban se desparramaron.

Y sucedió que uno de aquellos guisantes germinó. Y empezó a crecer otra planta que llegó a ser más alta que la propia casa. La mujer estaba contenta, porque ahora podían vender el doble de lo que vendían antes, gracias a aquella casualidad. Y el chico, a menudo, le recordaba: «¿Ves como no debías pegarme por aquel error que cometí? Ahora tenemos muchos más guisantes que antes y vivimos mejor».

62. UNA DISPUTA FAMILIAR

Un muchacho quería que sus padres estuvieran contentos. Y, como había conseguido algo de dinero, pensó que podía acercarse al pueblo vecino para comprar un animal para comer. Pidió permiso a su padre: «¿Te apetecería comer antílope? He cobrado algo de dinero y podría ir al pueblo vecino a comprar uno». El padre estaba de acuerdo. Y la madre también, aunque insistía: «No debes ir a pie, porque tu hermano murió hace tiempo por ese camino»¹.

El muchacho no tenía suficiente dinero como para alquilar un coche. De manera que decidió ir andando: «Solamente debo seguir el camino, sin entrar en el bosque». Cuando volvió con el antílope, propuso: «Yo me comeré las costillas; tú, papá, puedes comerte la cabeza, puesto que eres el que piensa más de la familia; y los muslos son para mamá, que trabaja mucho».

Pero el hombre no estaba de acuerdo, porque la cabeza tiene mucha menos carne que los muslos. Se organizó una discusión tan grande que el chico decidió volver al pueblo vecino, devolver el antílope y comprar otro animal. Así, volvió a casa con un mono. Inmediatamente, el padre propuso: «Tu madre puede comerse los pies y tú la cabeza; yo me comeré el resto». Otra vez se organizó una gran discusión, hasta que el chico dijo: «Haced lo que queráis. Por mi parte, renuncio a comer nada. Cocinad el mono y, si queréis darme algo, aceptaré cualquier cosa que decidáis».

La madre se puso muy contenta: «Ahora veo que eres un buen hijo, y yo haré lo mismo que tú: si tu padre me quiere dar algo, aceptaré cualquier cosa que decida». Y el padre, a su vez, replicó: «Ahora te comportas como una buena esposa. Te han tocado los pies, y eso es lo que comerás». La madre creyó que su esposo se burlaba de ella, y empezó de nuevo una discusión tan fuerte que el muchacho optó por irse de casa.

En el pueblo vecino había una muchacha que le gustaba. Quería

¹ Según la tradición bubi, si alguien muere sin que se conozcan las causas puede convertirse en un mal espíritu.

casarse con ella, pero la chica le dijo: «Si quieres, podemos casarnos. Pero antes tienes que hacer las paces con tus padres». El padre de la muchacha, a su vez, le pidió cinco cabezas de ganado como dote.

Nuestro muchacho no quiso arriesgarse a comprar los cinco animales antes de hacer las paces con su familia. De manera que compró una gallina y se dirigió a su pueblo. Sus padres estuvieron contentos al ver que regresaba; y esta vez se repartieron la gallina sin problemas, porque sabían que su hijo no les perdonaría otra discusión.

Al levantarse de la mesa, el muchacho fue a comprar los cinco animales de la dote y se los entregó al padre de la chica. Se cerró el acuerdo de la boda, y al cabo de un tiempo se casó con aquella muchacha.

Había demostrado a sus padres que no les necesitaba para salir adelante y vivir feliz.

63. EL MUCHACHO Y EL ANTÍLOPE

Un muchacho se dirigió a su padre con estas palabras: «Ahora ya soy mayor, y no entiendo por qué os conformáis con tan poca comida. Déjame la escopeta e iré a cazar o a poner trampas para ayudarte». El padre le dejó su arma y el chico emprendió la marcha montaña arriba, hasta llegar cerca del pico Basilé. Una vez allí no fue capaz de ver a ningún animal; pero preparó unas trampas y regresó a casa.

Al cabo de tres días regresó al pico para ver si algún animal había caído. Efectivamente, un antílope vivo estaba atrapado en una trampa. Pero el muchacho se había dejado la escopeta en casa y no sabía cómo podía llevarse al antílope atrapado. Le desató y el animal huyó a toda velocidad. Nuestro amigo le seguía tan deprisa como podía, hasta que el antílope se volvió hacia él y le dijo: «No me sigas, porque el lugar adonde voy está prohibido para los humanos. Si continúas persiguiéndome, tus padres no volverán a verte». Entonces el muchacho retrocedió. Preparó unas nuevas trampas y regresó a casa.

Tres días más tarde volvió a inspeccionar las trampas. Y, nuevamente, aquel mismo antílope había caído en una de ellas. Le desató y el antílope huyó. El muchacho le perseguía. El antílope, de cuando en cuando, volvía la cabeza y repetía sus advertencias. Pero esta vez el muchacho no le hizo el menor caso. Pensaba: «Si he cazado este antílope, es justo que me lo lleve a casa».

Al cabo de mucho tiempo llegó a una casita del bosque, donde vivía un anciano que le dijo: «Todos los antílopes me pertenecen. No quieras llevarte a ninguno, porque jamás podrás regresar a tu casa».

El muchacho estaba realmente espantado. Creía que el viejo no le dejaría marchar, pero por fin éste accedió y le indicó el camino de vuelta. Cuando llegó a casa, el chico devolvió la escopeta a su padre y le dijo: «Toma la escopeta y sigue cazando, papá. Todavía no estoy preparado para andar por el bosque».

II.d. LOS HERMANOS

64. LA FLOR MARAVILLOSA ¹

Un hombre y una mujer tenían dos hijos, hermano y hermana, a los que cierto día mandaron a buscar una flor maravillosa.

Tomaron caminos distintos y la niña, que llegó antes, cogió la flor y emprendió el regreso. El muchacho, celoso del éxito de la pequeña, la mató, la enterró en una zona pantanosa y regresó a casa con la flor: «No puedo saber dónde se encuentra mi hermana, porque hemos seguido caminos distintos».

Meses más tarde, unos cazadores que iban a recoger sus trampas cerca del lugar donde la niña estaba enterrada oyeron una extraña canción:

*Cuidado, no me pises;
cuidado, no me pises
si me pisas ya verás...
mi hermano me ha matado
por culpa de una flor
que se llama linda,
que se llama linda ².*

Los cazadores regresaron al pueblo y contaron lo ocurrido. Todos acudieron al lugar y, cuando la madre de la pequeña se acercó donde estaba enterrada, la canción se repitió:

*Madre, madre, no me pises;
madre, madre, no me pises
si me pisas ya verás...*

¹ Obsérvese el parecido con «La flor romanial» y otros cuentos de la tradición europea.

² En la versión en lengua bubi nuestro informador cantó esta canción también en castellano.

*mi hermano me ha matado
por culpa de una flor
que se llama linda,
que se llama linda.*

Y lo mismo sucedió cuando fue el padre el que se acercó al mismo sitio:

*Padre, padre, no me pises;
padre, padre, no me pises
si me pisas ya verás...
mi hermano me ha matado
por culpa de una flor
que se llama linda,
que se llama linda.*

Todos comprendieron lo que había ocurrido. Y el padre, sacando un cuchillo, mató al mal hermano que había asesinado a la pobre niña.

De esta manera aquella familia se quedó sin hijos.

65. UNA DISCUSIÓN ENTRE HERMANOS

En un pueblo vivía una familia con dos hijos: cuando crecieron, el padre les mandó a buscar ñames a Umburi¹.

Al llegar allí gastaron todo el dinero que tenían en comprar ñames y emprendieron el regreso. Ahora empezaban a sentir hambre y uno de ellos propuso: «Podríamos sacar un par de ñames del saco; si los asamos y nos los comemos, el hambre cederá».

Sin embargo, el segundo hermano no estaba de acuerdo. Y empezaron una agria discusión que duró horas y horas, días y días, semanas y semanas... hasta que murieron de hambre.

Nuestros antepasados recogieron los cadáveres, los enterraron y sentenciaron: «Cuando se empieza algo conjuntamente hay que saber por qué se hace; si no, uno no llega a terminarlo». Ellos sabían el paradero de los dos niños, pero ahora ya no se conoce.

¹ Luba.

66. EL NIÑO SARNOSO Y EL MONSTRUO

Una vez había una familia con tres hijos. Todos se ocupaban del cultivo de la malanga excepto el pequeño, porque —como era sarnoso— le menospreciaban y no le dejaban trabajar.

Al llegar el tiempo de la cosecha se dieron cuenta de que un monstruo se les adelantaba: cada noche se les comía una buena parte de la malanga que les quedaba. Así es que el padre decidió que debían actuar y una noche ordenó al hermano mayor que vigilara las fincas.

El hermano mayor cogió la escopeta y se mantuvo atento a lo que sucediera. Pero al ver a un monstruo tan enorme, regresó a casa sin enfrentarse a él. A la noche siguiente montó guardia el hermano mediano, con el mismo resultado. Entonces el pequeño se ofreció voluntario, pese a las protestas de su padre: «¿Cómo vas a tener éxito en tal empresa, si tus hermanos mayores no han podido hacer nada contra el monstruo?».

El pequeño sarnoso dejó la escopeta en la casa; y cuando vio aparecer al monstruo, se le agarró a la cola. El animal empezó a agitarla con fuerza, pero el pequeño se agarraba con más fuerza si cabe. Empezaba a clarear. Y el monstruo, que no podía ver la luz del día, se declaró derrotado: «Si me sueltas, dejaré en paz las fincas y te ayudaré siempre que me llames».

El pequeño ganó desde entonces la entera confianza de su padre y la envidia de sus hermanos. Éstos decidieron ir a buscar trabajo a la ciudad; y, como el sarnoso les acompañara, urdieron un plan para deshacerse de él: al pasar por un puente le arrojaron a las aguas turbulentas. Sin embargo, el pequeño tenía recursos y, antes de perecer ahogado, llamó insistentemente al monstruo, que acudió en su ayuda y le salvó.

Los hermanos mayores habían encontrado trabajo en la casa del rey de la ciudad. E hicieron saber al monarca que su hermano decía que podía revolcarse en una cama llena de cristales rotos.

El rey mandó que el pequeño compareciera; y, a pesar de sus protestas, exigió que la prueba se llevara a efecto. El chico llamó de nuevo a su amigo el monstruo, que nuevamente le ayudó a superar el trance.

Entonces los dos hermanos afirmaron ante el monarca que el pequeño podía ir en barco hasta el sol y conseguir que éste le diera una carta en la que explicara su estado de salud. El hermanito protestó con gran energía, pero de nada le valió: le depositaron en un barco y nadie se dio cuenta de que en aquel mismo barco viajaba también el monstruo, que pudo conseguir lo que el monarca exigía.

Al regresar a la ciudad, el pequeño decidió vengarse: y ante el mismo rey, maravillado por la carta que el sol había escrito, afirmó que sus dos hermanos mayores podían conseguir otra igual.

Esta vez fueron los mayores los que protestaron, con el mismo éxito: de manera que fueron embarcados hacia el sol y, tras perecer en su intento, resultaron burlados por su propia maldad.

67. LOS DOS HERMANOS

Había un matrimonio con tres hijos: dos varones y una hembra. El padre no comía nada que no tuviera sangre; y un día, cuando la caza escaseaba, propuso a su mujer que mataran al chico pequeño para poder comer. La madre retuvo al niño para que no fuera al colegio; lo mataron y se lo comieron.

A la mañana siguiente se encontraron con el mismo problema. Decidieron que podían comerse al hermano mayor; pero la hija, que había regresado de la escuela antes de tiempo, sorprendió su conversación y, tras recoger sus cosas, fue en busca de su hermano y huyeron juntos al bosque.

Un pájaro se dirigió al muchacho para decirle: «Si pegas a tu hermana y ésta llora, empezará a llover; si se rie, saldrá el sol, y si la peinas, de su cabello brotará dinero». Los chicos comprobaron que ciertamente sucedía así; y prosiguieron su camino, hasta llegar a la casa de una bruja.

Ésta adivinó los poderes de la muchacha y, por la noche, le cambió el cabello y los ojos sin que se diera cuenta. A la mañana siguiente dejó que se marcharan; y llegaron hasta un pueblo, donde contaron al rey los poderes que tenían.

El rey quiso comprobar sus palabras; pero como la bruja había cambiado sus ojos y su cabello, no se realizó ninguno de aquellos poderes que habían proclamado. De manera que el rey creyó que se burlaban de él y mandó que los encerraran.

La noticia llegó a oídos de la bruja. La cual, arrepentida por su mala acción, se dirigió al pueblo y habló con el rey. Éste hizo que devolvieran a la chica sus ojos y su cabello y, tras comprobar sus poderes, permitió que los dos muchachos se quedaran a vivir con él.

68. LA SERPIENTE Y LOS TRES HERMANOS

En el antiguo pueblo de Baney vivía una familia muy pobre con tres hijos. Un día, los tres hermanos decidieron salir de casa para ir al río a cazar cangrejos.

Se dirigieron hacia el lugar indicado y, al llegar allí, cada uno actuó por su cuenta: los dos hermanos mayores llenaron pronto sus cestos, pero el pequeño no consiguió dar caza a ninguno. Decepcionado, levantó una piedra y encontró a una serpiente. La cogió y la metió en el cesto. Después, los tres emprendieron el regreso.

Al llegar a casa, su padre se puso muy contento: eran muchos cangrejos y podrían comer bien. Pero desechó a la serpiente: «No quiero que traigas a casa a ninguno de los demonios del bosque; lo que debes hacer es volver al río y dejarla de nuevo en el mismo sitio».

El hermano pequeño regresó al bosque, se metió en el río y buscó aquella misma piedra donde había encontrado a la serpiente. Pero ésta dijo: «Aunque me devuelves a mi casa, tú no regresarás entero a la tuya».

El muchacho emprendió el regreso. Y por el camino iba perdiendo los dedos, las manos, los brazos, las piernas... Cuando llegó a casa, solamente le quedaban la cabeza y el tronco.

Su padre, al verlo llegar de aquella manera, se espantó tanto que decidió meterlo en el mismo agujero donde metían la basura. El niño resistió cuanto pudo. Pero, como nadie puede subsistir comiendo sólo porquería, al cabo de un tiempo murió.

69. TRES HERMANOS Y UN ANCIANO

Un hombre tenía tres hijos, a cada uno de los cuales había regalado un cuchillo. Murió y los tres huérfanos decidieron capturar un pájaro que, cuando cantaba, las hojas de los árboles del bosque le respondían.

Primero salió el hermano mayor: clavó su cuchillo en un árbol y dijo: «Si alguna vez sale sangre de la herida de este árbol, será porque he muerto». Y se adentró en el bosque.

Allí encontró una casita, con un anciano al que contó sus pretensiones. El viejo le indicó el camino que debía seguir para encontrar al pájaro, pero le advirtió: «Por muchas voces que oigas, no vuelvas la cabeza para nada». El muchacho continuó su camino, y a sus espaldas un montón de voces le preguntaban: «¿Dónde vas?». Él no quería volverse pero, ante tanta insistencia, miró hacia atrás. Y al instante quedó convertido en una estatua de piedra. En aquel mismo momento, la herida del árbol empezó a sangrar y sus hermanos supieron que había muerto.

Entonces salió el segundo de los hermanos, tras haber clavado también su cuchillo en el árbol: se adentró en el bosque, encontró al anciano e intentó seguir sus instrucciones. Pero las voces que oía eran tan insistentes que también volvió la cabeza. Y también quedó convertido en una estatua de piedra, mientras la herida del árbol empezaba a sangrar de nuevo.

Al ver que también el segundo de sus hermanos había muerto, el pequeño siguió sus pasos: se adentró en el bosque y habló con el anciano, que le dio las mismas instrucciones. El chico continuó su camino; y por más que las voces no dejaban de oírse a sus espaldas, él jamás volvió la cabeza. Por fin, y tras unos matorrales, encontró a aquel pájaro maravilloso y pudo cogerlo.

De vuelta a casa con el pájaro, cuando pasó por delante de las dos estatuas de piedra sus hermanos recuperaron su aspecto normal, y regresaron juntos a casa.

Jamás volvieron a desobedecer a un anciano.

70. EL ARMARIO MÁGICO Y EL BASTÓN

Tres hijos de un matrimonio humilde empezaban a ser lo bastante mayores como para irse de casa para buscar trabajo. Salió el primero y por el camino encontró a una anciana que le pedía ayuda. No quiso dársela y prosiguió su camino hasta llegar a un pueblo cuyo rey le dio trabajo y le pagó con un armario mágico. Ya de regreso, durmió en la casa de una vieja, que le robó el armario mientras dormía y se lo cambió por otro que estaba embrujado. Cuando llegó a su casa y quiso mostrar a su madre los poderes del armario, éste le mató.

Salió el segundo hermano y también rechazó la posibilidad de ayudar a la anciana que le había salido al encuentro. El mismo rey le dio trabajo y le pagó también con un armario mágico que debía proporcionarle todo lo que quisiera. De vuelta a casa se quedó a dormir en la casa de la misma vieja, quien por la noche le cambió el armario mágico por otro embrujado. Cuando, al llegar a casa, quiso mostrar a su madre los poderes del armario, éste le mató.

Los padres no querían que el hijo pequeño también se fuera, porque no querían perderle como a sus hermanos mayores. Pero no les hizo el menor caso y partió en busca de trabajo. Le salió al paso una anciana, a quien socorrió y ayudó en cuanto pudo. Le dijo: «Vas a tener mejor suerte que tus dos hermanos». Siguió su camino hasta llegar a aquel pueblo cuyo rey iba a darle trabajo. Y realizó tan bien su tarea que, en lugar de darle un armario, le dio un bastón mágico que le proporcionaría cuanto deseara.

De regreso a su pueblo, posó en la morada de aquella vieja; y antes de dormir indicó a su bastón que debía golpear sin piedad a cualquiera que lo tocara. Cuando la vieja quiso robárselo, recibió una paliza tremenda que duró hasta que se hizo de día y el muchacho se despertó. Entonces cogió su bastón y prosiguió el viaje.

Al llegar a su pueblo reunió a toda la gente y, dirigiéndose al bastón, le dijo: «Que todas las personas de este pueblo reciban un montón de dinero». Su deseo se cumplió al momento. Y el chico ordenó nuevamente al bastón: «Quita el dinero y pega una paliza a todos los que todavía no crean en tu poder».

Después de aquello, todos creyeron en la palabra del muchacho.

71. DOS HERMANOS

En un pueblo vivían dos hermanos, un chico y una chica, muy pobres. Un día el muchacho fue al bosque y encontró un lugar lleno de granos de arroz. Se llenó los bolsillos y, al regresar a casa, se los dio a su hermana para que preparara la comida; pero no quiso decirle de dónde los había sacado.

La muchacha, que era muy curiosa, a la mañana siguiente le siguió. Y así pudo saber cuál era aquel lugar lleno de granos de arroz. Cuando el chico se dio cuenta de que su hermana le había seguido, se enfadó con ella y le pidió que no gritara por nada del mundo. Pero bastó un pequeño ruido del bosque para que ella se asustara y diera un alarido tan grande que el dueño de aquel terreno les descubrió y se los llevó a su casa.

Los niños estaban asustados. Aquel hombre había dicho que se los comería enteros. Pero ellos prepararon un plan para hacer frente a aquella situación tan peligrosa.

El hombre les pidió que encendieran el fuego. A lo que ellos contestaron: «No sabemos hacerlo; nunca lo hemos hecho». De manera que tuvo que encenderlo el mismo hombre, puesto que quería guisarlos para comérselos. Cuando el fuego estuvo encendido, ordenó que llenaran una olla de agua y que la metieran en la lumbre. Los chicos respondieron: «No sabemos hacerlo; nunca lo hemos hecho». De manera que tuvo que hacerlo el hombre, igual que antes.

Al cabo de un rato el hombre dijo: «Mirad si el agua ya está hirviendo». Pero nuestros muchachos, siguiendo su plan, le respondieron lo mismo que en las ocasiones anteriores: «No sabemos hacerlo; nunca lo hemos hecho». De manera que el hombre se acercó a la olla y levantó un poco la tapa para ver si el agua estaba hirviendo.

Entonces, los chicos aprovecharon la ocasión para darle un fuerte empujón: el hombre cayó en la olla y murió hervido y ahogado en aquella agua que había preparado.

Y de esta manera los muchachos pudieron escapar y volver a su casa.

72. LA DESOBEDIENCIA DE LOS DOS MUCHACHOS

En un pueblo vivían solamente dos muchachos, un niño y una niña. Ella limpiaba la casa y preparaba la comida; él reparaba los muebles y todo lo que se rompía.

Un día decidieron ir a pescar cangrejos. Se dirigieron al río, y antes de llegar allí encontraron un cruce de caminos. El chico decía que debían ir hacia el norte, mientras que la chica opinaba que debían ir al sur. No se ponían de acuerdo, porque ninguno de los dos atendía a los razonamientos del otro.

Entonces apareció una vieja, que les dijo: «Si queréis pescar cangrejos, debéis ir al norte; porque hacia el sur no hay cangrejos y podéis perderos». Aún así, la chica insistía en ir hacia el sur: «¿Qué puede saber esta vieja sobre la pesca de cangrejos? Yo iré al sur, y tú haz lo que te apetezca». El muchacho la siguió. Pero, tal como la anciana había pronosticado, en aquella parte del río no había ningún cangrejo. En cambio, encontraron muchas serpientes y ciempiés y se encontraron metidos en serios aprietos.

Además, estaban perdidos. Les costó mucho trabajo volver a encontrar el camino y volver al pueblo. Y entonces decidieron que no volverían a desobedecer a una persona mayor, porque ellos tienen la experiencia y la sabiduría en todas las cosas.

73. LA INOCENCIA DE DOS HERMANOS

Dos hermanos huérfanos eran tan inocentes que no conocían la maldad. Eran buenos y no les cabía en la cabeza que algo que pudieran hacer fuera malo.

Un día, mientras uno de los dos se quedaba a realizar las tareas de la casa, el otro se fue a la finca: recogió malanga y berenjenas y dio la casualidad de que alguien había escondido allí unas monedas de oro, que también recogió.

Al día siguiente, el encargado de ir a la finca era el segundo hermano. Pero, al empezar a trabajar, se encontró con un demonio que le gritó: «¿De manera que eres tú el que me roba las monedas? Ya verás cómo voy a matarte». El pobre chico no entendía por qué aquel demonio se había enfadado tanto con él. Atemorizado, volvió a casa y le contó lo ocurrido al otro hermano. Los dos se dirigieron a la finca cantando canciones para ahuyentar a los malos espíritus. Y no se preocuparon más.

Al día siguiente fueron a la finca los dos. Empezaron a trabajar; y entonces volvió a aparecer aquel demonio chillón: «De manera que habéis vuelto para robarme el resto de las monedas. Sois unos ladrones». Los muchachos replicaron: «Nosotros solamente venimos a recoger los frutos de nuestra finca, no a robar. Nuestro padre no nos dijo que en el mundo hubiera ricos y pobres; así que déjanos tranquilos».

Entonces aquel demonio se enfureció. Y, abalanzándose sobre ellos, les mató y se los comió. Los dos muchachos murieron por su inocencia, por no saber distinguir lo bueno de lo malo.

Por esos los bubis dicen a sus hijos: «Todo lo que no sepas, di que no lo sabes. Y si alguien quiere echarte de algún lugar, vete sin rechistar. No tientes a la suerte. Es mejor conservar la vida».

74. LOS CINCO HERMANOS

Un hombre tenía cinco hijos. Él quería más al más pequeño, por lo que sus hermanos le odiaban. Un día fue al bosque a buscarles, y los hermanos se confabularon para matarle; pero en el último momento tuvieron compasión de él y lo vendieron a unos mercaderes.

Éstos, a su vez, lo entregaron al rey de un país cercano; y al cabo de poco tiempo, tras cometer un error, este rey mandó encarcelarlo. En la prisión también se encontraban el servidor del rey y su cocinero, que al cabo de unas noches tuvieron un sueño. El muchacho lo interpretó así: «Este sueño significa que el día de su cumpleaños el rey se acordará de vosotros: liberará al uno y mandará ahogar al otro».

Así sucedió, y el chico se granjeó la fama de saber interpretar los sueños. Esta fama llegó hasta el rey que, más adelante, le mandó llamar para que le descifrara este otro: «He soñado que siete cabras gordas y siete cabras flacas entraban en el bosque». El muchacho no dudó en su respuesta: «Las siete cabras gordas significan siete años muy buenos para este país; tras los cuales vendrán siete años de carestía, simbolizados por las siete cabras flacas. Debes almacenar mucha comida durante los próximos siete años, para poder hacer frente después a los siete años de escasez».

Agradecido, el rey liberó al muchacho y le hizo su ministro. Cumplió a rajatabla aquellas instrucciones y, efectivamente, tras siete años de cosechas abundantes llegaron siete años de carestía. Como el rey había almacenado mucha comida, ahora todos iban a comprársela y se hacía más y más rico.

Un día, también los cuatro hermanos del ministro llegaron a aquel país para comprar provisiones. El muchacho les reconoció, les dio el saco de comida que querían comprar y, sin que se dieran cuenta, metió dentro del saco su copa. Cuando ya se iban, empezó a gritar: «Alguien ha robado mi copa; y, si le encuentro, le haré colgar».

Tras registrar a los cuatro hermanos, los soldados los llevaron a la casa del ministro. Allí, el muchacho se dio a conocer: «Yo soy vuestro hermano, el que vendisteis a unos mercaderes. Volved a casa y traed a nuestros padres, para que todos vivamos aquí en paz». Y desde aquel día vivieron juntos y felices junto a aquel rey generoso.

TERCERA PARTE

**CUENTOS DE SERES
SUPRANATURALES**

(espíritus, ogros, demonios y brujos)

75. EL CAZADOR QUE ATRAPÓ UNA CABEZA

En cierta ocasión hubo un cazador que dispuso una trampa en el bosque. Regresó a su pueblo y, al día siguiente, de regreso a aquel lugar, observó que había atrapado a una pequeña lombriz. Al segundo día cobró un puerco espín. Y, a partir del tercero, todos los días encontraba un antílope.

El cazador se quejaba de que la suerte le deparase siempre las mismas presas. Hasta que una mañana, al acercarse de nuevo a la trampa, vio que había quedado atrapada una pieza de carne. No se dio cuenta de que se trataba de una cabeza humana hasta que se aproximó a la trampa. Entonces salió corriendo, pero aquella cabeza le seguía a todas partes.

Al llegar a su pueblo, la cabeza entró en la casa. Y, tras los cumplidos de rigor, pidió comida porque —según afirmó— estaba muy hambrienta. La mujer del cazador la alimentó con lo que tenía y acto seguido todos se fueron a dormir.

Pasó mucho tiempo y la cabeza seguía viviendo con ellos, que estaban hartos de soportarla. Así que un día pidieron consejo a los espíritus para deshacerse de ella. La respuesta fue muy clara: «Dejadle la comida al borde de un barranco y regresad a casa sin volver la vista atrás».

Así lo hicieron. Sin embargo, cuando ya alcanzaban el pueblo, el cazador se volvió y vio que la cabeza les seguía de nuevo. Así, pues, volvieron a compartirlo todo con ella. Hasta que por fin la mujer decidió obrar tal como los espíritus habían dicho: le dispuso la comida al borde de un barranco y regresó a casa sin volver la vista para nada.

Desde aquel momento la cabeza desapareció de sus vidas.

Este cuento viene a significar que si Dios te da alguna cosa, no debes protestar por ello; porque en su lugar puedes encontrar algo mucho peor.

76. EL CAZADOR Y EL ESPÍRITU

Un cazador regresaba siempre a casa con las piezas descabezadas y las entregaba así a su mujer. Ésta no comprendía por qué su marido se comportaba de esta manera, ni qué hacía con las cabezas de los animales.

Hasta que un día pidió consejo a un espíritu y éste le contestó: «Tu marido se comporta de esta manera porque participa de una ceremonia y está obligado a ello. Si quieres verlo en el bosque, mañana podrás seguirnos».

Al día siguiente la mujer siguió a su marido, sin que éste se diera cuenta, acompañada por aquel espíritu. Al llegar a un claro del bosque, el espíritu indicó al hombre dónde debía dirigirse para cazar. Él lo hizo tal como le había sido indicado; y, al cobrar la primera pieza, se la entregó al espíritu.

Éste, de un certero mordisco, arrancó la cabeza del animal, que le quedó entre sus enormes dientes. Entonces la mujer, saliendo de su escondite, se le acercó y se la arrebató.

El marido, sorprendido al verse descubierto, imploró a su mujer que jamás contara a nadie lo sucedido. Y a partir de aquel día le entregó todas las piezas enteras.

77. EL CARACOL Y LA CRUZ

Dos hermanos que vivían solos se dieron cuenta de que aquel lugar en que tenían la casa estaba lleno de demonios. De manera que decidieron colgar un caracol ¹ y unos palos en forma de cruz en la puerta. De esta manera se aseguraban de que ningún demonio pudiera entrar en la casa por la noche.

Efectivamente, aquella noche se acercó a la casa un demonio muy violento: quería comerles. Pero al ver que en la puerta había un caracol y una cruz, se sentó y esperó a que alguien abriera la puerta.

Pasaba el tiempo y uno de los hermanos quiso comprobar si aquel demonio seguía allí. Abrió la puerta y, al instante, el demonio le cogió por el pescuezo, entró en la casa y capturó al otro hermano. Los dos muchachos creían firmemente que se los comería enseguida, cuando la presencia de una pequeña hormiga sobresaltó tanto al diablo que huyó despavorido.

Para la noche siguiente, los dos muchachos prepararon un envuelto hecho con hojas de plátano en forma de cesto ² para atrapar al demonio. Pero éste iba con muchísimo cuidado; y, tras advertir la presencia de aquella trampa, evitó poner los pies en ella para no quedar apresado. Después se sentó junto a la puerta y permaneció al acecho.

Más tarde, uno de los dos hermanos abrió la puerta para ver si la trampa había surtido efecto. Inmediatamente, el diablo le apresó, entró en la casa y capturó al segundo hermano. En un abrir y cerrar de ojos les cortó las cabezas, se las colgó al cuello y se comió el resto de aquellos cuerpos malogrados.

Desde entonces existe la costumbre, cuando se sale de casa por la noche, de llevar un caracol y unas escobillas en forma de cruz: porque, a diferencia de la trampa, esos objetos sí habían sido eficaces contra el demonio.

¹ La creencia tradicional ubi asegura que los caracoles ahuyentan a los malos espíritus.

² Una trampa para apresar a los malos espíritus.

78. UNA AMISTAD INTERESADA

Había una vez un hombre muy pobre que decidió emprender un viaje. Por el camino encontró a un ogro de un solo pie; pero, como iba disfrazado de viejo, no se asustó y aceptó acompañarle y ser su amigo.

El ogro estaba encantado de tener un amigo que no le temiera. Y le regaló una pequeña piedra: «Es una piedra que cada mañana te dará todo lo que le pidas, a condición que la conserves en un lugar limpio».

El pobre, así, pudo hacerse rico: porque cada mañana le pedía a la piedra que le diera dinero; y la piedra no escatimaba su generosidad.

El ogro apuntó: «Ahora que eres rico, no seas egoísta con los demás. Organiza una fiesta e invita a ella a todo el pueblo, especialmente a los que no tienen dinero».

El hombre comprendió que su amigo el ogro tenía razón. Organizó una fiesta suntuosa, donde todo el pueblo pudo comer y beber sin ningún límite. Antes de finalizar la fiesta, sin embargo, su amigo se quitó el disfraz de viejo y, al ver a aquel ogro con un solo pie, todos los invitados emprendieron la huida, despavoridos.

El nuevo rico se quejó ante su amigo: «¿Ves lo que has hecho? Ahora que había conseguido hacerme rico, has provocado que todos tengan miedo de mí. Será mejor que prosigas tu camino y te busques otro acompañante».

Y así terminó aquella amistad interesada.

79. EL HOMBRE Y EL OGR0

Un hombre que vivía solo quiso dejar su casa para intentar formar una familia. Empezó el camino del bosque y, una vez dentro de él, se sintió tan bien que construyó una cabaña y se quedó a vivir allí.

Cerca de aquel lugar vivía un ogro. Se presentó al hombre y le dijo que, ya que eran vecinos, debían ser buenos amigos; y le propuso preparar una finca de tope.

Cada uno de ellos preparó dieciséis palmeras. Y todas las mañanas acudían a su finca para recoger algo de licor. El hombre utilizaba calabazas y un machete para prepararlo, y después añadía unos cuantos dátiles para que adquiriera mejor sabor.

Un día el ogro no pudo ir a la finca y rogó a su amigo que le sustituyera. Pero aquel malvado no recordó que el día anterior había dejado sus utensilios en la finca; y nuestro hombre se dio cuenta de que, en lugar de machete y calabazas, utilizaba huesos y calaveras.

Lleno de horror, acudió a un brujo. Éste bañó su cuerpo con alquitrán y le puso unos cuernos en la cabeza. Preparado de esta guisa, el hombre cogió una lanza y se sentó frente a la casa del ogro, aguardándole para pelear con él.

Cuando el ogro regresó a su casa, comprendió que le había descubierto y se abalanzó sobre su amigo. Este repelió la agresión y, tras una ardua pelea, terminó con él.

Nuestro hombre se quedó con todas las palmeras.

80. LOS SIETE OGROS

En un pueblo vivía un matrimonio con un hijo que había nacido con un cubo en la mano.

Cierto día se lo llevaron a la finca. Pero en lugar de hacerle andar delante de ellos para vigilarle, dejaron que fuera detrás. A mitad del camino el jefe de los ogros, viendo que aquel niño se había retrasado, decidió comérselo.

El padre buscó al niño desesperadamente. Se dirigió al bosque y preguntó a los ogros: «¿Habéis visto a un niño con un cubo en la mano?». Los ogros respondieron: «Nuestro jefe se lo ha comido hace un rato». El padre quiso hablar con el jefe de los ogros para convencerle; pero éste no se avino a razones y le conminó: «Si no te marchas del bosque inmediatamente, te comeré aquí mismo».

El padre fue a hablar con un curandero; y, aleccionado por éste, volvió al bosque con un cuchillo y una botella de licor. Ofreció la bebida al jefe de los ogros y éste, tras aceptar el presente, se emborrachó tanto que cayó dormido al suelo.

Entonces el padre le abrió la barriga con el cuchillo, liberó a toda la gente que el ogro se había comido y recuperó a su hijo.

Desde entonces, el niño no se alejó nunca de sus padres. Y todos vivieron felices.

81. UN HOMBRE Y EL DEMONIO

En un pueblo vivía un hombre con su mujer. Eran pobres y pasaban tanta hambre que, al fin, el hombre se propuso vallar una parte del bosque para poder cazar sin apuros. Así lo hizo. Y cuando aquella parte del bosque estuvo vallada, se le presentó un demonio que le dijo: «Has vallado una parte del bosque que era mía. Pero, si quieres, podemos hacer un trato: tú podrás venir aquí cada día, y cada día encontrarás un buey vivo y entero. Si le matas y me das la cabeza, podrás seguir viniendo con toda tranquilidad».

El hombre estuvo de acuerdo. Y, desde aquel día, no pasaron más hambre: comían bien, e incluso podían vender lo que les sobraba a otra gente.

Al cabo de un tiempo, la mujer de aquel hombre quedó embarazada. Y cuando su embarazo ya contaba seis meses, se propuso averiguar de dónde procedía la suerte de su marido. Pero éste le espetó: «Vivimos mejor que antes: comemos cuanto queremos y ganamos algún dinero. ¿Es que no te basta con esto? Pues no quieras saber más, porque la caza es cosa de los hombres».

No quedó muy satisfecha por la respuesta. Así es que, ya con un embarazo de siete meses, una mañana se dispuso a seguir a su marido hasta el bosque, a escondidas. Observó que éste se acercaba al terreno vallado, que allí encontraba un buey vivo y entero, que lo degollaba y que daba la cabeza a un demonio.

Entonces la mujer saltó sobre aquel demonio, gritando como una loca para que devolviera la cabeza del buey a su marido. El demonio, con una de sus uñas, le rasgó el vientre: la mujer murió, pero de sus entrañas nacieron dos preciosos gemelos.

El hombre regresó al pueblo y entregó a los gemelos a su hermana, para que los cuidara. A partir de aquel día, también entregaba a su hermana su parte del buey. Pero ésta, en lugar de dar de comer a sus sobrinos, primero vendía toda la carne que podía y después daba el resto a los niños.

Cuando éstos se hicieron mayores, el padre les regaló un machete y un perro. Aprendieron pronto a desenvolverse en el bosque y se convirtieron en unos buenos cazadores.

Pero sabían que aquella mujer que no les había alimentado demasiado bien no podía ser su verdadera madre. E insistían a su padre para que éste les contara su verdadera historia. Hasta que un día, aquel hombre, cansado de tanta insistencia, les dijo: «Si queréis ver al que mató a vuestra madre, lo único que tenéis que hacer es seguirme por la mañana».

A la mañana siguiente, efectivamente, sus hijos le siguieron a escondidas. Vieron que su padre se acercaba a la parte vallada del bosque, que allí encontraba un buey vivo y entero, que lo degollaba y que daba la cabeza al demonio.

Entonces los muchachos salieron de su escondrijo y se abalanzaron sobre el malvado personaje. Le atacaron con sus machetes y sus perros hasta darle muerte ¹.

Desde aquel día, el padre pudo quedarse con el buey entero. Ya no tuvo que entregar la cabeza al demonio. Y también dejó de entregar su parte a su hermana, puesto que no había cumplido su deber con los pequeños.

¹ Tratándose de un personaje supranatural, el desarrollo normal de la historia debería contemplar que el ataque al demonio se produjera en el momento en que éste exigiera la entrega de uno de los hijos o del mismo padre. Quizás la muerte de la madre pueda suplir aquí esta necesidad.

82. LAS CASAS DE CEMENTO Y LAS CASAS DE BAMBÚ

En un pueblo donde vivían muchas familias nació un niño. Al hacerse mayor, se extrañó de que en su pueblo todas las casas fuesen de bambú: «¿Por qué razón no hay variedad de casas, como sucede en todos los pueblos de la isla?». Su madre le contestó: «Porque el lugar en donde se guardan los materiales para construir las casas de cemento está custodiado por un diablo que se come a todos los humanos que se acercan a su casa».

El chico no tenía ningún miedo. Y, pese a los consejos de su madre, se acercó imprudentemente al barranco donde se encontraba la casa de aquel diablo. Salió a su encuentro una vieja, que le dijo: «¿No sabes que mi marido se come a todos los humanos que se acercan por aquí? Quédate un ratito, si quieres, pero en cuanto te haga una señal sal corriendo hacia tu pueblo si quieres salvar la vida».

Así lo hicieron. El muchacho se quedó en aquella casa; pero, al oírse un gran ruido, la vieja le hizo una señal y el chico marchó corriendo hacia su casa. El diablo se encaró con la vieja: «Estoy oliendo carne humana. Hacía mucho tiempo que no la olía, pero estoy seguro de que no me equivoco. Dime quién ha venido y dónde se encuentra».

Pero la vieja, para proteger al muchacho, respondió que todo aquello era fruto de su imaginación enfermiza.

Al día siguiente, el chico volvió a aquella casa. Pasó allí todo el día tranquilamente. Y por la tarde, al oírse de nuevo aquel gran ruido que señalaba la vuelta del diablo, la vieja le escondió debajo de la cama. El diablo olía la carne humana de nuestro amigo; pero la mujer seguía protegiéndole. Hasta que el diablo, enfadado por tantas contrariedades, arremetió contra la vieja, la mató y se la comió.

El muchacho aprovechó la ocasión para escaparse. Y sucedió que, como la vieja había muerto, ya nadie se preocupaba de preparar la comida para el diablo. De manera que, al cabo de un tiempo, éste se marchó de aquel lugar para buscar otro donde le cuidaran mejor.

Así fue cómo aquel pueblo recuperó la tranquilidad de antaño. Y todos los que quisieron pudieron construir sus casas de cemento, puesto que el diablo ya se había ido.

83. EL VIEJO BRUJO

Un niño encontró a un viejo por el camino. Éste no quiso decirle cómo se llamaba, pero le llevó a hombros hasta una palmera. Entonces le obligó a subir al árbol y a cortar unas ramas. Al bajar, tuvo que preparar una cesta con las ramas que había cortado.

El viejo le metió en la cesta y la tapó fuertemente, para que no pudiera escapar. El chico no sabía dónde le llevaba aquel viejo malvado, así que aprovechó la primera oportunidad —cuando el viejo dejó la cesta en el suelo para ir a beber a un río— para gritar pidiendo auxilio.

Un hombre que pasaba por allí cerca le liberó. Y llenó la cesta con unas ramas, para que el viejo no advirtiera la huida del muchacho. Efectivamente, el anciano recogió la cesta y, sin darse cuenta del cambio, prosiguió su camino hasta llegar a una reunión que debía celebrar con sus amigos.

Cuando éstos llegaron, salió alborozado a su encuentro: «Estamos de suerte, porque he podido capturar a un niño. Esta noche podremos comer carne tierna»¹. Todos se alegraron por la noticia. Hasta que, al caer la noche, abrieron la cesta y vieron que solamente había un montón de ramas secas.

Los amigos se enfadaron mucho: «Nosotros traemos siempre comida, que tú has compartido con nosotros hasta hoy. Y en lugar de hacer lo mismo en justa correspondencia, nos engañas. Pues no vamos a tener más remedio que comerte a ti»². Se abalanzaron sobre él, le dieron muerte, lo descuartizaron y se lo comieron asado.

¹ La reunión nocturna para consumir carne humana se atribuye siempre a los brujos.

² En el universo imaginario africano, el brujo que no lleva carne humana a la reunión origina fuertes disputas entre los miembros del grupo. Estas disputas suelen causar graves enfermedades de tipo espiritual que solamente pueden curar los hechiceros.

84. LOS DOS HERMANOS Y EL BRUJO

Un muchacho vivía en su casa con su hermana y tres perros que le ayudaban a cazar: *Corta-cuerdas*, *Busca-caminos* y *Quita-sangre*.

La hermana estaba enamorada de un hombre que era brujo y podía convertirse en cocodrilo. Ella lo sabía, pero no quería decírselo a su hermano porque no le gustaban los brujos. En lugar de esto, incitaba a su futuro esposo: «Debemos eliminar a mi hermano si queremos casarnos y vivir tranquilos».

Un día, la chica se dirigió a su hermano: «¿Es que no eres capaz de salir a cazar sin los perros? ¿No dices que eres tan valiente?». Herido en su amor propio, el hermano dejó a los perros y se adentró solo en el bosque. Al verlo partir, la hermana ató a los perros y esperó a que sucediera lo que habían acordado con el hechicero.

Éste se presentó ante el cazador transformado en cocodrilo, con ánimo de comerle. Pero el muchacho empezó a gritar y a llamar a sus fieles perros.

Cuando *Corta-cuerdas* oyó los gritos de su amo, desató a los demás; y los tres perros siguieron a *Busca-caminos* hasta que dieron con el lugar en el que el chico estaba luchando contra el cocodrilo, se abalanzaron sobre él y lo mataron, quedándose *Quita-sangre* a limpiar aquella parte del bosque.

Aquella noche, el muchacho cocinó el cocodrilo y se lo dio a su hermana. Ésta encontró que aquella comida era exquisita, hasta que su hermano dijo: «Te has comido un cocodrilo que en realidad era tu prometido, el brujo malvado que quería quitarme la vida».

Entonces la pobre chica murió en el acto.

85. EL FUMADOR SOLITARIO

En un pueblo vivía un hombre que no tenía relación con nadie: iba de su casa a la finca y regresaba sin hablar con sus vecinos y rehuía cualquier contacto con la gente. Un día decidió construirse una cabaña de hojas en medio del bosque, y allí se quedó a vivir.

Una mujer quería compartir su vida. Se dirigió a la cabaña y la única respuesta que obtuvo fue la siguiente: «Consígueme una pipa para fumar y mucho tabaco. Podrás quedarte, si así lo deseas, pero yo no te ayudaré en nada: mi único trabajo será fumar durante todo el día». Ella aceptó el trato. Y desde aquel día se quedó en la casa cumpliendo las condiciones acordadas: iba a la finca, hacía todo el trabajo, pero jamás hablaba con el hombre, que fumaba y fumaba sin cesar.

Un día, mientras la mujer estaba en la finca, se le acercó una anciana. A pesar de sus requerimientos, el hombre no le dirigió la palabra: seguía fumando. Hasta que la vieja, harta de conversar consigo misma, cogió la carne que había en la cabaña, dejó un huevo en su lugar y se fue.

Cuando la mujer regresó de la finca, se enfadó mucho con el fumador: «Ya que no quieres hablar, por lo menos podrías tener cuidado de que no se llevaran nuestras cosas. ¿Quién ha cogido nuestra carne?». Y como el hombre siguiera obstinado en su silencio y en su vicio, empezó a aporrear la cabaña. Entonces el huevo se cayó, se rompió y de su interior empezaron a brotar toda suerte de riquezas.

El hombre y la mujer empezaron una nueva discusión: ¿A cuál de los dos pertenecía aquel huevo?

Quien sepa la respuesta, que conteste.

86. EL MUERTO AGRADECIDO

Un hombre dejó a su hijo una pobre herencia de trescientos francos. Murió después la madre y el muchacho, huérfano en una edad muy temprana, no quiso depender de nadie para vivir; de manera que recogió su dinero y se marchó hacia la ciudad a buscar trabajo.

Junto al camino oyó un gran alboroto. Entró en el bosque y se dirigió hacia el lugar de donde procedía tanto ruido. Al llegar allí vio que dos hombres golpeaban frenéticamente a un cadáver. Extrañado de semejante comportamiento, quiso conocer las causas: «Ha muerto sin pagarnos los mil francos que nos debía». El muchacho objetó: «Yo no poseo más que trescientos; podéis quedaros con ellos si os comprometéis a no maltratar más ese cadáver».

Los dos hombres pensaron que más valían trescientos francos en mano que una deuda de mil; y lo enterraron piadosamente. El chico, mientras tanto, seguía su camino; al llegar a la entrada de un pueblo encontró a otro caminante que también iba a Malabo; se prometieron compañía y reanudaron juntos el viaje.

Más adelante encontraron a una pobre vieja que cargaba un pesado fardo de leña. La ayudaron e incluso le construyeron una casa nueva. La anciana, agradecida, les dio tres palitos que llevaba en la cintura y se despidió, a lo que el muchacho pensó que aquello no le iba a quitar el hambre que tenía.

Siguiendo el camino vieron a un jefe de poblado que cortaba ñames. Siguiendo la costumbre tradicional, que ordena ayudar a cualquier jefe en su trabajo, ellos se pusieron también a cortarlos. Y aquel, agradecido, les dio la espada que había utilizado en la última guerra. Se despidieron y el chico volvió a reflexionar: «Con el hambre que estamos pasando, ¿es que nadie nos va a invitar a comer?».

Entonces un pájaro negro cayó muerto al suelo. Ahora sí que comerían, pensó el joven. Pero su acompañante se limitó a arrancar tres plumas del ave y a guardárselas. Finalmente llegaron a Malabo sin mayores contratiempos.

Al día siguiente el muchacho salió a pasear por la ciudad y se encontró con la hija del rey. Era tan bella que inmediatamente quedó prendado de ella y acudió al palacio real a pedir su mano. El rey le

sometió a una prueba: le hizo entrar en una habitación llena de cadáveres y, al ver que no se alteraba, le concedió permiso para hablar con su hija.

Ésta decidió: «Me casaré contigo si eres capaz de adivinar mi pensamiento durante tres días seguidos. En caso contrario, mandaré que te corten la cabeza».

El pobre muchacho regresó a casa desolado. El otro hombre, su acompañante, le consoló: «Déjame hacer, y mañana por la mañana te indicaré lo que tienes que decir a tu princesa». Tomó la espada que habían conseguido, un palito y una pluma, y se adentró en el bosque: allí luchó contra todo lo que le salió al paso; y al cabo encontró a un viejo calvo, al que solamente quedaban tres pelos, que afirmó: «La princesa estará pensando en el zapato de su pie izquierdo». No era nada fácil adivinar un pensamiento tan vulgar; de manera que, cuando el chico acudió al palacio y dijo lo que sabía, todos quedaron asombrados.

Aquella noche el hombre repitió la operación: ahora cogió la espada, dos palitos y dos plumas; y, tras muchas horas de combate, el viejo calvo volvió a confesarle el pensamiento de la princesa. Y así fue como el muchacho lo adivinó por segunda vez.

Al tercer día el hombre dijo: «Hoy no he podido encontrar al viejo calvo, pero irás ante la princesa con este saco y le dirás que estará pensando cuál puede ser su contenido». El chico acertó por tercera vez; y, al desatar el saco y vaciar su contenido en el suelo, apareció la cabeza del viejo calvo con sus tres pelos solitarios.

La princesa se enfadó mucho y se negó en redondo a casarse con el muchacho. Entonces el hombre que le había acompañado le dio los tres palitos y las tres plumas y dijo: «Procura que alguien meta esto dentro del agua de su baño». Así lo hizo el joven y la princesa, nada más pisar el agua, ordenó: «Haced que el muchacho acuda al palacio, porque va a ser mi marido».

Se celebró la boda con gran esplendor. Al finalizar la ceremonia, el acompañante del chico se le acercó y, antes de despedirse de él, le dijo: «¿Recuerdas aquel cadáver al que ayudaste con los únicos trescientos francos que tenías? Pues se trataba de mí. Yo también te he ayudado y a partir de ahora serás muy rico. Pero recuerda: siempre se debe hacer el bien y no el mal. Solamente así te irán bien las cosas».

CUARTA PARTE

**CUENTOS
CONTRA LAS CONDUCTAS
INDESEABLES**

87. LOS HOMBRES QUE CREÍAN QUE LAS MUJERES NO PIENSAN

Los habitantes de un pueblo decidieron que ya era hora de que pudieran disponer del fuego. Todos sabían que en el bosque vivía un viejo que poseía aquel don tan precioso. Pero los hombres decidieron ir ellos solos, porque creían que las mujeres no serían capaces de llevar a cabo aquella proeza.

Llegaron a la casa del bosque donde vivía el viejo y, al darse cuenta de que el anciano no se encontraba por allí, le robaron el fuego y salieron corriendo. Pero aquel viejo tenía un hijo, el cual, cuando surgía algún problema, subía a un árbol y desde allí silbaba con todas sus fuerzas. Cuando el viejo oyó el silbido, salió al encuentro de los hombres del pueblo y recuperó lo que era suyo.

Cuando los hombres regresaron, las mujeres se reían de ellos: «No valéis para nada». Y ellos, enfurecidos, repitieron la acción con idéntico resultado negativo. De manera que se decidió que la siguiente intención fuera a cargo de las mujeres.

Éstas llegaron a la casa del anciano provistas de un garrafón de aceite. Y, mientras unas entretenían al hijo del viejo, las otras derramaron el aceite por el tronco del árbol que el muchacho utilizaba para avisar a su padre. Más tarde cogieron el fuego del viejo y se fueron corriendo hacia su pueblo.

Cuando el muchacho se dio cuenta de lo sucedido, quiso subir al árbol para avisar a su padre. Pero cada vez que lo intentaba resbalaba, y dio con sus huesos en el suelo un montón de veces. Así es que las mujeres llegaron al pueblo con el fuego sin mayor problema.

Desde entonces, los hombres las trataron con mucho más respeto. Porque ellas habían sido capaces de llevar a cabo algo importante en que los hombres habían fracasado repetidamente.

88. EL PEREZOSO Y LA TROMPETA

Un hombre tenía un hijo muy perezoso, que jamás le ayudaba. El hombre le consentía que no hiciera nada, pero siempre le advertía: «Algún día los espíritus te demostrarán que, puesto que trabajo, soy superior a ti». Más adelante le compró una trompeta. Y cuando el hombre salía a trabajar, el muchacho la probaba.

Por fin, un día el chico se decidió a acompañar a su padre. Pero mientras iban por el camino, recordó que había olvidado la trompeta. Quedaron de acuerdo en que su padre le esperaría mientras él regresaba a casa.

Cuando recuperó la trompeta, volvió a aquel punto del camino. Y, una vez allí, se dio cuenta de que en lugar de su padre había un diablo que le amenazaba: «Voy a comerte si no me tocas una canción». El muchacho apenas sabía tocar, pero ante la exigencia del diablo, no le quedó otra alternativa.

Cuando terminó, el diablo le exigió que le tocara otra canción en la mano, y otra en la lengua, y otra, y otra... El muchacho, ante la perspectiva de ser devorado por aquel ser, aprendió en un momento todas las canciones que, hasta entonces, su pereza no le había dejado aprender.

Por fin resbaló al suelo y el diablo, que no tenía piernas, no pudo seguirle. Cuando regresó a casa y contó lo sucedido, su padre le recordó: «Ya te había dicho que algún día los espíritus te demostrarían que soy superior a ti. A ver si a partir de ahora te esfuerzas más en las cosas que debes hacer».

89. DOS MUCHACHOS AMBICIOSOS

Dos madres vivían en las afueras de un pueblo. Cada una de ellas tenía un hijo, y los dos muchachos eran buenos amigos. Un día, una de las mujeres murió. Su hijo, que quería llevar una vida más acomodada, pensó que a lo mejor era una buena ocasión para sacar tajada del infausto acontecimiento y pidió a la gente que le consiguieran un coche para llevar a enterrar el cadáver de su madre.

Su amigo desaconsejaba tal pretensión: «Éste es el mejor lugar para dar tierra a tu mamá. No te la lleves lejos de aquí, puesto que es aquí donde quería vivir». Pero el huérfano consiguió su propósito, porque alguien le dejó el coche que necesitaba.

El muchacho colocó a su madre en el asiento delantero, como si estuviera viva, y él conducía a su lado. Al llegar a un pueblo muy grande, se presentó en la casa del rey y dijo al criado que estaba en la puerta: «Quiero hablar con el rey para pedirle trabajo; mientras tanto, dale un poco de agua a mi madre».

El joven entró en la casa del rey, pero observaba por la ventana lo que hacía el criado. Éste acercó un vaso de agua a la boca de la mujer; y, como no reaccionaba, le dio dos bofetadas. Hasta que al darse cuenta de que estaba muerta, entró corriendo en la casa del rey: «Aquella mujer del coche está muerta».

Inmediatamente, el huérfano le acusó: «Tú has sido el que la ha matado. Yo he visto cómo la pegabas». El rey, para evitar el escándalo que aquella muerte podía producir, ofreció 100.000 francos ¹ a nuestro protagonista, que los aceptó. A continuación dio sepultura a su madre en aquel mismo lugar y regresó a su pueblo. Al llegar a casa, su amigo fue a verle. El huérfano le dijo: «He sacado un montón de dinero por la venta de mi madre». El otro, que también quería vivir mejor, pensó que él podía hacer lo mismo: de manera que mató a su madre y empezó a ofrecer su cuerpo al mejor postor.

Pero en aquel pueblo nadie quería comer carne humana. Al contrario: le prendieron y le metieron en la cárcel por intentar venderla. Y es que jamás el dinero puede valer más que una madre.

¹ Unas 40.000 pesetas.

90. LA CIUDAD DE LOS ENANOS

A un muchacho muy pobre le regalaron un perro. El chico aprendió a cazar; y, como más tarde murieron su padre y su madre, al quedar huérfano ya sabía cuidar de sí mismo.

En una de sus incursiones por el bosque, descubrió una extraña puerta. La abrió y vio que detrás de ella había una ciudad de enanos, llena de toda suerte de riquezas. Sin que nadie lo advirtiera, cogió un saco lleno de oro y regresó a su casa.

Desde aquel momento, cada vez que necesitaba dinero realizaba la misma operación. Y así fue como llegó a ser tan rico que la gente empezó a sospechar que tenía un secreto.

Una mujer ordenó a su hijo que, cierta mañana, saliera al bosque con él. Nuestro muchacho aceptó, bajo una condición: «Jamás podrás contar este secreto a nadie». Y, efectivamente, fueron a la ciudad de los enanos y cada uno de ellos cogió un saco lleno de oro. Antes de salir, el huérfano advirtió a su amigo: «Si alguna vez vienes solo a este lugar, te ocurrirá algo terrible».

Al volver a casa, el segundo muchacho no supo guardar el secreto y se lo contó todo a su madre. Ésta, demasiado ambiciosa, quiso tener todo el oro para ella, y ordenó al muchacho que regresara inmediatamente a la ciudad de los enanos y que trajera todo el oro a su casa.

El pobre chico opuso alguna resistencia: «Mi amigo ha dicho que no debo ir solo a aquel lugar, porque puede ocurrirme algo terrible». Pero, ante la insistencia maternal, se dirigió al bosque para cumplir lo ordenado. Al entrar en la ciudad, los enanos le descubrieron y le mataron.

La madre del muchacho estaba desesperada: su hijo no volvía a casa, y no sabía qué hacer para no descubrirse. Hasta que, por fin, acudió al cazador huérfano para que le ayudara a buscarlo. Los dos se dirigieron a la ciudad de los enanos, donde encontraron su cadáver corrompido. Así, aquella mujer se dio cuenta de que no se puede ser tan egoísta en este mundo.

91. EL VIEJO Y LAS CALABAZAS

Un viejo poseía espíritus con poderes. Junto a su casa había una enorme finca de calabazas: unas eran para las personas buenas y otras para las personas malas.

En un pueblo cercano vivía un matrimonio pobre. Cuando el hombre supo que existía aquel anciano poseedor de espíritus, quiso ir a visitarle. Una vez en su casa le dijo: «Anciano, soy tan pobre que no veo la manera de alimentar a mi familia. Necesito tu ayuda». El viejo replicó: «No te preocupes más. Puedes recoger una de las calabazas de mi finca, y ella te ayudará. Pero presta atención: algunas de las calabazas te llamarán más la atención, porque hablan; déjalas, no las toques, y coge una de las que son mudas».

El hombre lo hizo así. Y de la calabaza salió una bolita, que le dijo: «Déjame dentro de una cajita, y cada día te ayudaré». Y, efectivamente, cada día abría aquella cajita y encontraba un puñado de dinero. De manera que ya no tenían hambre, podían vestirse bien y no pasaban ninguna clase de necesidad.

Una vecina envidiosa y malvada, que era bruja, quiso saber la causa de la felicidad de aquella familia. El hombre no tuvo ningún reparo en comentarle la existencia de aquel viejo, y la bruja decidió que también ella podía visitarle. El anciano la recibió con suma amabilidad y le dio las instrucciones de siempre. Tras lo cual, la mujer se dirigió a la finca de calabazas.

Pero en lugar de coger una de las mudas, se llevó una de las que hablaban, porque le llamaron más la atención. Al llegar a casa la abrió. Y de su interior salió una boa tan grande que se comió a la bruja y a toda su familia.

Cuando la gente supo lo que había pasado, todos se propusieron dejar la maldad y ser buenos.

92. AVARO, FUMADOR Y BORRACHO

En Basakato del Este vivía un hombre al que gustaban el tope y el tabaco. No tenía problemas para conseguir tope, puesto que era dueño de algunas palmeras; pero el tabaco se lo tenían que traer de Malabo, ya que en el pueblo no lo había. Sin embargo, lo que más molestaba a la gente era que jamás compartía con nadie su tope ni su tabaco; hasta que, por fin, el jefe del pueblo prohibió que le compraran tabaco en la ciudad: el hombre pagaba religiosamente, pero nadie debía contribuir a sus vicios si no quería compartirlos.

Así que, cuando se le terminó el tabaco, no tuvo más remedio que emprender el camino hacia la capital. Antes se acercó a sus palmeras, llenó una calabaza de tope y se lo bebió.

Andaba a buena marcha; mas, a mitad del camino, pensó que sus palmeras debían haber dado ya bastante tope, y que alguien podría quitárselo. De manera que deshizo lo andado, y al llegar a Basakato volvió a llenar su calabaza y la apuró de nuevo.

Reemprendió la marcha y, al llegar a Rebola, volvió a temer por el tope que sus palmeras hubieran dado. Dio marcha atrás, regresó al pueblo y tragó hasta la última gota del precioso líquido.

Ahora caminaba dando tumbos. Y mucho antes de llegar a la ciudad, anocheció. El pobre hombre, bebido y sorprendido por la oscuridad, se metió en la primera casa que encontró: era la casa de los muertos del poblado vecino. El avaro se sentó dentro de la casa y empezó a charlar sobre los peligros que acechan al cosechador de tope.

Uno de los vecinos del pueblo, que pasaba cerca, oyó que alguien hablaba en aquella casa. Avisó al guardia y éste se dirigió al pueblo, de donde volvió con muchos hombres que se dispusieron en hilera: «Vamos a matar a ese demonio que se ha atrevido a despertar a nuestros muertos». El avaro, que desde dentro había oído su sentencia, no se atrevía a salir. Cuando lo hizo se encontró frente a frente con el primer hombre de la hilera; y, muerto de miedo, soltó una gran defecación que provocó las carcajadas de todos los reunidos.

Avergonzado y ridiculizado, se prometió que jamás volvería a ser tan avaro ni a hacer dos cosas a la vez. Y escapó raudo, de vuelta a Basakato, en medio de aquel alboroto.

93. LA MOCHILA LLENA DE CARNE

Un hombre se dirigía al bosque con su mochila a cuestas: era la época de sulfatar el cacao. Era un hombre pobre, y a medida que iba realizando su trabajo iba poniendo trampas para cazar animales. Siempre hacía lo mismo. Así, cuando regresaba de la finca ya podía ver si algún animal había caído, y volvía a casa cargado de carne para su familia.

Aquel día, efectivamente, fue especialmente provechoso para él: las trampas estaban repletas. De manera que llenó su mochila; y después recogió el resto de animales con las manos. Estaba tan satisfecho, que olvidó la mochila en el bosque.

Al llegar a casa se dio cuenta de su descuido. Salió de nuevo al bosque, y al cabo de un tiempo encontró a mochila, llena de carne. Pero, al ir a recogerla, la mochila pegó un brinco. Extrañado, creía que estaba soñando. Así es que lo probó de nuevo. Y, nuevamente, la mochila empezó a saltar. Saltaba y saltaba en dirección al pueblo, y el pobre hombre iba detrás de ella intentando alcanzarla.

Al acercarse al pueblo, pidió ayuda a sus vecinos. Y entonces salió de la mochila un vozarrón que decía: «Si alguien llega a alcanzarme, pesará sobre él la mayor maldición que pueda imaginarse». Todos, claro está, desistieron: tenían miedo.

El hombre entró en su casa y arrancó a llorar: había perdido su herramienta de trabajo, su carne y su buena suerte. Y así, apesadumbrado, pasó unos cuantos días. Hasta que vio que la mochila también entraba en su casa: algún ser invisible la sostenía y echaba al suelo toda la carne.

Nuestro hombre cogió la carne, la cocinó y comió hasta saciarse. Luego le entró un sueño profundo y se echó en el suelo.

Ya no se levantó. Había muerto.

94. EL AVARO

Dos hombres vivían en el mismo pueblo y eran grandes amigos. Iban siempre juntos a cazar y a la finca. Pero uno de ellos era tan avaro que, cuando regresaba a casa con algo de caza o de la finca, echaba fuera a su mujer y a sus hijos para poder comérselo él solo.

Su amigo decidió que ya estaba bien; y, como no le hacía ningún caso cuando le reprendía por su conducta, le escarmentó de esta manera:

Un día fueron a cazar, como de costumbre. Llegaron a un cruce de caminos, y el amigo propuso que el avaro siguiera el camino de abajo, mientras que él seguiría el de arriba. Así lo hicieron. El avaro no temía nada, porque confiaba ciegamente en su amigo.

Cada vez que salía algún animal, el amigo le disparaba y se lo metía en su mochila. A continuación cogía una piedra y la echaba hacia abajo: «Recoge este animal que acabo de matar y mételo en tu mochila». El avaro recogía la piedra y, dando por supuesto que su amigo no le engañaba, se la metía distraídamente en la mochila.

Al caer la tarde regresaron al pueblo. No efectuaron ningún reparto, porque las dos mochilas estaban bien llenas: una, de caza; la otra, de piedras.

El avaro entró en su casa y ordenó a su mujer y a sus hijos que le dejaran solo. Avivó el fuego. Puso sobre él una sartén llena de aceite y, sin preocuparse de comprobar lo que había en la mochila, lo echó todo en el aceite hirviendo.

Al cabo de un rato, las piedras empezaron a chispear; luego reventaron y saltaron de la sartén, produciendo enormes quemaduras en el cuerpo del avaro. Éste gritó, pidiendo socorro. Pero su mujer y sus hijos estaban tan hartos de que les echara de casa que no quisieron auxiliarle.

El avaro murió solo, sin que nadie quisiera atenderle.

95. LOS DOS AMIGOS POBRES

Dos de los habitantes de un pueblo no tenían ni dinero ni familia. Mas a pesar de su extraordinaria pobreza, eran muy amigos, se querían mucho y compartían lo poco que tenían.

Tan fuerte era esta amistad que otro de los hombres que vivían en el pueblo quiso terminar con ella. Y un día, aprovechando que los dos amigos estaban chapeando junto a la carretera, se paseó delante de ellos con un sombrero negro.

Al cabo de un rato volvió a pasar por el mismo lugar con un sombrero rojo. E inmediatamente los dos amigos empezaron a discutir: uno decía que se trataba del mismo hombre con diferentes sombreros; el otro afirmaba que se trataba de personas distintas. Se acaloraron tanto que iniciaron una pelea; y uno de ellos mató al segundo.

Al ver que había asesinado a su amigo por semejante tontería, rompió a llorar desconsoladamente. Y, metiendo el cadáver del desafortunado dentro de un saco, lo cargó a sus espaldas y se fue del pueblo en una dirección cualquiera.

Un ladrón le seguía de lejos calculando: «Tarde o temprano tendrá un descuido y podré apoderarme de ese saco tan lleno que acarrea». El asesino seguía su camino sin saber exactamente dónde dirigirse. Al llegar a un pueblo se detuvo, dejó el saco en el suelo y entró en un bar para descansar. Al salir se dio cuenta de que alguien se le había llevado el saco con el cadáver y pensó: «Mejor será así: no tendré que dar explicaciones a nadie y podré regresar a mi pueblo con toda tranquilidad».

Mientras tanto, el ladrón caminaba y caminaba para dejar atrás al dueño del saco. Se detuvo un instante para descansar, inspeccionó el saco y quedó horrorizado: «Todos me aconsejaban que dejara de robar, y no he hecho caso de nadie. Ahora me encuentro en esta situación, que solamente puede acarrear complicaciones».

Miró a su alrededor y divisó a otro hombre que estaba recogiendo miel en lo alto de un árbol. Se dirigió allí y rogó que le diera un poco de aquella miel excelente. El hombre respondió: «Yo asumo el peligro de que las abejas me piquen, de manera que la miel será para mí aunque te mueras». El ladrón dejó el cadáver debajo del árbol donde el

avaro estaba trabajando, y se marchó, aliviado y a toda prisa, con el saco vacío.

Cuando el avaro bajó del árbol y se encontró con el cadáver, creyó que él mismo era el culpable de aquella muerte; y se apresuró a disimularla: pegó un enorme golpe en la cabeza del yacente, se la llenó de miel, y cuando las abejas empezaron a acudir se dirigió al pueblo gritando: «¡Un hombre está robándome la miel!». Hombres y mujeres acudieron al lugar y, al encontrar el cadáver lleno de abejas, proclamaron: «Si ni siquiera sabía recogerla y las abejas le han matado, ya ha encontrado su escarmiento». Y allí lo dejaron hasta que, devorado por los insectos, pudieron enterrarle.

El amigo, el ladrón y el avaro pudieron solventar su grave problema. Sin embargo, todos ellos habían recibido un aviso por su fea conducta.

96. UN CADÁVER QUE NADIE QUERÍA

Un hombre vivía tranquilamente en su pueblo. Tenía un bananero junto a su casa y se dio cuenta de que alguien le estaba robando las bananas.

Se puso al acecho, y una noche sorprendió al ladrón: empezaron a discutir y a pelear, y se enzarzaron de tal manera que el dueño del bananero mató al otro.

Horrorizado por su crimen, quiso esconder el cadáver. Pero, como no sabía dónde hacerlo, lo dejó en la finca de uno de sus vecinos.

Éste, a la mañana siguiente, fue a la finca. Y allí se encontró con el cadáver del ladrón. Sorprendido y temeroso de que alguien le echara la culpa de su muerte, lo escondió en el bosque hasta la noche. Entonces lo sacó del bosque para enterrarlo en la finca, donde no pensaba regresar jamás.

Pero, al llegar a la finca, se dio cuenta de que había otro ladrón robándole los dátiles. Se acercó sigilosamente al árbol y dejó el cadáver en el suelo. Luego emprendió la huida.

Cuando el nuevo ladrón bajó del árbol y se dio cuenta de que había un cadáver, no se alteró: lo dispuso de tal manera que parecía que se había matado al caerse del árbol.

Con el paso de los días, la gente del pueblo andaba revuelta: uno de los vecinos había desaparecido, y nadie sabía dónde podía estar. Uno advirtió que tal hombre ya no iba a la finca, sin que nadie pudiera explicarse la razón de tal comportamiento.

De manera que organizaron una pequeña expedición. Al llegar a aquella finca, vieron el cadáver y, efectivamente, creyeron que se había matado al caerse del árbol: «Puesto que estaba robando los dátiles, le está bien empleado». Le enterraron y regresaron al pueblo, donde nadie volvió a hablar de él.

Ciertamente, un ladrón había sido castigado. Pero otro se quedó sin su merecido, porque dos personas no supieron hacer frente a la situación.

97. EL REPARTO DE UN BUEY

Tres hermanos muy pobres decidieron marchar de casa para ir a buscar trabajo. Un ministro se lo dio y al cabo de un mes, una vez terminado, les pagó con un buey.

Al llegar al bosque, decidieron matarlo para poder comer. Le dieron muerte, y entonces llegó la hora de cocinarlo: pero necesitaban agua y fuego para la cocción.

Uno de los hermanos quedó encargado de ir a buscar agua. De manera que se dirigió al río. Pero temiendo que los otros dos se hicieran con el buey y le dejaran sin nada, decidió andar de espaldas. Así podía ver lo que hacían sus hermanos, pero no se dio cuenta de que se acercaba a un barranco. Y se precipitó en el vacío, muriendo en el acto.

El segundo hermano quedó encargado de ir a buscar fuego para asar la carne. Temiendo lo peor, también andaba de espaldas. Y de esta manera no pudo evitar tropezar con una piedra, dándose un golpe mortal en la cabeza y muriendo en el acto.

El tercer hermano, al ver lo ocurrido, quiso ir al pueblo para advertir a la familia. Pero como aquel buey pesaba mucho, le cortó los cuernos y los llevó consigo. Pero con tanta mala fortuna que cayó por el camino, clavándose las astas del bovino y muriendo en el acto.

De manera que ninguno de los tres pudo probar bocado de aquella pieza.

98. LA MUERTE DE LOS TRES AMIGOS

Tres amigos lo compartían todo. Incluso cuando se acercaba una fiesta, reunían todo el dinero que tenían y los tres se lo pasaban en grande. Hasta que llegó una fiesta y se encontraron con que ninguno de los tres había ahorrado nada. De manera que decidieron ir al bosque a cazar.

Consiguieron capturar a un antílope, y decidieron que lo aprovecharían todo y se lo repartirían, como siempre, equitativamente. Pero mientras lo degollaban, uno de los tres quiso aprovechar la sangre y la iba recogiendo en un cacharro. Como aquello no estaba previsto, el que tenía el cuchillo le asestó un golpe con él y le mató.

El tercer amigo tenía que ir a buscar agua. Pero temeroso de que el otro no terminara también con su vida, fue andando de espaldas. Y, no advirtiendo que ya había llegado al pozo, cayó en él y se mató.

Quedaba uno solo de los tres. Éste sacó el agua del pozo y empezó a cocinar el antílope para él solo. De pronto apareció un jabalí, que tropezó con la olla y derramó su contenido. El muchacho se enfureció de nuevo y quiso perseguir al cerdo; con tan mala fortuna que se le enzarzó el pie en un tronco caído, se dio un golpe en la cabeza y también murió.

De manera que ninguno de los tres aprovechó la comida.

99. COMPARTIR UN SECRETO

Había una familia tan pobre que solamente podía comer palmistes. Hasta que un día el padre se cansó, se adentró en el bosque y se acercó a una casita donde vivía su abuelo. Éste se compadeció de él y le dio una mesita tan pequeña que le cabía en el bolsillo. Le dijo: «Cuando quieras comer, golpeas la mesita y le dices: “Mesita, haz lo que sabes hacer”».

El hombre salió de la casita muy satisfecho. Pero quiso probar aquello antes de llegar a su casa. Siguió las instrucciones del viejo y, al instante, apareció una gran mesa llena de los manjares más exquisitos. Comió abundantemente y, al terminar, escondió la mesita debajo de unas hojas.

Al llegar a su casa, no quiso contar nada de lo ocurrido. Y cuando su mujer le ofreció un palmiste para comer, lo rechazó: «Ya estoy cansado de comer palmistes todos los días. Comedlo vosotros, que ya no me apetece ese fruto».

A partir de aquel día, cada mañana decía que iba a trabajar a la finca; pero antes entraba en el bosque y, con la ayuda de la mesita que tenía escondida, comía abundantemente toda suerte de comidas exquisitas. Y cada noche, al regresar a casa, rechazaba los palmistes que su mujer le ofrecía.

Esta conducta llegó a alarmar a su familia. Su mujer temía que se muriera de hambre y, una mañana, mandó a su hijo mayor que le siguiera sin que él se diera cuenta. El muchacho vio con asombro lo que su padre hacía y cómo daba cuenta de aquella comida antes de dirigirse a la finca.

Cuando el padre hubo escondido nuevamente la mesita entre las hojas, abandonó aquel lugar. Entonces el niño cogió la mesita, la llevó a casa y le dijo: «Mesita, haz lo que sabes hacer». Al instante apareció una gran mesa llena de abundantes manjares, y toda la familia sació su hambre. Al terminar, escondieron la mesita y decidieron no contar nada al padre.

Esta vez, cuando el hombre llegó a casa, sí aceptó los dátiles que su mujer le ofrecía. Y, como no encontraba su preciosa mesita por ningún lado, volvió a la monotonía de antaño, añorando las comidas

opíparas que se había proporcionado. Hasta que, cansado, volvió a la casita de su abuelo. Éste le escuchó atentamente y después le dio un látigo, con las mismas instrucciones.

Al llegar cerca de la finca, el hombre sacó su látigo y le dijo: «Látigo, haz lo que sabes hacer». Y, al instante, el látigo empezó a pegarle con toda crueldad. El hombre gritaba y gritaba, lleno de dolor, hasta que el hijo mayor oyó sus alaridos y acudió en su socorro.

Aquella noche, la mujer y los hijos le contaron todo lo sucedido. El hombre se avergonzó por una conducta tan malvada, y desde entonces compartieron todos sus manjares. Y vivieron en paz.

QUINTA PARTE

CUENTOS NO ADSCRITOS

100 UN CAZADOR IMPRUDENTE

Cada año, como en todos los pueblos, se celebraba una fiesta en honor del dios *Lombe*. No tenía nada de especial, pues, que todos los hombres salieran del pueblo hacia el bosque: la fiesta exigía una gran cantidad de carne, y había que cazarla.

A medida que los hombres regresaban, la carne se iba asando; y todos participaban del festejo. Al terminar la ceremonia, todos regresaron al pueblo.

Pero uno de los hombres había olvidado en el bosque su cuchillo para fabricar tope. Decidió ir a buscarlo.

Los demás desaconsejaron esta actitud: «Ya sabes que un cazador no debe ir dos veces al mismo lugar. Ésta es nuestra costumbre».

Pero él no hizo caso y se adentró en el bosque.

Encontró su cuchillo. Pero cuando se disponía a regresar al pueblo con los demás hombres, apareció el dios *Lombe* y le cerró el paso. No encontró el camino de regreso y se quedó en el bosque para siempre.

101. EL HOMBRE MÁS TONTO DEL MUNDO

Los padres de un muchacho le decían que era el chico más tonto del mundo. Él no sabía si debía creérselo, aunque sus padres lo afirmaban con toda convicción. De manera que, al hacerse mayor, quiso ir a correr mundo para ver si encontraba a alguien que fuera más tonto que él.

Salió de casa. Y, al llegar cerca de un pueblo, encontró a unos hombres que peleaban. Preguntó la razón de la disputa y le dijeron: «Estamos discutiendo porque no nos ponemos de acuerdo sobre cuál es la mejor forma de coger naranjas: unos dicen que es mejor subir al árbol y cogerlas una a una; para otros es mejor hacerlas caer desde abajo, con un palo, y otros opinan que lo mejor es cortar el naranjo y cogerlas con la mano, sin ningún esfuerzo».

El muchacho se puso a reír y siguió adelante. Ya había visto a alguien más tonto que él. Más adelante encontró a otro grupo que discutía airadamente para saber la mejor manera que había para que el sol entrara en una casa: mientras unos eran partidarios de abrir las ventanas, otros creían firmemente que había que derribar la casa para que el sol no tuviera ningún obstáculo.

Decididamente, sus padres se habían equivocado. El mundo estaba lleno de personas más tontas que él. El muchacho retrocedió con la intención de regresar a casa. Pero, al llegar a un pueblo, se enamoró de una muchacha muy bonita, se casó con ella y se quedó a vivir en su casa¹.

Un día, por la tarde, la muchacha no regresaba. Estaban todos preocupados, y la madre decidió acercarse al río, adonde su hija había ido a pescar, para ver qué ocurría. Encontró a la chica hecha un mar de lágrimas, y cuando la madre preguntó qué le sucedía, respondió: «Es que quisiera tener un bebé, pero no sé qué nombre podría ponerle». Al oír aquello, también la madre estalló en sollozos y se quedó llorando con ella. El padre, preocupado por la tardanza, también se acercó al

¹ La tradición, sin embargo, impone que sea la muchacha la que pase a vivir en la casa del marido.

río; y, al saber la causa del llanto de las dos mujeres, también se echó a llorar y se quedó con ellas.

Por fin, nuestro muchacho acudió al mismo lugar. Toda la familia estaba llorando junto al agua, por lo que quiso indagar qué desgracia podía haber ocurrido. Su mujer le puso en antecedentes: «Es que quisiera tener un hijo; pero, si lo tengo, ¿cómo puedo saber el nombre que le pondremos?».

El muchacho quedó absolutamente convencido de que ya había encontrado lo que buscaba. Se despidió de ellos y regresó a su casa, donde contó a sus padres todo lo que le había pasado. Y sentenció: «A partir de ahora, no volváis a llamarme tonto».

102. EL HOMBRE QUE TENÍA UNA SOLA PIERNA Y EL QUE TENÍA DOS CABEZAS

En un pueblo vivía un hombre con una sola pierna que estaba subordinado a otro que tenía dos cabezas. Un día, el de las dos cabezas dijo al otro: «Iremos a la finca. Llevarás a mi casa a todos los animales que encontremos por el camino».

El de una sola pierna aceptó, aunque le costaba mucho andar. De manera que salieron del pueblo. Un poco más allá encontraron a una vaca. El hombre de las dos cabezas la mató y ordenó al de una sola pierna que llevara la carne a su casa, tal como habían acordado. El pobre cojo hizo lo que su amo le pedía; y, al regresar del pueblo para encontrarse con el otro de nuevo, el de las dos cabezas le dedicó una gran bronca: «¿Por qué no escuchas lo que te digo con más atención? No te he dicho que llevaras la carne a mi casa del pueblo, si no a mi cabaña bubi»¹. Y empezó a perseguirle para matarle.

El cojo pudo refugiarse en una cueva. Cuando hubo entrado, una gran piedra cerró la entrada. El hombre de las dos cabezas gritó: «¡Ábrete, piedra!». Pero ella se negó a obedecerle: «Estoy dando cobijo a un pobre cojo que ha solicitado mi merced. No abriré la puerta hasta que prometas que no le harás ningún daño». Así fue como los dos hombres hicieron las paces, al menos por el momento.

Días más tarde, la escena se volvió a repetir, esta vez en el mar: el hombre de las dos cabezas echó la red y consiguió una gran cantidad de pescado. El de una sola pierna lo recogió y a duras penas podía andar. Hasta que encontró a una vaca, que le ayudó con una condición: «Tendrás que cantarme una canción que diga que la vaca es el animal que tiene más carne; y que nuestra carne es la más sabrosa de todas las que se pueden comer».

El cojo estuvo de acuerdo, y emprendieron el camino hasta dejar el pescado en la casa del hombre de las dos cabezas. Cuando éste llegó al pueblo, el hombre de una sola pierna estaba cantando una canción a la vaca. El hombre se enfadó y empezó a gritar: «Te estás burlando de mí.

¹ Se refiere a la cabaña destinada al culto a los antepasados.

Otra vez has traído la comida a mi casa, en lugar de llevarla a la cabaña de los espíritus. ¿Es que tendré que matarte para que me hagas caso?».

Entonces la vaca pidió la palabra y dijo: «Hombre de dos cabezas, eres afortunado: piensas tanto como dos personas y todo el mundo reconoce tu sabiduría. Pero debes demostrarla en todo momento. ¿No ves que este otro hombre tiene que valerse con una sola pierna, la mitad de lo normal? Por lo menos, sé paciente con él y no le chilles tan a menudo».

La sabia opinión de la vaca fue tenida en cuenta. Y desde entonces el hombre de las dos cabezas trató con mucha más amabilidad al hombre de una sola pierna.

103. EL CHICO Y EL REY

En un pueblo mandaba un rey que no admitía que nadie le disputara su autoridad y su poder: «Si alguien cree que es más fuerte que yo, que se presente aquí y que se mida conmigo. Si me gana, me iré a otro lado y le dejaré mi reinado y mis posesiones; pero si pierde, le condenaré a muerte».

En aquel pueblo vivía un matrimonio que tuvo un hijo. Cuando creció, les dijo que no le gustaba el nombre que le habían puesto; y que en adelante quería llamarse *Sens Pas Ti*, que significa *Mis pensamientos están por encima de todos*. Los padres le reprendieron: «Nuestro rey no permitirá que lleves este nombre, porque no quiere que nadie discuta su superioridad».

Pero el muchacho no dio su brazo a torcer e indicó a todo el mundo cómo debían llamarle desde aquel momento. La cuestión llegó a oídos del rey, que quiso cerciorarse de que aquella insolencia era cierta. Cuando el chico le confirmó que había adoptado aquel nuevo nombre, el rey le dijo: «Mañana por la mañana vendrás a cortarme el pelo».

Al día siguiente se presentó ante el rey con un racimo de bananas, para que se entretuviera mientras le hacía de barbero. Al terminar, el rey ordenó: «Vuelve a dejarme el pelo tal como estaba antes». A lo que el muchacho replicó: «Lo haré cuando me devuelvas las bananas tal como estaban antes».

El rey tuvo que aceptar que aquella vez el pensamiento del muchacho había sido superior al suyo. Y ordenó: «Llévate este perro a tu casa y dentro de un año me lo devuelves con su cría». Como se trataba de un perro macho, que no podía tener ninguna cría, el muchacho dejó que pasara aquel año y después se presentó ante el rey: «No puedo devolverte hoy mismo al perro, porque tengo que ir a atender el parto de mi padre».

El rey, que no había caído en la cuenta de que el perro en cuestión era macho, se sorprendió mucho. Y el muchacho le dijo: «Deberías saber que los machos no pueden tener crías. Ni puede tenerlas mi padre ni el perro que me dejaste, puesto que es un macho».

El rey, avergonzado, abandonó el pueblo y concedió al muchacho su reinado y sus posesiones. Y él lo disfrutó con sus padres y en paz.

104. LA CURACIÓN DEL PRÍNCIPE

El príncipe de un país lejano se encontraba enfermo y nadie conseguía curar su enfermedad. Por lo que su padre, el rey, anunció que haría primer ministro a cualquiera que le curara.

Tras aquel anuncio, un hombre de un pueblo vecino llenó una cesta de hierbas medicinales y se dirigió a la capital. Por el camino encontró a un ángel que le preguntó: «¿Qué llevas en la cesta?». El hombre, malhumorado e impaciente por llegar a su destino, le contestó: «Abejas». Y el ángel replicó: «Pues abejas serán». Cuando el hombre llegó a la habitación en que yacía postrado el príncipe y abrió su cesta, todo se llenó de abejas enfurecidas que picaron a los que se encontraban allí. El hombre dio con sus huesos en la cárcel.

Otro hombre que había decidido probar suerte se encontró también con aquel ángel. Y cuando éste le preguntó qué era lo que llevaba en la cesta, le contestó: «Hormigas». A lo que el ángel sentenció: «Pues hormigas serán». Y, efectivamente, al abrir la cesta en la habitación del príncipe, ésta se llenó de hormigas rabiosas que mordían a todos los que se ponían a su alcance. También este segundo hombre terminó en prisión.

Por fin, un pobre huérfano se pasó una semana entera recogiendo en el bosque las mejores hierbas que conocía. Convencido del poder de aquellas hierbas, las metió en una cesta y se dirigió a la casa del rey. Cuando encontró al ángel le dijo: «He recogido muchas hierbas medicinales para intentar curar a nuestro príncipe. ¿Quieres acompañarme?». El ángel declinó la oferta, al mismo tiempo que le aseguraba: «Pues serán hierbas medicinales de verdad».

Cuando el muchacho abrió su cesta y empezó a sacar sus hierbas y a preparar sus infusiones, el hijo del rey se restableció. Satisfecho el rey por aquel servicio tan grande que le había hecho, le nombró su primer ministro. Y desde aquel día el pobre huérfano pudo vivir rodeado de toda suerte de riquezas.

105. UN AVIÓN EXTRAORDINARIO

Una mujer poseía una finca de ñame. Un día acudió a esa finca con sus tres hijos para que le ayudaran en la recolección. De pronto se oyó un gran ruido en el cielo, y el hijo mayor, temeroso, dijo: «Mamá, parece una cesta que esté volando por encima de nuestras cabezas». Ninguno de ellos había visto nunca un avión, que era lo que en realidad estaba volando por aquella parte del bosque.

El aparato aterrizó muy cerca de la finca. El hermano mayor, curioso, se acercó hasta allí. Y unos hombres blancos le atraparon, le metieron dentro de su artilugio y despegaron de nuevo llevándose al muchacho.

La madre y los otros hijos estaban desesperados. ¿Qué podían hacer ante aquel poder? Lloraron y fueron a la finca durante cuarenta y cinco días. Al cabo de los cuales el avión volvió a aparecer y a aterrizar en el mismo lugar.

Los cuatro se precipitaron al aparato. Y de su interior salió el hijo mayor, elegante y bien vestido. Ahora era una persona inteligente: había aprovechado el viaje para hacer dinero y estudiar.

106. DE QUÉ MANERA EL PULGAR SE SEPARÓ DE LOS DEMÁS DEDOS

Cinco amigos fueron a pasear. Siempre se distraían de la misma manera: paseando arriba y abajo, yendo de un lugar a otro.

Hasta que un día el menor propuso: «No podemos seguir así toda la vida. Debemos encontrar una casa donde cobijarnos y donde poder sentarnos a conversar cuando nos plazca».

El que le seguía afirmó: «Cuando la casa esté hecha, yo me encargaré de decidir adónde iremos». El siguiente dijo: «Tú serás el criado. ¿Qué vamos a comer?». El otro: «Ya buscaremos donde sea hasta que encontremos algo. Y, si no es así, lo robaremos». Y el quinto protestó: «Si vais a robar, si vais a ser ladrones, yo me separaré de vosotros».

Y, efectivamente, se separó de sus cuatro amigos y se instaló un poco más abajo: de esta manera les entorpecía, porque sin él les era más difícil salir a robar.

Pues bien: se trata de los cinco dedos de la mano:

- El meñique hizo la casa.
- El anular era el criado que les servía.
- El corazón siempre tenía hambre.
- El índice pretendía robar.
- El pulgar fue el que se separó de los demás.

APÉNDICE

VERSIONES EN LENGUA BUBI

1. KA ETYUAM A IPOA ITOKI TYOBO ¹

Ajo je: Ipoa ye ejoba buela i jesi jo nter'eria jo ana a lo a batyo ba pem le ebiria buela. Ye le la na a batyo ba pem tyobo buela, ye apara: tue bae to baam nkuba tyobo tui pela e buela, to ba bulaeloikola la batoji. Ye poa a bate, i toki ityorwu; buae, e esuba e le pele i sor'ebilako.

E tyoko e le pele, e itoji kalo ri bueriala, na ejota jota e bijma akabiesia la wuaka wua boro. Ipoa, ye le ke, ye a la re bijmate, ye ota obola bui tyobo bae, tya ebelo atyi esuba opie nnotye, na ba ta ope-na laba, ba ta baleboro ba pala e tyoko atyi ba la jelo e tyobo bae.

Buae, tyoko eeba, e bijmate la ba kobiero o obuebue. Ipoka ye le ke na atyatyi ye buelo o kosa a baala, ye apara: Ke tye to le alai ityoboe, natokia a bate le bijmabia be e oko e tyio? Ye a sero sole'lako abo.

Ee keole e tyuann a ipoa ta pem tyobo buela. Na otye jeri jma o na sa o jeri lola, i la ba kokelo a bate buela be joba na i a ba lepero o wuela Siatta kolo kolo ba, kolo.

¹ Por qué los monos no tienen casa.

10. O LOKA LE NOA ¹

Ajo je: A loka la noa ba jeri besoo bobo boboo, buae etyala a ba pao sera.

A nos e apara: na to pem lalo, e le sera etyala. Lalo na ue wue besopo bie bio, to a ja pao paa omma, to re soe. Etyala! Ba boi ba sabi'aloka bosopo bio, ba bolapi be a borei. Le e esitou, be a jesi jo ekerá lorei luela.

Elo eba, elo eba ba lara'loka bosopo bio. Ele keto, a loka e le beko bio, e a bakoto be bato tya alo. E a tubaerio'bwueoo ai; a: ekoto, ka la saale na elo eeba to a boa olotom bio naba re? E ete, bobé, nsei bakoto be bio, buae, ue ewuaro, o bosike'o tyomma ko boto. Ka to tyi a ja boelae sijeka bio to si popore?

A noa oi'e peo. Eboto, epori o bosike buai bio sijeka, ba si rei. Je le jete sibelo, ja jetyi bonokola. A loka a bo bajeri jo okuelo jnna le besopo beto ba be bo tyiaeribie. Bue, a noa, e le ba nao ikiro a eka'loka jnna, a ta pityo pule'tye eé. A loka e le mpe ebo, obueso ai a la rutya

Eboobe, a; to a le ramm besopo bie beto, ne le tou; buae, ue na to tó boi bio tya sijeka sikokono sa bosiké, o ikirae o tyi a pae? Nne, ntyi a banaelo bisoo bia pete.

A loka a betera a noa abue; alo a setyiala, a loka bo rei.

Tue tyim ajo, loka la noa tyi belaka.

¹ El cangrejo y la culebra.

11. E POA LE KOPA ¹

Ajo je: Ja sei etula. Ityue i ammoro lobirbiri lote lote, kori o botuku bua ye, a tyotyoty, a ajeri ropa robo roboo. Ityue ye a bai operi. Ityue kololo ye a para na a tyotyoty e opa botba boje, na boteba bua poa.

A kopa, bue e a takuero oeker'oboteba bue poa. E te a lotese ebiate alo eoko le tyio! Elo, emm poa na e la loba. A kopa a batuterio e poa bio. «Wue sale e mueso; ntyi osaa laba labé. Njora na tue tyim lelo to jeri besoo ba tyomma». Be a basero e beatta. Elo, a Kopa a tubaeri'obuesoo ai na lalo na tue a besoo bobo bobo, ka etyuamma o tyi a le jepela o tyobom? A poa a: O tyi ela na ntam bea? Naa tyilelea a bope ata! A kopa e a para re ribotyoty buela ja tyi laba na lo toki pepe. A jeria a poa e jna, e a tapese'loa buela.

Elo na ebiate alo tyi a lelala, a kopa a: bobé, ko tyuibieria, kori e le pao'iala. Nka, o botuku ao, a tyotyoty, e ropa robo robo. A toró po boteba bojé. Kenn na o buao o boteba ko bubue a saa.

E biuja bia poa bi jeri sile esari. Buae, a ta la tapuaeria. A lo la lebala a pemma la a bor'obuesoo ai a: e ete, e ete, nko pao sela, a lo bo jila, ka to serie besoo e! Buae, o a toró toola ebelo to sie'biatealo. Osero anna tue e beteba biao tue biutea a bate bio, na to la ba sotyo: Ee ole e etyuanna tue kaso kaso. A lo to paa lo penna ka to bwuelo ebiate alo nka bo'obotebamm.

A kopa a bajoterio. A lo ba perilo'bualo pwua, a poa obio'bote, e a tabesi: bobé, osawue. Nkan na jalo kajo e belaka biao seterija; buae njor'eribotyom, nna rinael'obotebam; tyi a o a mbotyiyi bote pua. A poa, e erebae a bampio e joba buela. Tyomma a tyi a pari jo loba.

¹ El mono y el tiburón.

12. O BOTE OE LO BOEBAEBA ¹

Ajo je: Ja sei boteoe la boebaeba. Ba jeri besoo ila na ba a pem jele, bi aeri jele.

Ja jere 'lo, ba jer'obam jo jotya. E lako a jeri ogo. Be lopo'tyobo a boebaeba a ne ropa. Ere'bari, a tubaeria a boteoe atyi bope bo ne ba. A na otyiela alo nne a tyibiera la. Alo nne elala, lelo ntyi apita o jelo'-bam.

A boteoe a jere e riosa pua re rota, a ori siobo sa jue, na a iro'bue-soo ai. Ajo jnna, e ja jeso elako. Bue a boebaeba a jeri jo bela: e seke lolo e o boteoe, ntyi ropa rammuae, o tyo bira obbo.

Ere'bari atyi a boebaeba a ba takio ropa. A boteoe atyatyi a bo seri; buae e le keto, a boteoe a wuero otyobo, kori a otam oe. E le wuatobie-re, o wuaiso ai mae. E a para eee? Nkuai e le soesi bisoi! I nobe i tyuana a ba mpio otyobo, o bokopi bue bule, oro'boebaeba. Erebae a bo rei.

Siatta kolo kolo ba, kolo.

¹ El gallo y la cucaracha.

17. E TOTYI LE PWUA ¹

Ajo je: E totyi le pua ba jeri besoo, ba pem jele, ba la sele bilako jele.

Ja jere elo, a pwua a boro'buesoo ai: a njekio ja ripelo, nka jola a to sei esoo ue la nne. Buae ko kupieri'obola bo okolao a boba pwa, la ja atyatyi boki bea: o jam botyo naa toki banna. Ko pei bilo bie raa la nne eate buela a o ba lakaelo. Anna o a elo e ripelo to ekaa ke epa ojubia lobo jetan obule, ka le apele'ria o lobileri lue ja la otya.

A totyi a jekia a batyo be rjuerai rimma o oialaai. Be amma boi losisi kori je botyo na a la poba alo be la lalo ba le aetala. Ba jere jatta be amma. Jaba je jaba e tele bio, ja la mma omma; appa tyi a bitae-lo bio, kri a pwua e ba lebolo. Kalo le a jerila.

A pwua alori, buae a peri ja ba, a la jita totyi. E le pele erua o lobileri, jomma jomma a beoo bai bo seperi: osubam lobo. Nka opi jalo na nn'obetela. O asia o pa o jubia. Ebelo eebe, ko kia nrabiesee ebelom eateo buela.

Be le a pule o eripelo, atyi a totyi a toi a pwua. Nkwuao e re a pwua a ja boaa re, a: o le toi; tue tyim lelo nkan na ue o le kaso kobo la nne; buae, tyomma ntyi a pa jelo o buesoo, kori tyomma o a bokuae -elo o boba pua la a o bea buari ba. O jan botyo na a toki banna. O lapao, o a rao, buae nne tyomma ntyi ar'nabbao bio.

Alo kalo a o besoo subannla.

Siatta kolo kolo ba, kolo.

¹ El caracol y el perro.

18. E TOTYI LE SETYI ¹

Ajo je: Ja sei totyi la setyi na ba sei beesoo. E elo ba jeri jo peta bueka e ate buela a ke pa o jubia lobo lo bule, be a tyiaere elo. Tue tyim Rao Rote to apeelee Rebola, e toio ba a la tujelo.

E totyi a jere ejata la totyi nela na i pem e biria bio bie tele o Rebola. E elo e le pele, e paperi e le pele, e setyi a jubiesia na pa a apatesi ae. O buesoo ai atyian e jnapua. Buae e le pele eria e otya, a mperi e jnapua ebo, a tabi, a: e totyi, ke tye bwue e? Oi a lo totyi bo jmeriala oboswualo: ne jalo, e styi, nko toaa.

E setyi le ekaso kaso a se, ai ta baleboro na etotyi e jmeriae nela.

A tyi a pae obiera na itto, a jetalo totyi. Atyi a oboso. Buae aperi jaba ka a totyi a pari. E l'ope Rebola, a ja sua ja pele, itya e totyi a ajetyie o lobo luai o bwuaise jnna.

Tue tyim ajo, e totyi le setyi va tyi a jeri besoo.

Siatta kolo kolo ba, kolo.

¹ El caracol y el antilope.

22. ESUSU LO BITYA ¹

Ajo je: Ja jeri esusu la obitya. Ba jeri besoo. Esusu jeri jo tapana na obitya a bojori; e a botopesi, mae; e a bo ba tapeso ae. La pura na ba subam ribala. Be a pem tyobo buela etc.

Elo, esusu a: e obitya, kaj'orie jo oa kua. Betelale o tyobo, tyui. O bitya ribeie tele. Esusu e le poe, o tyobo tyi botyo na a bo ribuele tele. Okosi, okosi, okosi. A jetyi. E leop'otyobo o bai a abuere etem buela.

Beae, beae, beae. A besoo bai be a boteesi: wuaro, wue a bee sei; wue elaa sibitrya sela so bale.

Siatta kolo kolo ba, kolo.

¹ La hormiga y el ratón.

28. E BISI BIE ESAPWUSAPWU ¹

Ajo je: Ja sei eria. Eria buela esei rijue na ri oki bola be batta. Esapwusapwu na e a belano obola bosua a bope, a ba jepeeri. E a para: kan bwueia bua mpualo. Lo pao pura bolano e bule a leke jinna otyobo ai, kori alo kalo o bola paa lo pula lele. Be ba ebia, kori esapwusapwu ko wuesoo abo sei. Be a wuerio o bola bololo.

Elaba eete esapwusapwu ekeeriae ko re e bijmate bie nokonoko na e apem erie bio. Esapwusapwu aro obola o tyobo ae, jo tyie erijua ra loko lai. Esapwusapwu a: a la otya to apennesala, to a saa boatta lo bwueia, to bo tubaere. Na e a ebia, to la jora jo ekeri a lokoo. Aro obola erie bio, ajo enokonoko okije e tyobo lo bojmate buai, e a obora obe obote, upe e bijmate imma a paa bie, are ebie bi te jotabie, e bijototo ke bia esapwusapwu. O bola e le tyibale ee elako, a boi e jmate ejototo erei. Esapwusapwu e a sepesi: ntyi obori na o ta paora tya e bie bi te jotbie? Obupa bo tyuanna na enokoko ebei, e ijeria: ka la joe? O bola ajmeria: solasobe, nno obote pwua. E nokoko eerebae e bopi pua, e buaro'tyobo, e a borei.

Esapwusapwu e buero eria buela jo toola la baye bo bola, a: o bolano bololo nka bo jerie etata o wueia bubue bo'tye. Ka luenle na karo oo e jityo? Ba: ee. Esapwusapwu, elalo'bola, e bai o a ke ktto kotya: o ala a bola o uba bijmate; e atabala, e nokoko la puloo na e arei o botyo. Atyi esapwusapwu e jere eria buela jo ekere epepe o alo obola bosuba. Oberi wua bola e a petaa bwueka e lela na a bola baotya tyi bo lepela. Buae, esapwusapwu a: o bosuba nnete ko obolam bwua bope. Ka etyuama na ntyia lakaele'ribotyo raie? Eberi e a ebia.

Atyi esapwusapwu e bai oa ki ketto te: o bola a jeri jo ujere e bijmate oboapua, e tyibe na arei e jmate ejototo, esapwusapwu e jeri jo taba, kalo e nokoko e ebeila jo ijera: ka la joe? O bola, e leke esakate ee buela lalo kalo a jmeriala: esapwusapwu, nno obapua, e tyoboo bio. E nokoko opie esapwusapwu pua, earo'tyobo, e erei. Kalo o bola bosuba e a jerijo boe kao a banatuo bai; e le pele otyobo abo, asosora alo lamma la jetyi la. A baye bai boi losisi lobo lobo, wuae na ja tyia laba la penne. Kalo be annla na tyomma bola bwua botyo a tyi bopo botyo buela.

Siatta kolo kolo ba, kolo.

¹ Las mentiras de la tortuga.

29. ESAPWSAPW, E EBI A BOTUKU BUE ERIA ¹

Ajo je: Ja sei eria. Eria eoki botuku, buae o botuku tyi oki e ebi na e bo pao oila eatebuela ebilako bie eria. Be amma ba em lele eria buela.

Buae e le laba e eria na e toki e ebi, ke eria na e ta pao oeta lele.

Eole e etyuanna na, esapwsapw e le pele eria buela jo ekeri elako, a batyo jmimi bio; be a pei elako e ebi e eria. Ketye, tyi ripelo re!

E tyio o bupa jeri ajo ikoe ye lokaja. Lo sero oanna e ebelo ikoe ta baero tyobo. Ilokesi a bate pua, jaba na i noa ipao ra. A batyo amma bi ipori, ba jeri ajo o bupa bue ja. Be lo pa'jo, ba jitye esapwsapw e pem bote pua la koe o koto.

A batyo sero ojela buale. Ba: to eki lele bio, to tujeri alo to paala, to tapia a o te eri boribariba, to peie elako. Elo ke elako o ba mmwuerioe? Anna e le eria buela e tyi ubelo. E ubio ba a la po beako biobo biobo. Ue, oboako o ke ribuei a jaa.

Esapwsapw e jmeria, a: olan ne, na lo la jori; buae, la lo na nka bwuaa, tyualan na ntoori alo la suba nne anaala: njora na lo lolere erie bio.

A batyo amma ebierie e laba. Ba boi ba jerie e sapwsapw o lobaka buela, be a tapeso'ke. Be l'ope erie bio, esapwsapw, bisibisi, e ba buramo o lobaka, orie a tyapwu! e tyi elam.

A batyo amma ba tyam, be le eke ebisi bie esapwsapw. Atyi be jasi jo ekaere eria ebi ela.

Siatta kolo kolo ba, kolo.

¹ La tortuga, secretaria.

32. O BOSESEPE LO BOLAI O BOTUKU BOTE ¹

Ajo je: Ja sei botuku e eria buela, a oki bola na e ebelo a ribari. O Botuku Bote eekeria laba anno obotyo e pao oko o balai; eale anaa ba a la jele' tata o Botuku Bote. O a bilo bieo ba buesi la laba lo mmo.

La pura na e eria buela sei rijue na ri tyi oki tya sola sobe se sile. O bola a ta joro o oal'oberai; bue bae, a penne la boye. E ajesi oeta a Botuku Bote e eriala ro bolai. Ba bui jre e ila rai. Bue a: nne nne bejeu. O bola bwuari e ajoro o bola bobo, asej buebue lobo. O a bilo bieo, o bola bwuari a bwuari a jeri rebbe. O Botuku Bote, e le lane, a jeri nobe. Elere abataki bai a: Mmetan ebejeu! A bita bita ba batyo, ba to an o botuku abo; be a ba mmetaleso ebejeu biabo e erua a ba mmet'o bola bobo. Ka lo e pityi lo jubia.

Je le jete ebelo, o Botuku Bote a la tapamma lele. Eler'abatyo amma, e a bor'abatyo amma na le lele na o bolai a bal'ofoye e bo mpi'erebbe; kori a tapia am laba. Ka lo o bola bobo e barilo'blai o Botuku Bote.

Siatta kolo kolo ba, kolo.

¹ Un muchacho y la hija del rey.

39. O LOPOLA LUE SETYI ¹

Ajo je: Ja sei boye na a atyiam bue bule bala. E elo eeba a se'obam jo sa bilako. A a poa la, a lita e tyobo uboro, e lakaero lele lele, a loko ka la a lapio.

E bilo bi otya a ta le lesi laba lote, buae ajo jnna a jesi jo lo anna alo le la. Eriko a ajelo'bam, obi obila, e a sekeerio onno jo ele ee e le ajetae otyobo ai na a tyi jo.

Eribola emme e bo karibia: lopola lua setyi lo jesi jo jelo'tyobo, lo sei e bilako immaa, lo buero ejoba buela. Elaba elo eeba e la jeta le le. Eereelo, a ba sotyio obila ebelo na oo lopola lue la se e bilako, lo te jubia ba, a lo mmoty.

Ajo jete, o lopola jeri bwuaise bubuee. O boye a bua atyaeri, e a bo naia: a: ka etyuamma na otyi a le tyiala bio to pele jele? O bwuaise a ee, buae a tyomma bue pale jos bo boatta.

Ka lo ba enn la lele; ba beri bola bobbe be apa, la bwuari e bule.

Je elo e tyio, o boye a poer'otyobo na a asero osola. E a belesi siberi beri na si la toola o lopola lue setyi lo jeri bwuaise.

O bwuaise e le jel'otyobo asepi: ntyi obori na nka tyomma bue jola tyua bwusor'oboattam?

Eerebae, e setyi si riberi'noko yai alo la bola ba'tatoba.

Siatta kolo kolo ba, kolo.

¹ La pierna de antilope.

47. E BEJOO BIA ESELERI¹

Ajo je: Ja sei eria. Eria buela sei rijue na re bori. E ila ro Boye Ko Mooso (= tue to a boyso); e ro oberi, ka Muebake; e ro obola wuari bololo ka Eseleri; e re solae si sobe, e si suba ka Sokolitye.

A Mooso sei ropa robo roboo. E le ke na e ribuei rai tyi oreka, elere erijue rai rimma e a ritubaeria na a abuala bilo ke bihohe biai: A Eseleri a penne elo Sokolitye ojila ba.

O a bilo bikokono, abuei. Ja ta jetyi bilo bike, eberi ebuei ae. A bola ape ba be a tyian ajo be bale bala.

O bokono, a Sokolitye, oberi abo e le bwue, a: To tokie e isilo ro boro bua baye bao. A Eseleri e apetaa bwueka, buae a tapam ebihohoe bio boya'abo. A ta jmeria la otya; sibelo, iyano obwuityai jo tokie e isilo. Ajo Sokolitye a: nkwuao to a tokiese tyobo. A Eseleri a buyam. Sibelo, Sokolitye a: nkwuao nke epwua a abaalao. A bepori, a Eseleri ta jmmeria. O a la suba, Sokolitye a: pule e le eria buela. A Eseleri a jeri jo bea, eate a lo o bwuityai e la bosalabe. E a batyinno, e a bampio ejoba buela. Ajo ka jo ityijoja obeba bwua Botuku Bote; obeba e abwuare e isilo buela ro o botuku. O botuku Bote e le lanne, a ajoratyua abuamm. O bola wuari e le pel'o botuku bio, o bolai o botuku a bwuem, kalo e a bojorila. La ta opi, ba jeri ribala. Ke tye, tyi ripelo re! Elo, o bola bo Botuku a jesi jo ea ripoto buela ro oreka. E lanna na o bwuasoai a beri, iireria botako jo sakiere e laba o boyai. Buae o botako bue lopo okotto e naia eotya a okie, olo e joteri. Iireria botako buela na bwua: o toro opupua a Eseleri otryobo, lo eria buela. Kori nne nta pao oka bwuaiso na a toki baala.

O Botuku e le sose, a to anno obotako. Elera a Eseleri, a bo tapie e ntanta o bobai, e a bwuetyi na apulo tyobo, le ripoto buela. A bakole bo Botuku ba akaero obola e jna ai. A Eseleri lo bola ai be a bampio ejoba buela.

O bola bwuari wua batyo, e le pele wuritya bio, a mmi e a jeri jo bea kori ebora abaalaa, e tyia pao tyuala na a bupero arintya. Na e a tyala. E erebae oi ila na ra: e Eseleri, mmolo obola la baala ao o bwuapie. Bue, ekerio obotyo e okie e ila oire ri le apuelaro ommo. E le

¹ Las desgracias de Iseleri.

ba lebolo na e a baala bio atyi, a mmoro obola la baala bai e a bwua-piesia. E ila ro ommo atyi ra: kopiabo esie bio, o litajo bojeu. Ete eoe o naieba, na o abwuaty. Eseleri pema alo lamma: a jere esie bio, en obojeu, etya ajele botukuari bua ripoto rote rote, atyo objeu itepwua re sie bio.

Je le jeté bilo, o bolai ole Botuku, abueru o tyobo. E lo e esoko si jetyise e jna ai pua, a kokia a bita bita bai ammaa ba ekero obwuaisoai lo bolai. Ikirie etula ai emma, e le joki itye, a utubam a Sokolitye na buebae a lekero o bwuetai. Be a sei esoo. Elo ba utubam ripto na ba ta ram. Ajo kajo a a pemja o Botukuari lo bolai. E le beele, a ba wua-tobieria e a ba tyiaeri a labe labo. Tue tyim ajo, be a penne e e ripoto buela be amma, lo buenalele omma.

Siatta kolo kolo ba, kolo.

51. E RIJUE ROTE ¹

Ajo je: Ja sei rujue rot rote. A baye bo esi kot a lo bokila bola bike bike. Kalo ba boalesilola, kalo ba enla lele.

E beri jesi jo bua; o boe buai bue a jokeere e tyobo buela, lo penn'a la be lamma: abatyo bele be rijue buela be a sesi bopa, be a buesi. O buesoo wuete wuete ae a bo sepeeri na a a: o tyi oa tyomm?

E beri e ta pelane'ebbe e baesie. Jalo jinna na ja tyi a tya wuaiso e bule a o waiso amma be e rijue. Mkuao ka a penesale? Erie'tyobo birupu, ko sa na o o e ja tyianno, e jubie.

E buesoo bue eberi a jiuann'elaba, kalo e a paperilo jotya lobo lobo. O boe bue eberi bo tyi a pitran'e-teba o o wuaiso, bue a tyotyobi a jo.

O wuaiso bule bala e atyiane'rijue buela e a baro obeba, e a belesi bola bike bike. Kalo atyatyi e srijue re a bueri lo la atyi rote rote.

Siatta kolo kolo ba, kolo.

¹ La familia numerosa.

53. M'NA PALALI MU ¹

Wantela se soya foló sé saján sganxi, ku jandajá kum pesua, menexi sa dántu telasay.

Pesua na tan tê batantyi ximafa fo táxi bi belaf, dajántu non tu sêbê y ten jada jonta kubó y sa jé ngulibó.

Jandumatú ja ta ábôbô, zukan námay na tan fó ba matu patyi dalafá da ôxi ka sa ja méndu pê na nguli n'gwê, matú nexi ja ta patyi dala tudu sá la ja bobó daná.

Bó ten já pindjú. Pindjú bo bá o pe mangó maze kityi a ja sá fe já dandjia da ôxi pê na da jóna kubó. Tá da djia se wan mai ten ma m'na dê mené doney se ney ten ba dá matabôbô pa ba lanja wan ke llam, da oxi matu benda basu na tan te kunf. Ta ka badala se mé menédoney sajà tabaya, se kuta kuz sê fê an pitú sê ten sa fé dá, namsedji sê fa namna dodje na tan sapalá ja tendenguef mendêl dé lazan jatu béza, sê na sá tavef sé sála jada ke pitudêl. Sa ney fê jalga se aten v'la jadji xi sé a bida ahô takabi dala'se sa oxi kê ba sê fa y kêsê palali dêpê. Sê tan maja se fa y tansja matu pê ba'ma. Ta kê má sê ten jomesa jáda:

*Nkumemu fola bôbô
jon ji onjo joo.*

Ta ku sganxi tende fa jantá sê ten v'la dêl, mené ja samé ja olá jadji, y se na sajà jasafagaudéxif, xi sê ney bida jadji sé pôu kinte kintelu, bi se alu djal pê metadji, ta da ôxi ba dé otendé se toja sa tadji beza, se afalé se a tasal, sé a dé ku já mata pa wan djia pe na tan fê.

Ta ku bida yai se tela lega se ngutudu tan fó bé patyi mol, sin zukan mendu, ta ku bida yai se non jaba pê.

¹ La pequeña flauta.

60. FANTYA GODO GODO TOTYIGA ¹

Wan tela se soya fol se saján lossó ku jata bódo domál, ilai y saján paxialê ku pôu kinté kintêlu, túdú ngongojol; dajantu y sa wan alê gau y na jafê n'gwe malf.

Agandji ten játa jan totyiga ku mé jadjidél. Wan djiá sé wan jandumatú ten bí Palea bi ku mangwê, tádáxi sé pôu kinté kintêlu ten jomesa já mendu, zugángwê na tanfó ba matu bá juá zukan dasu yamf. Guíxi jamatú i saje kumél. Jösséfê pangutud jomessa ja'mendu, paxialê jua limedji tudú pê fê pa bôjôli tan bi fêladêl. Zugangwê na fô bá pezâ ku jandumatufá, da mendu, sodadji nénxi páxialê ja manda ba peza tudú jandumatu ja mata, zugángwe na tan jabif, tá dadjia sé tótyiga fa páxi alê: páxialêa n'gongó ku ódji bó pen ba ten jándumátu bi dabó po bo bé ku ja mata, mindji bó sa jé patyi gavu bó jomu.

Sé páxialê ten n'gongó ku jóxi tótyiga ten fal, sê fal pê fê wan piól, mindji pa sa ja donfelu, sê jua wan jódo jan babayánda se ten bá jua sganxi, ta'kê ten badá alá sê to je saja aguni sê ten lantal, sê fali amu bie bí m'dji ku bó mindjí: Bó ke mamu ku jódo say m'ten ja té pota pen ten mabó ku babayandasay, ban ten ja tê potaf m'ségana.

Sé jandumátu ten fal xen.

Sê sota jódo sê ten má tótyiga, no túdu se fá tótyiga gagá sóya gavu, sé ôxi ôxi sê ten tê sota.

Sê ten fa jándumatu bo ósêxi ten pê pen ten mabó, se sganxi te má ômá bi sê ten mal ku babayanda, waya se jandumatu na fô tê sotaf, y tasé gau, sê kuta wan budán sê ten jomessa ja dál, se fêl afôxi n'dá, sé nen bee bee badá tela jamêxi páxialê sá sê ten fa páxiale:

Mihe mé biza, sê páxialê falé sê metê pe dantu piól sê ten tanja ku séu, tádaxi sê ten patyi gaudel ku tótyiga, sê tótyiga ten ma jadêl sê ten dátaxi.

Páxialê saján nóme, sê ma bólodel sê ten bi janá jandumatubi dá tá kê sa jadá sê bólo venta sé lantá dántu jaméxi jandumésa, se jônexi paten faja soyá sê bá jaméxi pê. Del ja pê seu sê foma sê bê sê bla jandumatu jantú pê massolo dêl tajandumatu ba jôhô ba bê poto bladu

¹ La tortuga y el gigante.

sê maja sê jôle sê ta ké sê sê ba jua tôtyiga pê da ku ja mata sê da jonta
jô lálea; ta ku tôtyiga ba jôhông babêl sê jolê sê ba dantu dawa tan vululú
amutôtyiga veyaku, ta ku jándumátu ba bé jôxi totyiga fê se bé sê da
jonta jan bonjo sê dába bonjo sê ten môlé se pôu tudu bi ten biwal,
fódexi sé teláse sé ngutudu ten bibe sin zukan fonta, tá ku bi da yai se
non jaba pê.

65. NA NAME TEIX ¹

Wan tela ku sa fóm, jata wan familia ku na masé teix. N'guixi gantyi a ja samé ebeme, n'guixi metadji a ja samé ojá, max kityí sa pipí.

Wan djia, ebeme fa mendé ku pèdè: *M'skajua tabaya*. Se a tengó dal, tada pa masedu se a ténfe bondèlé kun dal sê temajá se ten v'la benda skedji.

Ta da dèxi fê jatu djá ke fe kê sê fó jadjji jabé, jabé se da jóna já lubela, se pê ja sá pê bebana, ta bebana ke jomesa janda sé tanxê ja y tendê fa pójóból. Sê na tempé jasafa se sa ja báí, sê tan tendemé sê pa benda dê tu ku penda skedji se na bê zuganguéf, ta kê tangó tyope sê da jonta ja peveyu, se fal:

M'na, jamá bó ja bai?

Sê fal nga jua tabaya.

Se fal bexí nóso boske da jonta já taba jadjji bó ské be jòxi bo ngon-gojol.

Sê badá opé jadjji say. Tá ke jòjô poto se wan pai bla poto daz.

Já bó ngòjól?

M'ska jua tabaya bo ja fo tabayai.

Se pépesefal kê taba bo ke jafé, bo ke jafé lazan ógó ku lima nexi sa jadjji.

Y taba van kinté kinté sin a dé zukan dóla. Tá da wan se fa y tangó ba tela béza, a sé fa djalongo za ke se fója djidiney.

Se fal mé fo pagabof da oxi me té djiéf. Mindji ma lénsu zubasay, ku se max ku djihé xi nga fó dabó, se dál se ten maja se da taix.

Se majá se ndá ba tojá játu djia se na tampádjif sé majá sé ba da wana jadjji ku sa ja mágandji, se dajonta ku pevê dós, sê pinoyine ixi aja fo dé ja ma pe djuni sé ne ten dal.

Ta ka dogól ku notyi sé na té já pa kunfa sé ebeme tya lensu zubádé sê pindji se pê ney wan meza kumu, se ne kun se tyipa ngutu xia.

Sê ne bá djuni; ta ku djun má nama'se, sê ne lanta sé ne tuka lensu zubela, wan ku tanké ix mé.

¹ Los tres hermanos.

Pamasé bla, sé ebeme maja sê bá teladêl. Pêdêl ku ná na mendê mé ku bojo lí, da oxi dja longo za kêná tan bênéf.

Sê pasa basán ba tusan sê jontaney pasamentu dê tudu a mea jôxi lensu zubá sa.

Sê faney ingongo pa sán pôw pê msaney jóxi bijôl.

Ta djíx me se a sán pou kinté kintélu se ebeme faney: ná namay ku ná jamada mú, ngóngó pa jossé bi jóhay pén ku namse patyí, jantu dêl m'ma wan kinté kinté já tabaya.

Sê fa lensu zubámú, nogo po bó pe méza kun pangutudu fo'kun pa tyipa xía, se lensu zuba pe kláse limanexi sa mundu tud, se gován mal. Sê fa pôv pa tyajatú fol.

Tempu tan pasa, sé ojá, fay ten saja bai.

Sê va ja dêl se ten majáse ten bajuá tabaya.

Sê ma já se v'la jamágantýí sê tan bê jonexi namé de ebemé be tudu, sê bada jadjixi namé dê bísá se tan taba wanú tá da djá se tan fa y tan sa ja béza ta ke tan da tamá gantýi se tanfél jonéxi fê namé dê tudu.

Pipí, ku sé sa max kityi te fa y ten sa ja bay, se a ten va ja opé de já feda dal sê tén bai.

Pasamentu nexi fê nanamendêl sé sa y nexi keten bê. Ta ku tan da dja pa bi jadjí, ta ke da opé jadjixhi, sê fê xímafajá iská djuni ta kê ney ngotam bi tuka já dêl sê lanta se fe ney de jónexi ke ne futa namanexki, tadaxí sê ma kuz sê bi da jadjí se jonta jonexi fel tudu. Se a ba sán ba tusán se a kumú sé tyipa djingutú xía, fo dêx sê ne natan tê faku max.

71. MAKUS DAWALA NA MOSSO FOMOZO ¹

Awala jata já menvé ku pejadjidél, y ne sa já na mina mié ka ja samali Makus Dawala, na sé sa na mamosso fumofo xif.

Na mase kété kété tudu ja sanda ja jual, y na saku a dôguêf ome nenxi ja jaza jo tudu ta ka ja sá badjuni notyi ja môle, n'gutudu ja fê joxi fêl ku pime medudél.

Non tu sê fa a játa kún asaga, wan tadji ku mendê tan sa ja kudji kumú sê ma kuzú sé v'la lalea pê ba plásaga ameaxi kê ja fê dja-nenski.

Ta kê bada palabate ke plawa ke ngo bi jadji sê da jonta já anjala, sé antala sé fali; Makus Dawala, bo má mavida lóngoza, tempu da goliza ponó zuda bóvol.

Sé Makus fali jábo sêbê ku jonenxi ska fêmu.

Sé fal: non na anjala sa sebedól non já sé joxiэнxi jáfe tudu, amá pamasedu, bo já pota ôpá buluma teixi, po bó mê té asaga po bó gada, n'guixi je opé bo bi fê lazan bó, bo ja ngongo, n'guisay se sajé sa medu bó.

Y ta pe djuni ku jatudu bixi ku dasu buluma tudu dantu zubéla, bó ten ja fe jôxi ku nga fabó zukan já na sa jé fêbof.

Sê ten maja sê badá jadji, sêfê joxi ánja ten fal tudu, na fé zugandjaf se wan námasebu ten bi fa jôl pa jaza jôl, na da zukan djaf sé a tya dêx ka sa já jaza.

Sê na ten tyamá fê jonenxi anjala falf, tada dja tazá se a lanta pamasedú sé padji da tyinu se abá guêza se a fó jáza, ôxi ku a lanta pamasedu ka bê ôme vivu n'gutudu yaôyô, da ôxi ja ansa bê ezaf.

Ta ka fó gueza bi y se na liquilaf, na dadji tudu jába ja pê bassu nangwê bedá bedabezá, a sa ja loló ola guêza sa jé basu.

Fêsa telajabadu, ámeaxi non tú sêbê, se ta ka bada kindjia sé a ba a'bôbô sé a kun kato, sé a bi jadji, sê ney ten pali na m'na nэнxi sa osé tudu.

Se ta ku bi da yay sé non ten jabapê.

¹ Macus de Awal.

79. NAMAXI JAZA KU M'NAMIE DELE ¹

Páxialé d'Abôbô su ku wan m'namie, dantu jadjidél ku mié gueza padjidél y se nasa ja fomezof, xif, námase kété kété tu ja sa fê lazandél valadji pa fo jazajól, se pédél paxiale jamanda zunta fôgô, mindji ta, pabosé ba jadjidé ba fa ku m'namiedelai bo, ta po bo fôfô fôgôsai xiii paapaka, ja da wan deixi pa na pakafa, a saje pota bojassa pôgôg. Y saja fe jóssexii se namase kété kété tu jaba dantu telasay.

Dántu mematu d'Abôbô ten jata wán pay jam'ay ku pono m'naxi sa jóney, y ney náse zugansa sa te la ja féf, ta da dja se wan pay folab'ôbô bi se dane lazan jóxi sa pala japasa, tadaxí se namasé jolojolosai fa mendé ku pedé y ten sajabai, sé an golegué pê béf, fô dja dôdjai se ja mematu sêé jasabi ku zugán fadopa xii se da fa dô pá teix sê falasé gada pé bassu dantu zubela, taha ba dadjia sê pindjifa odjai se ten saja Palea pê ten ba be jóxi ka ja fê, táke badála sêé fê jamada ku wan pay: see pepése me ba jadjidél bakumu xa tyipa, ta ke bada Palea póu kinté kintélu jassápal da ôxi namassé tudjaba beza, sé angwê passa sé fo d'apatyi a paxialé, sé paxialé fap'ana jontyisma dê tel dexi itan jabiai.

Ta da déxi ke tan bí sé a têt batoja paxialé sê fa pa zunta fôgô, se a me ba ope fôgô pê fôfô xiii pa fôgô paka, y ten ja paka y sa je jaza ku m'namiedélé, na ja paka lasu sajó gôtyi.

Sêé beda pê moso se moso ten beda pé, se fa paxiale pêé sa je fê josse ta pé ba pindji pedé ku mendél sé a legué ku soldadji teix se abala se a tene tu bí, pédéli nakese fa dôpá teix ski nenskif sêé fa paxialé anta ja fê pe jomessa ja fôfô pá legué pé fa ku pédél, ta kê sa ja fa ku pédé se imôtôma zuba se da massedel fa d'opanensai, sêé ten jomesa ja fôfô xii bada ope nou, ta ixi saje fe deixi se fôfô jonesse tu pê fogo se paka, tadaxi se ade mosso dél ku ukuxi ta pa daney se ma mosso dél se datax bata ku pedé ku mendél, sene ba fe gau pê.

¹ El chico que se casó con una princesa.

86. NA N'GWE DOME DOS ¹

Wan lóssó saku wan lubéla ku patyi fê dos a'mea Agandji ku pôtô-jôl améa non tu sêbêfa losso jóxi ka ja fê napé tudu ja sá ja piska, na mossó, ten ja sa mátu ba tyálba.

Wa ya lossóse játa já masebú ka ja samé ximá, y sa'ku mosso dôs, pê ja sé djuni jónei y ja sá tuka, xímafa non tu dú sêbê, wan namonése sa ja lodji djimina se wangwe na têt, jantu jôsay ja sa fê ney peza montyi.

Wan pamasédu sé móxi na têt zukan m'naf fa pejadjidêl xima: ximáya, bansefa jôssé sa ja fê pe me fo têt zukan pójôdôfe bansefa ta po no jua wan n'gwê pa fê non wake limedjifá; sé ximá pa gay sé bê fa tá pê ba jua wan kulandelu sé néy ten ba be wan kulandé jata béndá djiliba, sé ney ten póngota kulandése já ta pê ney fê, sé fá néy: Tá pa mentadji bo ba lubela ba ténze, y ten jatê únya, sa wan mina, ja sa dôsi m'na dôs. Mindji tá pa ôxi ke ja sa ténzeay pintyidu pa zugángwe na bêl, nyi pa na'msedji na dá zugángwê lazanf pakê m'na namsedji túdu sa je já môle, ta yney saje la lubela.

Nôtyiximé se mossodé bá lubela ku mojali se ten sa fá ténzé, sé té dôs, tá kê ten bitadji, sé ten sa janyi dôguê fêyu, sé ten sá tyipa, sé tensa tyipa, sé da nóu médjí sê ba líbabudú sê ten la nóme dôs, ta moxki tэндé se pongota ponto tudú pê sê ámeaxi fê ku mosé pali, sé ten sa fê golope jadjidêl. Se naja ta dé lazanf, xi tada déxi ke jansa sé de lazan, non sé fa napé na fó gagá jatýínga námef.

Ta kê dé lazán sê ten jomesa ámeaxi ke ja fófe pê tyaney vida fól.

Ta badadjia ku moxki nyangua namina pê palasol ku wan djividjil se n'da sê ba da jaméxi y ne sa, ja pongota, xii se tyá jaméxi kê né sa, se ten faney: namsedji na sa pójôdjo xixizuf, namsé sa namina ka te lubela ximafá anzé sé wan mendófia têt namsedji tevla pôtôdól.

Te keney tэндé josay sé ne ten sa fé sula, ja sula, janda ja lubela, xi sé me bada bodo dji lubela, sé ney da bava, ta ke ney tendá ba lubela sé ney tudu tan vla anzé.

Ta ku mendiney fo matubi, sé ten pongotá djividjil se djividji dël

¹ Las dos rivales.

85. E OBELE E SIPEPE ¹

Ajo je: Ja sei eria; eria buela sei boye na a ta jmeeria botyo, buammue. A puro obam ba a jero otyobo, a puro otyobo ba a jero obam. A ta naesi osa botyo bio. Je elo a mba penero buetya bua iboa ejoba buela, nja pele.

Ja sei bwuaise na anaes'a ba pemm jele. A pero obuetya; buae e laba nne bala a jmeria o e kelo: ekaerale sipepe si jule la tobaka tukee tukee. Na o la jori opa o tyiala, buae nne ntyi opaa ole ammuae. Elako nnebala nka saae ko jula eoko emma. Obwuaise a kolo. Tue tyin e elo, o bwuaise a tyi-an ajo, jo eta a lo ba tyiaerila: a la so obam, a la se ebilako imma, buae tyomma ba ta sei boatta lo boye na tya o jula a tyi oki.

E elo, o bwuaise e lo obam ba, o boye a jepero ariola. E ariola e toori e toori e toorii. O boye, tya o jula. E ariola e le tyibalo sa beatta enne bala, e ba rubio jaba okore sinaba si sei so obuetya, e jatyii bojeu, e a batyinno.

O bwuaise e le jo obam, a jere e nta esipepe buale bobo boboo: Na obwueba otyi anna otoolae, o a pao oke'ejelele la loko lo tyobo. Ke aro e naba ao? O bwuaise e leka na o boye tyia penna tya o jula, a jeri jo kakaro ebuetya. Eerebae ja bayo bojeu, buatei. A loko lele lamma lootye, la jeri jo pulo oammo.

Obwuaise lo boye ba papero obala atyi: be ape ba ke takaero oko o bojeu?

E lanno ba, a jmere.

Siatta kolo kolo ba, kolo.

¹ El fumador solitario.

86. EPOTOPOTO O BOE ¹

Ajo je: Ja sei boye na e le bwue a atyiero obolai tyoko ye batyila batto ketto tya. Eberi e le bwue, o bola a tyiam tyiola bokono lobo.

E le ke na atyi anna a ase etata a btyo buammae, aboye e rijua ri tyoko yai, a jesi ripoto jo ekera elako.

Etele bio, oye ejea. A bampio ejoba buela ajo ejole ejea le a puelaja. E le pele ajo, enna alo baye be appa ba le a kekala eruta a boye buela. Atyamm, e ijeria; a baye ba: a jesi obwua na a te epeal'oboao e okambo. A ekatto e bee. Ba: biera bie eppa. Nne ntoki tya batyila batto ketto tya; lo ba pao tyiaela, na lo ebeieria lo tyi a la teta e eruta o lo boye.

A o baye appeba, be a tapamma na batyila batto ketto tya, ka bebe o kotto jetan boao bua biera bie eppa. Be a bo tyileri lele lele. O bol bobo a batyinno; e le pele eria alo a jityi boye buela na buebae a jesi ripoto. Ba sei esoo o loetto lomma. Be lopo obosualo ba jityi ariola na e jewueia bekomale. Ba wuiam, obaelai tyobo ae. E ariola epotopoto ai e jeri tote tue tota na to sei o botelo ai; a to ba pei. E le boi o abola ao bobo ekie tote botyipotyipo, kori a sei tyala. Be a ba kopieerio obosualo. Nkwuao ba utubam botuku bue eria na a lakaeri ito yai. A lo e bilaba bie tyo bio jila, na bi a botuku e ialo na e je elako, ba wuiam. Epotopoto o botuku e tyuan na a be eeria boyika, o bue esapa esuba apuesie. Ba woio. Buae e tyala tyuana na atyi o bola bobo tapane a lo ba tyi elala botyo a ba tujie soe eire. Eerebae, oboba pua bo pi sinori na si abuei. A nkwuao to a aara a, buae obuesoo ai a ta pemma laba lela tya o sabe esinor bio betta be batta. Elo ba peri ripoto, ja to tobiam botyo jm, ja ta jeri laba labe.

Ereebari, o bola bobo a jesi o boa sijururu e ripoto ata; e a utubam o bola bo Botuku Bote bue ripoto. O bwuebue buai bo tyuan na o boteba bio bo bola bobo e rijole jeri jo jala boro bua lobileri. O bola bobo a jeso otyobo o Botuku Bote jo ete e riala ro boa wuari. O Botuku Bote a bo jeria kee alo: a bo mpi sityobo buela seri biruta, e le ke na a ta karibi, a: bobo, ue opa jeta o sa beatta lo bolam. O bola wari a ebierie esola sobe, a: to la jela ribala na o ptyo anne ee nne atapanae

¹ El muerto agradecido.

o ammom bilo bie bitta bi bekano jnna. Na o ta la pityo anna, nna tyuala na etue eporo.

O bola bua batyo buero o tyobo na a ta e e a pennesae. Ole boye ba seie esoo epulo jnna a bo joia. A: tyielale e bilaba, obari ebari nno bole e e o tubaerae o obola wuario bote. A re botyika, e site la lwuetta, bioe na bi a bapeyo e tele; a bampio ejoba buela. Ajo a jityi obeola na oki loapao, bisila bie bitta tya alo ta sei etue ai pua. E obeola a: o wuari bote tyi a tapana tya eole a jetyiae erikoto rai rari. O bobee e le pale etyobo kote buela o botuku bote, e le sosele, o wuatyalo mmora abatyo amma.

Etyio atyi o buesoo bai e bilaba. Ele ketto aro o botyika, tote tue tobba la betta be appa; e rokoso le obeola o lopaopao ri a jan esapa; buae, elo, e obeola sosori alo la ajala. O bobee e le e tyobo buela kotte, e le toole, atyi apatyia lele.

O a bilo bitta-toba, o buesoo a: nta pityo ele e obeola o lopaopao. Buae, o la ba pio, o la jelo o wuari bote alo la re ribeki, oa: eole a le atapana e ka: ka ee re ribeki buela? Atyi o bola bobee apatyia lele. Buae o wari bote e le ke e ribeki buela, eole e le jero obaba pua, etue e obeola e lopaopao e epuro o ammo.

O wari bote jeri bwuale bua pula, a: tyomma, ntyia la jela ribala o buela. Ele ketto, obuesoo, a buerio o tote totta toba la batta batta toba a nka: oia lobo lobo opito ela botyo o jere la loko a bope bai be oele buela. Ka lo la jetyila. A lo o wuari bote itrila a bope a takora: o bola bobee lwuano, a puloo, ko bobem a jaa.

E ripelo re ribala jeri, ri jetyi lele laba ila, na ebelo abatyo le aboyiao e, ole buesoo ai, a bo jeri bio, a bobee: ue la tapane e le elepe o iamae lityoko ya batyila batto ba ketto tya? Nne nne elepe. Nne bae nko iam; tue tyim lelo, o a ja bori bot bote. Buae, tapana: E ee ke penne tyomma, ebe tyi penno. A lo la lebala la tyuala na e bilba lo puela lele.

Siatta kolo kolo ba, kolo.

92. ESIPOPI SI TOKI SE TYA OJULA ¹

Ajo je: Ja sei boye Isakato ro ojonna na aaseto jola bau la tobaka. A tyi a kubi riopo eate buela a bau, kori bwuete a oki abila; buae, a lo tobaka a naesa a to poaero Ripoto, kori eria buela ta sei.

E laba oyiesiae a batyo nobe kobo ka la tyomma a ta ranno tuau jm, a ta julano sibaka. Jalo jasuba, o botuku bue eria a purie ete a e a buelo tobaka Ripoto. O boye aobeeri la btyo buete, buae ke toro oobeli ipoja yai na a tyi naa a ranno?

Nkwuai, le a pura na o tobaka tuai tue le sette, na ja tyia peppe nela tya buebae e é tele ojela Ripoto. A te batyilo ba, a nterio obila buai, eriaa Kobi bau, a ba rei.

A etesi bakaso ejole, buae e le pele etele botelo, a tapamma alo abila bai a takaeri lo sa bau buela. Be pale jo ubo. Atyi e abuyio. E le pele Isakato, erie e kobi, a be jawuero e eseria atyi.

A papero o tapo orie atyi. E lo opo'Rebola, o boteba buai jeri jo sabba o boola bua bai bai. A bwuero e jonna pua, a jere eria buela, a bajuero esopi esuba o otope to boro.

Epulo ojonna, tya otyaala. O botyio sibi na a te se ebelo a apeelae Ripoto. O boye bua btyo, a bau lo botyio o lokole lomma lo tyuana na a ba mpio ajo tyobo buel, e kotya a emme. Ke tyobo sei a baribo be eria a joke nno. O bobo le sipopi sai, a penn otyobo, e a basaleso beatta eate buela e bilaba bie jetala bie batyo ba joriba bau. Ja puri botyio bue eria buela na a jetasa'jo oyalo otyobo le a twuelalo la. Eerebae asosori, e poroporo e le poe la riuti ra baye be eria, ba bai boleko. Ba: to lan'ommo e poero oeba a baribo bao.

O bobo na na a oie e rerbuei rai, a ta pityo pula je. Buae e le pule, e le lo o boye bo otya bo boleko boto boto, a puam o tom. Be a bopobesi

E tyom a jetyiae e tyuana a tyoma a tyi a la sa sipopi, a tyi a la penna bilaba ibba ketto te. E ajubia o uela Isakato lo olopoba.

Siatta kolo kolo ba, kolo.

¹ Avaro, fumador y borracho.

95. ABOLOBOLO APEBBA ¹

Ajo je: Ja sei baye be appa na na tyi oki boolo, ba tyi oki rijue; buae ba sei besoo bobo bobo; sole bi tyamse ba ba la siabala.

O boola bua alo ba a bajolanlola, ja puri boye buela bue eria na a asetyannese e erijole. Je elo na a besoo appeba ba jotyese eria buela etele bio. A boi, a jetyi le bwuta iloilo; elo, a jetyi atyi, le bwuta a tolatola. Eerebae, a besoo appeba ba jeri jo peta bueka. Je omma a oboye e jetyo le buta e otya a e bule; o bule a be appa. Bo bam laba ila na ja subam o jela bwuelo. O bootya oro obule. O o e oro o buesoo ai a jeri jo bea e ropa ra lo orilo'buesoo ai bojole bojole. Elo, a boi e ruta o buesoo e jeria beki buela e a bampio itele buela. Aperi jaba, a kebe lakokono; buae, ekeso jube jinna na enaesu ube ribeki. Alo enla na e ribeki re ajo nnotye, o boye e a raro e la ra tope ba, rubio. E le poe, a e Rupe poto. Nkwa o na e elepe e ubio, ntyi a toro ososuela btyo buammuae.

E jube e jubiamme eribeki le eleppe. Elo aperi obila biho na oboo sei boye na ekeria bwue. E jube onnotye a: bobo, tyui, mpale o bwue bio omma. O obwue a: nne ko o innue le ara; nkwaui nne ne takaero obwuem, na o bwua etyalae, nta joki. E lo bo ba, ejube na na e anna eribeki buela je eleppe, etyii eleppe ajo, are e ribeki, e jubia. O boye bo bwue, e le ba sotyio, en eribola o boye e oro. A boi, utero oalo ai bwue, a ba tyinno. Innue ye a rese ee naba. Ajero obese, asosori: je boye alubo obwuem. A baye la waiso be eria be a jubierie etye e jube o bwue ee. Be lo pajo, innue le bisokola bi areio'boye e bueyo. Be a bo jesi jo tyilela.

O buesoo le jube le sipopi ba pityo pule riopo rabo bubwae, aleba aasepero eatebuela o bokeu wuabo ebbe.

Siatta kolo kolo ba, kolo.

¹ Los dos amigos pobres.

106. KA O BONE BOTE PITYI LO PULE E BELE BIO ¹

Ajo je: Ja jeri besoo be bato na bo boesi siujururu. Ebelo eeba, tya o koa; ba jero'pua ba, ba jero'ke; ba puri jalo ba, ba jera jele. Elo, o bosuba a: la pa osa na e ribotyao raa buela rimma to tyia solaa bo bokeu. Tue ekeram tyobo pele buela, sijaba si sele boata to nai ba.

O o je jiiyo a ebia, a: e tyobo a setala, nne ne a tobua etye to a jaae. O o je jit-yo, buebae a: ue o le a jaa o boko. Ka to ara e olo? O bule, a: tue ekere tye tue laae soe; na to ta sem, to la suba. O a quetto ntyo a petyo o bueka: na lo ubaa, lo a jaa jubenne na lo tyia ajo.

A ba tyii ajo. E a ba kopierio a ja ke. Bue a jeri botyipotyipo, kori bue na a tyi jo le lobo a bu bae.

Se siatta ke se bene betoba bie riala:

Kori o bokono a bai e tyobo.
Kori o e jityo, ko bokoe bo tyobo.
Kori o botelo ebelo eeba ka e tyala.
Kori bule a naeso o uba.
Kori bone bote bue wue apur'ebele bio.

Siatta kolo kolo ba, kolo.

¹ De qué manera el pulgar se separó de los demás dedos.

ÍNDICE

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	Pág.	7
--------------------	------	---

PRIMERA PARTE

CUENTOS DE ANIMALES

I.a. Características de algunos animales:

1. Por qué los monos no tienen casa	23
2. Por qué razón el perro come huesos	24
3. La rata de bosque y el gálago	25
4. El picoteo de la gallina	26
5. La vergüenza del pangolín	27
6. El caparazón de la tortuga	28
7. Las dos madrinas de la tortuga	29
8. Los nidos de los pájaros	30
9. Por qué razón el mundo está lleno de lagartos	31

I.b. Relaciones entre animales:

10. El cangrejo y la culebra	33
11. El mono y el tiburón	34
12. El gallo y la cucaracha	35
13. El antílope y la vaca	36
14. El águila y la perdiz	37
15. El león, el perro y el cerdo	38
16. El gato y el ratón	39
17. El caracol y el perro	40
18. El caracol y el antílope	41
19. El perro y el gato	42
20. La rana y el gusano	43
21. Dos pájaros amigos	44
22. La hormiga y el ratón	45

I.c. La astucia de la tortuga:

23. La tortuga y el perro	47
24. La tortuga y el puerco espín	48
25. La tortuga, el elefante y la ballena	49

26. La ballena y el camaleón	50
27. La tortuga y la cabra	51
28. Las mentiras de la tortuga	52
29. La tortuga, secretaria	54
30. Un hombre y una tortuga	55
31. El hombre que construyó su casa cerca de la playa	56

SEGUNDA PARTE

CUENTOS SOBRE LA FAMILIA

II.a. El acceso al matrimonio:

32. Un muchacho y la hija del rey	59
33. La historia de Alberto	60
34. El ciego y el rey	61
35. Los dos hermanos	62
36. Los cinco hermanos y la hija del rey	64
37. La calabaza mágica	66
38. La chica y la mangüña	67
39. La pierna de antilope	69
40. La paloma que se convirtió en mujer	70
41. El chico que se casó con un sapo	71
42. El muchacho y la rana	72
43. La chica que se casó con un coco	73

II.b. La vida matrimonial:

44. El hombre que se hizo rico	75
45. El hombre que tenía tres esposas	76
46. El hombre que se volvió a casar	77
47. Las desgracias de Iseleri	78
48. La pulsera divina	80
49. La madrastra malvada	81
50. Una madre ignorante	83
51. La familia numerosa	84
52. La ley de la mujer	85
53. La traición de una mujer	87

II.c. Los hijos:

54. Un matrimonio sin hijos	89
55. Un matrimonio sin hijos	90
56. Una familia pobre y una familia rica	91
57. La chica y el manzano	93
58. El hijo cojo	94
59. El hijo sordomudo	95

60. La mujer, el abuelo y la sirena	96
61. El niño y el guisante	97
62. Una disputa familiar	98
63. El muchacho y el antílope	100

II.d. Los hermanos:

64. La flor maravillosa	101
65. Una discusión entre hermanos	103
66. El niño sarnoso y el monstruo	104
67. Los dos hermanos	106
68. La serpiente y los tres hermanos	107
69. Tres hermanos y un anciano	108
70. El armario mágico y el bastón	109
71. Dos hermanos	110
72. La desobediencia de los dos muchachos	111
73. La inocencia de dos hermanos	112
74. Los cinco hermanos	113

TERCERA PARTE

CUENTOS DE SERES SUPRANATURALES (espíritus, ogros, demonios y brujos)

75. El cazador que atrapó una cabeza	117
76. El cazador y el espíritu	118
77. El caracol y la cruz	119
78. Una amistad interesada	120
79. El hombre y el ogro	121
80. Los siete ogros	122
81. Un hombre y el demonio	123
82. Las casas de cemento y las casas de bambú	125
83. El viejo brujo	126
84. Los dos hermanos y el brujo	127
85. El fumador solitario	128
86. El muerto agradecido	129

CUARTA PARTE

CUENTOS CONTRA LAS CONDUCTAS INDESEABLES

87. Los hombres que creían que las mujeres no piensan	133
88. El perezoso y la trompeta	134
89. Dos muchachos ambiciosos	135
90. La ciudad de los enanos	136

91. El viejo y las calabazas	137
92. Avaro, fumador y borracho	138
93. La mochila llena de carne	139
94. El avaro	140
95. Los dos amigos pobres	141
96. Un cadáver que nadie quería	143
97. El reparto de un buey	144
98. La muerte de los tres amigos	145
99. Compartir un secreto	146

QUINTA PARTE

CUENTOS NO ADSCRITOS

100. Un cazador imprudente	151
101. El hombre más tonto del mundo	152
102. El hombre que tenía una sola pierna y el que tenía dos cabezas ..	154
103. El chico y el rey	156
104. La curación del príncipe	157
105. Un avión extraordinario	158
106. De qué manera el pulgar se separó de los demás dedos	159

APÉNDICE

VERSIONES EN LENGUA BUBI

1. Ka etyuam a ipoa itoki tyobo	163
10. O loka le noa	164
11. E poa le kopa	165
12. O Boteoe lo boebaeba	166
17. E totyi le pwua	167
18. E totyi le setyi	168
22. Esusu lo bitya	169
28. E bisi bie esapwusapwu	170
29. Esapwsapw, e ebi a botuku bue eria	171
32. O bosesepo lo bolai o Botuku Bote	172
39. O lopola lue setyi	173
47. E bejoo bia Eseleri	174
51. E rijue rote	176
52. E ete o bwuaise	177
57. O bosesepari lo bojmate	178
64. Eribola e jntyatya	179
65. O lobam lua bobele	181
66. Obola no lotyorityori le nokonoko	182
75. Obeba e ammotyo etue	183

76. Obeba lo mmo	184
85. E obele e sipepe	185
86. Epotopoto o boe	186
92. Esipopi si toky se tya ojula	188
95. Abolobolo apebba	189
106. Ka o bone bote pityi lo pule e bele bio	190



Cuentos bubis de Guinea Ecuatorial cierra un ciclo de seis años de trabajo que ha dado como fruto la publicación de un *corpus* de cuentos populares ecuatoguineanos amplio y representativo. Ampliable siempre, puede sentar las bases para un posterior estudio en profundidad de la narrativa oral de las culturas guineoecuatorianas y una atención mayor hacia otros géneros.

El apoyo del *Centro Cultural Hispano-Guineano* no solamente ha dado como resultado esta serie de publicaciones; sino también la formación paulatina de

un equipo de trabajo sólido, formado por personas de ambas nacionalidades, que ve en el estudio de las culturas tradicionales una posibilidad de acercamiento y de reconocimiento basado en el respeto, la tolerancia y la comprensión.

El libro que hoy presentamos contiene un centenar de cuentos populares, ordenados ahora de una manera temática. La parte central la ocupa una serie larga de narraciones dedicadas a la familia. Destacan también las versiones en lengua bubi redactadas por Ciríaco Bokesa.